

**Universidad Andina Simón Bolívar**

**Sede Ecuador**

**Área de Letras y Estudios Culturales**

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

## **Hotel Acuario**

Ana María Crespo Ortega

Tutor: Ernesto Javier Carrión Castro

Quito, 2024

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional

	<b>Reconocimiento de créditos de la obra</b> No comercial Sin obras derivadas	
---	---	---

Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia



## Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Ana María Crespo Ortega, autora de la tesis intitulada “Hotel Acuario”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Máster en investigación en Literatura, con mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

5 de junio de 2024

Ana Ma. Crespo.

Firma: \_\_\_\_\_



## Resumen

*Hotel Acuario* es el proyecto de una novela en construcción. Lo que esta tesis recoge es un fragmento extendido, que nos lleva a través de la vida de Natalia, sobre quien pesa un oscuro designio: las mujeres de su familia están condenadas a morir el día de su cumpleaños número cuarenta. El tiempo se agota, faltan tres meses para que Natalia, la última de su linaje, alcance esa edad y la maldición la extermine. Para intentar eludir el mal, Natalia se infiltrará como recepcionista en el *Hotel Acuario* guiada por el diario de su madre, y su voz que puede escuchar en los sueños. Desde el interior del hotel, Natalia rastreará la pista de Alejandro Sempertagui, su abuelo, la pieza clave para entender el origen de la maldición. En el camino, intentará desenterrar y exhumar los secretos que su madre y su abuelo han mantenido en reserva. Volver al pasado en búsqueda de respuestas la acercará a su propia historia, porque reconstruir la vida de estos personajes es una forma de mirarse a través de ellos. Asimismo, esta novela se inclina por la creación de espacios ruinosos y atmósferas sofocantes que hacen de la descomposición un elemento nuclear de la trama. Está presente también, en el desarrollo de esta ficción, la pregunta por lo que sobrevive cuando la muerte ha arrasado con lo que somos. Por ello, la nostalgia hacia la materialidad de los recuerdos, que los diarios y las fotografías fijan, son algunos de los hilos que tejen el entramado narrativo de esta novela.

Palabras clave: maldición, familia, secta, fotografía, linaje, hotel, muerte



Para Santiago,  
por la ternura de estos años  
Para el fantasma de mi abuela



## Tabla de contenidos

Introducción.....	11
Hotel Acuario .....	23
Obras citadas.....	115



## Introducción

Lo primero es la incertidumbre. No importa que exista una estrategia más o menos esbozada antes de iniciar la escritura de una novela. Ya los cuentos me han enseñado que algunos personajes exigen la apertura y el riesgo. Estas dos características se entrelazan para hablar de aquello que pertenece a mi relato personal y que extraigo para que la ficción, en su reino, trabaje con esas emociones, con esos recuerdos, con esos traumas.

Las pulsiones escapistas de los personajes, su deseo por tomar rutas alternativas tuerquen los planes de la novelista *amateur*, pero no es algo de lo que haya que preocuparse, los caminos que la escritura delinea por sí misma ayudan a que la historia deje de pertenecerle a quien la imagina. Porque una historia no se estructura a partir de una voz única, sino de esas voces que habitan la cabeza de quien escribe: la de una mujer de setenta años a la que le han cortado las dos manos, la de un jardinero viudo y solitario, la de una hija que intenta reconstruir las memorias de su madre ausente.

La siguiente fase sería poder reconocer que una novela tiene una fuerza propia que la moviliza. ¿En cuánto tiempo ocurre este descubrimiento? ¿A la semana de haber empezado a escribir la novela o después de un mes? ¿Puede ser un hallazgo espontáneo o hay que perseguirlo? Si las palabras de alguien que intenta escribir su primera novela hacen algún sentido, diré que se trata de proyecto que se descubre a medida que la escritura ocurre —antes hubo cartas, ensayos y diagramas donde la novela estuvo manifestándose— y para que no decaiga, es necesario insistir a diario y estar dispuesto a no aferrarse al resultado de esa persistencia.

Ahora bien, para no perder las formas y el rigor que este paratexto exige, habría que empezar esbozando una idea sobre la novela. Los teóricos nos han proporcionado una definición maleable, cuyos linderos se expanden para darle cabida hasta a los proyectos que no saben definirse y que en su desarrollo intentan reconocer su linaje dentro del género. En rasgos generales una novela se podría describir como un dispositivo poliédrico, un animal —algo más extraño que un ornitorrinco, pues ese calificativo ya se lo llevó la crónica— que se alimenta de otros géneros y que se mueve en búsqueda de su propia verdad, una que intentará enredar a través de los espacios y personajes que convoca.

En su libro *El punto ciego*, el novelista y profesor español, Javier Cercas propone otro acercamiento al universo de la novela. Con él se aleja de la definición fundacional del género formulada por Pierre-Daniel Huet en 1670. Según lo plantea Huet la novela tenía una doble vocación en su origen: era un artefacto para la educación y, al mismo tiempo, un artefacto para el placer de los ciudadanos. La de Cercas es una perspectiva que plantea un vuelco al sentido didáctico agotado a lo largo de los siglos. De acuerdo con Cercas:

La literatura, y en particular la novela, no debe proponer nada, no debe transmitir certezas, ni dar respuestas, ni transmitir prescripciones; al revés: lo que debe hacer es formular preguntas, transmitir dudas, y presentar problemas, y cuanto más complejas sean las preguntas, más angustiosas las dudas y más arduos e irresolubles los problemas, mucho mejor”. (2016, 117)

Sin el peso de estas obligaciones iniciales, una novela puede dedicarse a mirar el mundo y complejizarlo a través de un entramado narrativo que se hace de ironías, contradicciones y paradojas. Una novela puede dedicarse a formular preguntas que nadie responda, *grosso modo*, esa idea es la que sostiene el núcleo de la teoría del punto ciego, porque en novelas de ese tipo lo que importa es hacer proliferar las preguntas.

No puedo eludir la gran dificultad que supone diseñar una grieta narrativa o conceptual como las que Cercas describe para hacer que a través de ella se filtren las cavilaciones. Más bien, me interesa volver sobre una frase que escuché de la boca de un personaje del libro de cuentos *El boxeador polaco*, de Eduardo Halfon. Este personaje me da la pauta para permitir que la ficción sea quien teorice en sus propios términos: “la única manera de contar una historia es tartamudeándola con elocuencia” (2019, 149). Hay una verdad a plena vista si se reflexiona sobre la ironía de estas palabras. El tartamudeo es fragmentario, no exige un despliegue fluido y, sin embargo, es la única forma de garantizar el movimiento de la flecha hacia adelante. Hay que empezar por algún lugar, balbucear la primera palabra, poner a la escritura en movimiento.

Si se trata de trasladar esta reflexión al terreno contemporáneo, pienso en la novela a la luz de unas declaraciones que la autora ecuatoriana, Mónica Ojeda hizo tras la publicación de su más reciente obra. Ojeda dice que al escribir “elabora un material que tiene que ver con su propio cuerpo, con sus obsesiones y lugares de asombro” y que en esa medida existe un nexo autobiográfico con sus libros de ficción, solo que el rastro autobiográfico se lee a nivel de emoción o psicológico. (González, 2024) Entonces, la novela no solo nos pone en contacto con una escritura que mira el afuera, sino que desde

la subjetividad de quien escribe, configura mediante el lenguaje una experiencia sensible para hablar de ese borboteo interno hecho de lecturas, observaciones, de imaginación.

En la escritura de *Hotel Acuario* he buscado internarme en el árbol genealógico de las Infante a través de la relación entre la fotografía y la memoria. Me impulsa la fascinación que siento por las imágenes que retratan a las familias que vivieron antes de la llegada del internet y las redes sociales desbordadas por imágenes efímeras. Pienso en mi infancia almacenada en esos álbumes deteriorados y en la historia de una chica que dibujó sus recuerdos infantiles porque no tenía imágenes para verse a sí misma en sus primeros años. Me guía la curiosidad por esos vínculos que los árboles genealógicos oficiales ocultan, por eso escribo para decirme que la familia también es algo más que lo que la sangre y los apellidos resguardan. Escribo una novela para preguntarme cómo una identidad puede forjarse en medio de las ausencias. Para entender cómo la violencia de la ciudad en la que vivo alimenta el mal que se cierne sobre Natalia y su familia de mujeres malditas.

### ***Hotel Acuario, la historia de las Infante***

Toda historia tiene una imagen fuerza desde donde se proyecta. Una construcción visual a la que es posible aferrarse durante mucho tiempo y que es, a pesar de la oscuridad que la rodea, un punto de arranque. La mía es la fachada de un edificio abandonado en el centro con las letras desvanecidas que dicen Acuario, que vi mientras asistía a un concierto clandestino en una terraza. Una imagen puede desencadenar una serie de recuerdos. Lo cierto es que, sin llevar ese nombre, *Hotel Acuario* empezó a escribirse hace cinco años, en la época en la que fui la recepcionista en un hotel en la ciudad de Guayaquil.

Como recepcionista, pasaba muchas horas sin ver la luz del sol, pero a cambio tenía frente a mí a una cantidad inagotable de pequeños universos cuya fragilidad se abría para que yo pudiera contemplarlos. En este lugar conocí a una mujer que sufría de problemas de memoria. En su extravío olvidó a un perro pequeño debajo de su cama. Entendí que hay una época del año en la que ciertas personas le rehúyen al contacto con cualquier aparato por el que circule una corriente eléctrica. Escuché lenguas bastardas y juro que hasta pude llegar a entenderlas. Esta efervescencia de historias me intoxicó por un tiempo y creí que podría usar esa materia de sustrato para la ficción. Quería escribir lo

que había visto, aunque no había forma de sostener un proyecto de largo aliento solo con esos fragmentos.

La novela 1.0 pasó por un taller de escritura en el que pude delinear un personaje que se movía por el hotel con una motivación. Recuerdo que se trataba de una mujer que usaba las grabaciones de las cámaras de seguridad para hacer una película *gore*. No sobrevivió. No logré escribir ni 10 páginas que pudieran impulsarme a seguir.

Con la primera muerte de este personaje que, además, sospecho que era mi alter ego, una versión sentimentaloides y bastante plana, dejé en pausa esos textos. Volví a revisarlos el año pasado y la descomposición de esa idea era irreversible, salvo un detalle: el espacio aún tenía algo que decirme y yo estaba dispuesta a escucharlo. Regresé al hotel —ahora ya tenía un nombre, lo bauticé Acuario, como ese hostel abandonado sobre la avenida Machala— esta vez con la idea de investigar un crimen. Lo dejé de lado, pero quise permanecer ahí, la llegada de Natalia y su familia de mujeres malditas me permitieron quedarme. La pulsión investigativa también persistió, al punto de que la ficción se inclina un poco hacia el género policiaco. Tras cuatro meses averiguando cómo funcionaría eso, podría sostener que Natalia encarna el arquetipo de la investigadora. Mientras que un personaje al que no había pensado en darle sustancia, hasta que mi tutor vio en él la posibilidad de ser más que una sombra, juega brevemente a convertirse en su compañero de fórmula. Esa sugerencia liberó a la escritura que estaba constreñida en una protagonista ensimismada en hallar las claves de su siguiente movimiento en el diario de su difunta madre.

Ahora bien, “Archivo de las Infante”, la primera parte de *Hotel Acuario* nos introduce en la vida de una familia en la que las mujeres mueren el día de su cumpleaños número cuarenta. Lo hace desde la voz de la última de este linaje: Natalia Cross Sempertagui. Bajo esta premisa esta historia empieza a ramificarse. Tengo la certeza de que un personaje se vuelve más tangible cuando le damos un nombre e imaginamos su profesión, sus manías. El nombre apareció junto a un hábito extraño. Natalia, la protagonista de la novela, se interesa en fotografiar a muertos. Ella se inicia en este hábito anómalo por el pedido de su madre. Con el tiempo ya no era necesario que exista un lazo afectivo para elegir al siguiente cuerpo. Cuando Natalia sea la protagonista, este hábito estará escamoteado. Por otro lado, Natalia también es la heredera de un estudio de fotografía donde trabaja produciendo imágenes para las personas que viajan, buscan trabajo o quieren atesorar el rostro de sí mismos o alguien amado. De ahí que, la novela orbita alrededor de la nostalgia por la imagen revelada sobre el papel fotográfico en un

presente extra narrativo, donde los recuerdos les pertenecen a plataformas y un *black out* amenaza con dejarnos sin las fotografías de las dos últimas décadas de existencia.

Las fotografías son elementos que, al funcionar como una prótesis de la memoria de estos personajes ausentes, nos remiten al concepto de la autotopografía, propuesto por Jennifer González. A propósito de esto, la autora señala que mediante los objetos que atestiguan la vida de un sujeto se vuelve tangible ese mapa de la historia, el deseo y las creencias a través del cual podemos conectar con el pasado. (González, 1995) En la novela, sobre fotografías de la infancia de Natalia, la colección de casas muertas de su madre, o la ausencia de imágenes que le muestren a la protagonista la cara de su abuelo, se edifica un espacio otro al cual la protagonista accederá para hacerse preguntas sobre su linaje.

La novela inicia con un paneo general del hotel, tras la llegada de Natalia a su entrevista de trabajo con la administradora. En estas primeras páginas se establece una atmósfera oscura que se intensificará mientras Natalia sea quien nos cuente la historia. ¿Pero que motiva el desplazamiento de la protagonista? ¿Qué trastoca su rutina como fotógrafa de planta en “Fantasías a color”, el negocio familiar? La llegada de una carta a su estudio-casa con una advertencia le revela la proximidad de su fin. Uno que ninguna de las Infante le advirtió.

Esta información que llega desde el anonimato —la benefactora anónima es Carmen, la amante de su madre, pero ese detalle permanecerá indescifrable— la enfrenta con la maldición de las Infante y la obliga a indagar en el pasado de su familia. Descubre que al igual que su madre, su abuela también ha sido víctima de este designio maléfico. Natalia intentará desentrañar el secreto que sostiene este entramado. Su búsqueda la llevará hacia la habitación de su madre que ha permanecido clausurada desde su muerte. En ese lugar detenido en el tiempo encontrará las claves para ir al *Hotel Acuario* e investigarlo desde su interior. Aunque será durante los sueños en los que su madre le ordenará visitar el hotel. Por eso, la acción se expresa en dos planos: tanto el diario como los sueños son los que le dicen a la protagonista a dónde debe ir. Si bien, Natalia va al Acuario tras la pista de su abuelo, Alejandro Sempertagui, la interacción con los trabajadores y los clientes crean constantes digresiones de su plan original. El tiempo se agota, pero eso no le impide a Natalia contar lo que ve en sus días como recepcionista.

### **Alejandro y su relación con el mal**

El nombre de Sempertagui apareció en la reformulación de la sinopsis de *Hotel Acuario*, al inicio de todo. Al empezar a escribir la novela la idea de que él había hecho un pacto con el diablo se presentaba como una certeza.

Sempertagui terminó por ser el abuelo de Natalia, un hombre al que ella no conoció, del que solo conserva una fotografía en blanco y negro que no le permite verlo con claridad. La historia de Sempertagui es uno de los secretos sobre los que se asienta la novela.

Luego de escribir noventa páginas hay algo que he logrado entender de una forma distinta sobre la escritura de este proyecto y sobre mí. Creía que *Hotel Acuario* se movía por todas esas experiencias que tuve cuando trabajé como recepcionista, pero a medida que me he ido internando más en esta ficción, encuentro resonancias con mi familia. Ni Natalia ni yo conocimos a nuestro abuelo. Mi familia se fundó en un secreto: los amores que mi abuelo tuvo con la hermana de mi abuela. Reconozco esta cercanía, aunque no es un freno para la escritura porque puedo ver los desvíos y no solo me permite tomar distancia, sino que se transforma en otro tipo de exploración: me interesa entender cómo la ficción trabaja alrededor de la memoria, y para ello, retomo la cita que Jennifer González extrae de un texto de Umberto Eco: “Recordar es como construir y luego viajar nuevamente a través del espacio” (p. 135). En esta novela el pasado se apuntala en espacios derruidos, en objetos que funcionan como cápsulas en las que el tiempo se detiene (el diario, las fotografías) y que crean un espacio tangible para habitar la memoria a la que aluden. En ese sentido, se podría pensar que a la par de la ciudad que la protagonista nos muestra, se superpone ese otro espacio que empieza existir a medida que ella y el resto de los personajes recuerdan quién fue Sempertagui, quién fue Cleo.

Recordar exige indagar el eslabón cero del árbol genealógico de las Infante. Ahí está Felicidad, la abuela de Natalia, la primera mujer que es exterminada y quien fue la esposa de Alejandro S. Al comenzar este proyecto, creí que, de los archivos de la madre, Natalia podría extraer fragmentos de la vida de su abuela. Pero la abuela se esconde y aparece de forma breve en los diálogos de otros personajes. Ese silencio que la rodea es una puerta que hacia el final de la novela podría explicar su relación con la maldición de las Infante.

En una de las primeras sesiones, mi tutor sugirió una maniobra para investigar el árbol genealógico, su consejo fue que la protagonista entrevistara a familiares para conocer

más sobre las mujeres extintas. Yo pensé que esa idea tenía potencial, pero se me ocurrió que las entrevistas debían producirse con otro tipo de personajes. Después de todo, una de las premisas de *Hotel Acuario* es explorar los vínculos afectivos que no solo la sangre faculta. Creía que Natalia conversaría con personas que conocieron a su abuela y a su madre, lo que a nivel narrativo se representaría con la inclusión de diálogos. En este balance sobre la marcha que hago de mi novela en ciernes, identifico cómo estas ideas echaron raíces.

“Esas personas” indefinidas se transformaron en las faquires, la triada de amigas que acompañaban a Cleo, la madre de Natalia a jugar cartas los jueves. En la novela se identifican con los nombres: informante 1, Teresa y Livina. Escribir sus diálogos ha sido una tarea divertida, pues significó dotarlas de una personalidad e intentar que su lenguaje responda a su temperamentos melodramáticos, paranoicos o sofisticados. Estas mujeres no se conformaron con hablar mal de Sempertagui ni de especular que las Infante padecían de un mal cardíaco, sino que se configuraron como una orden que tiene el poder de convocar a la oscuridad. Mediante cortes delgados sobre su piel, dentro de la habitación roja, estas mujeres le permiten a Cleo y más adelante, a Natalia formular una pregunta secreta y obtener la respuesta que tanto anhelan. Para los lectores, la pregunta permanece velada.

Una vez que Natalia llegue al hotel, nos guiará hacia la 308, una habitación que le permitirá conocer la cara B de la historia de su abuelo, y junto a las faquires, reproducir el ritual que su madre y ellas hicieron en el pasado. Voces que vienen de la oscuridad, recuerdos infantiles y sueños, pervierten la posibilidad de tener certezas.

### **La secta y sus señales**

No he podido resistirme a abandonar esta idea inicial. A pesar de que, en las primeras setenta páginas de la novela, el *Infinity club* no se manifiesta. Hubo un momento en que la secta se hizo presente y aunque la idea se ha ido reconfigurando, la llegada de Natalia al hotel es a la vez, el nacimiento de la secta en esta historia. Es demasiado pronto para que el lector pueda intuirlo, pero esa anciana que bebía una taza de agua tibia con grandes rodajas de limón sumergidas en la cafetería es la primera señal. Esa mujer era uno de ellos. No dijo una sola palabra, pero verla ahí fue la clave para empezar a creer que el Acuario sería un lugar de descubrimientos.

El *Infinity* se relaciona con el club del fuego del infierno, una agrupación que surge en la Inglaterra del siglo XVIII y cuyas máximas eran: droga, sexo y sangre. En esta ficción la secta está formada por personas hermanadas por el deseo de prolongar su existencia. Sus miembros son los responsables de la aniquilación del linaje de las Infante y el de otras familias. Planifican con cuidado los crímenes de las mujeres, pues quieren hacerlos parecer muertes naturales para no levantar las sospechas de la policía. Hay una suerte de código ético en el proyecto perverso de la secta que se verá corrompido por integrantes como el doctor Placencio, quien, en la novela, es el médico de cabecera de Cleo, la madre de Natalia.

Placencio será el responsable de que en la ciudad las personas teman ser secuestradas. El doctor comete un tipo de delito nada convencional, pues secuestra a personas y no para solicitar recompensas. Es más, Placencio las retiene por un tiempo corto. Liberan a las víctimas cuando se le extirpa uno de sus miembros. Su trabajo es impecable, una obra de arte. Placencio mutila para evitar que su mujer, la portadora de una enfermedad incurable, se deteriore y muera. La voracidad de la enfermedad obliga al doctor a capturar a sus víctimas con más frecuencia. En las primeras páginas, la historia de las mutilaciones funciona como una subtrama endeble que empieza a cobrar más fuerza cuando una de las faquires y Francisco, el jardinero, son los siguientes en la lista.

La mayor preocupación en torno a la aparición de la secta en la novela era lograr una imbricación orgánica con la historia de Natalia. La secta parecía ser un cuerpo separado del conflicto de la protagonista. Como planteaba mi tutor, el Infiernity — coincide que en Guayaquil existía una discoteca llamada *Infinity* en los años ochenta a la que también llamaban Infiernity— no puede ser solo un elemento decorativo en la trama. Esa palabra ha aparecido muchas veces en nuestras conversaciones. Se repitió cuando las faquires y su ritual perverso emergió. Es una preocupación que comparto. Es en esencia un asunto de dosificación. Y hacia el final de la primera parte voy a necesitar suministrar en dosis menos recatadas las señales de la existencia del *Infinity Club* en la novela. Eso es lo que estamos a punto de presenciar luego de que las faquires convocan a la oscuridad desde la habitación 308 y al día siguiente, los clientes especiales, a quienes reconozco como los miembros de la secta, se recluyen por una noche en el Acuario. En este momento, los horrores que la historia alberga en su núcleo serán más evidentes y por un breve lapso, el hotel se volverá un lugar donde el mal se manifiesta.

En esta novela el mal que la secta encarna no se propagará solamente en la familia de las Infante, ese es solo uno de sus efectos, pues Natalia es un eslabón diminuto dentro

de una maquinaria diseñada para triturar huesos. De ahí que hacia el final de la novela se dimensionará el dominio que el *Infinity Club* tiene sobre la ciudad y sus habitantes. Esos indicios de su presencia se podrán leer en los hombres que parecen acechar a Natalia y que persiguieron a su madre, en la enfermedad de los árboles en la ciudad, y la oleada creciente de gente mutilada.

### **Las voces que narran esta novela**

La novela es un espacio polifónico. En la práctica hay que reconocer que la dificultad del proyecto crece a medida que se incorporan más narradores. Se sugiere trabajar solo con un narrador cuando se escribe por primera vez una obra de este tipo. No hay mucho misterio en optar por esta decisión, es necesario que cada voz que habita la novela pueda distinguirse del resto, que a través de ellas se dé cuenta de una consciencia con su profundidades y elevaciones, que no se convierta en un clon de las otras subjetividades que la habitan.

Al principio, quise narrar *Hotel Acuario* con tres tipos distintos de narradores: un omnisciente, Natalia y Carmen como narradoras homodieéticas en distintas partes de la novela. Es cierto que Carmen Larrini llegó casi al final. Fue Natalia, mientras recordaba el día de la muerte de su madre, quien la trajo a la vida. Ahora bien, luego de exponer estas ideas a mi tutor y mi profesor de narrativa, me vi en la necesidad de repensar cómo iban a manejar la información estos narradores y eso provocó que deba renunciar al que lucía menos sólido para la novela: el narrador omnisciente. Lo eliminé, pero conservé lo que este narrador me permitió conocer sobre el *hotel Acuario*, su muro cubierto de hiedra, el jardín y la recepción. No fue difícil dejarlo ir, además, pude recuperar las descripciones lúgubres y el ritmo moroso que puse en marcha en su voz. En adelante, Natalia asume las riendas de la narración. Su discurso oscila entre los saltos al pasado, donde rememora su infancia y su presente, en el que nos permite escuchar mediante el discurso directo o indirecto a una serie de personajes: el guardia del parque, el fotógrafo, los clientes de su estudio fotográfico, los recepcionistas y clientes del hotel y en especial a Francisco, el hombre que cuida el jardín de la casa en ruinas de las Infante. Entonces, la memoria de la protagonista se reconstruye no solo por lo que los archivos o sus recuerdos le facultan — el diario y las fotografías, aunque son objetos tangibles, demostrarán no ser poseer una verdad absoluta; después de todo la escritura sobre el papel y la luz son otro tipo de ficción—, sino por el vínculo con los otros, por lo que su paso por la vida de Natalia

produce en su historia. Aquí cabe hacer una referencia al juego bilingüe que se establece entre la protagonista y su madre, en esos diálogos se abren pequeñas grietas para acceder a ese universo que ambas compartían, un lugar entre dos lenguas donde el amor y la dureza se combinan.

Hubo una sugerencia más radical para escribir *Hotel Acuario*. Consistía en un asesinato múltiple, había que descartar tanto al narrador omnisciente como a Natalia y solo conservar con vida a Carmen Larrini. Al respecto, se puso en consideración “la perspectiva” ulterior que este personaje podría poseer. Larrini tendría la capacidad de mirar la historia con la distancia que el tiempo y su condición de amante de la difunta madre de Natalia le facultan. A mí también me provoca un cierto magnetismo la figura de Larrini, una abogada jubilada que se esfuerza por anclarse en el presente, pero que su memoria enferma le dificulta esta tarea. La aparición de Larrini en la novela sucedería luego de veinte años y es accidental. Larrini vuelve a ver a Natalia en la calle y este encuentro trae consigo los años olvidados junto a su amante y la promesa que no ha podido cumplir.

Si la segunda parte de la novela a la que he nombrado como “Cosas que olvidamos” se desarrolla en el futuro no está del todo claro. La novela podría cerrarse únicamente con Natalia como la protagonista. Una protagonista que se repliega para que los demás hablen y nos acerquen a ella.

Tener dos narradoras que gravitan alrededor de la misma trama —la maldición de las Infante— puede volver a la novela un cuerpo desprovisto de unidad de tensión. Si me aventuro a seguir escuchando lo que Carmen tiene que decir, mi mayor preocupación es que las voces de ambas no se clausuren entre sí. Con Carmen, el reto es hacer que la escritura enferme y nos transmita la emoción de no poder fijarnos en una temporalidad concreta. Presente y pasado coexisten sin la presencia de conectores que permitan comprender los saltos y los malabares de la memoria de la abogada.

Una novela es la concatenación de fragmentos, sobre todo, si continúa en construcción. En la primera parte, es necesario comentar que hacen falta páginas para desarrollar lo que acontece en el interior del *Hotel Acuario* una vez que la secta se reúne. Así mismo, como ha señalado mi tutor, hay temas que podrían quedar sueltos, si la novela no les ofrece el espacio para desenroscarse. Una de esas deudas está relacionada con el rol que juega el doctor Placencio, médico de la madre de Natalia y el miembro de la secta que será responsable de la ola de amputaciones.

Si la voz de Natalia se agota, Carmen Larrini será quien, en la segunda parte de la novela, “Las cosas que olvidamos”, ilumine esas verdades que han quedado sumergidas. Si volvemos sobre la trama del *Hotel Acuario*, identifico una ventaja: Cleo y Carmen comparten una relación más cercana que la que Natalia pudo establecer con su madre y en esa medida, puede darnos acceso a otra información relevante para el crecimiento de la novela. Con los años que vivió en el vaivén del amor al lado de la madre de Natalia, ella ensayará otra versión de la historia, una que difiere de lo que se presente en “Archivo de las Infante”.

### **Aprender a heredar la incertidumbre**

El heredero es un intérprete de secretos, dice Gina Saraceni en *Escribir hacia atrás: herencias, lenguas y memoria* (2008), de manera que quien recibe ese acervo afectivo, esas traiciones, memorias, esos posibles desvíos de su historia familiar accede a un saber frágil y debe intentar enfrentar y/o desafiar su relato, hilar los vacíos para darle un sentido al yo y encontrar su lugar en el mundo. Según Saraceni, la lectura de un árbol genealógico posibilita un encuentro entre los vivos y los muertos y, desde lo propuesto por Derrida, nos permite encarar la presencia de lo que está ausente, de eso que fractura el tiempo para dar cuenta de la deuda con el pasado. En esa línea, lo que se hereda pone al sujeto ante una temporalidad rota: no hay manera de establecer un contacto estable con el pasado ni tampoco evitar que la memoria se fragmente en el ejercicio de descifrar lo que oculta.

En *Hotel Acuario*, Natalia intenta escuchar estas “voces que llegan de atrás”, para con ellas articular un relato sobre su familia de mujeres malditas. De esa inmersión en los recuerdos, de la exploración de los archivos depende su presente inmediato y su futuro. Entonces, la novela expone a la protagonista a una variedad de pasados que surgen del testimonio de otros personajes, de sus hallazgos e interpretaciones. Así, la versión monolítica de su árbol genealógico se pone en cuestionamiento y se abre para ser interpelada, reescrita. En esta novela el árbol familiar se desmorona y la heredera debe aprender a convertirse en una interprete profana de esas ruinas. Alguien que, pese a las amenazas, no abandone a su yo entre los secretos de la infancia y un presente abisal.



## **Hotel Acuario**

## **Nota**

Lo que sigue es un fragmento extendido de la primera parte de la novela.

**Primera parte**  
**Archivos de las Infante**

**I**

Despierto con su voz apagándose en esta frase: “Vas a hacer que nos maten a todas otra vez”. En los sueños mi madre no se rinde. Pero habría que tomar algo de distancia al escuchar a los muertos y no creer en cada una de sus fabulaciones. Después de todo, no sabemos si desde donde nos miran el tiempo es un tejido replegado, asfixiándose en su propia circularidad. Para ellos no tendría sentido el futuro. Quiero que lo sepan, venir al Acuario ha sido su idea.

No se puede distinguir a esta distancia. Desde la vereda de enfrente el muro cubierto de hiedra es un camuflaje conveniente. No hay letreros en neón rojo. Solo un timbre dentro de rejas oxidadas. El número sobre la puerta. Tres cifras que no me dicen mucho. El timbre se debe presionar con insistencia hasta escuchar un chillido afónico. Ni frente a la puerta se puede saber. Quiero decir, en su interior la descomposición ya debe avanzar a un ritmo pausado, pero irreversible. La agonía en las casonas empieza con esos accidentes mínimos. Con el papel tapiz que se desprende en las esquinas. Con esa mancha que el último invierno dibujó sobre el tumbado y que se ha propagado como olas dentro de un estanque sucio. Son los cuerpos de las moscas acumuladas dentro de las lámparas del pasillo. Esa colonia de cucarachas anidando en la cocina.

Solo especulo. Lo hago desde los nueve. Esa habilidad la desarrollé acompañando a mi madre a fotografiar casas abandonadas. En ese entonces no entendía su fascinación. Pasar horas encontrando el mejor encuadre, la luz más delicada para que recobren una vitalidad extinta. Una que solo mi madre era capaz de ver en ellas. El suyo era el trabajo de una restauradora. Sus ojos eran el filtro que reconstruía el daño provocado por la humedad y los días. Inclusive el moho, la madera descompuesta, inclusive las huellas del esmog, bajo su mirada se embellecían. Por eso me llamó la atención cuando vi las primeras fotografías del Acuario. No estaba dentro de sus intereses. La propiedad de una familia adinerada. Una serie que arruinaba el proyecto que llevaba décadas construyendo y del que yo era la única testigo con vida: el archivo de las casas muertas de Guayaquil. La obra de una coleccionista de cosas derruidas. Quizá ella era la resistencia, la que se negaba a creer que los incendios nos dejaron sin historia, la que estaba dispuesta a

inventar un relato paralelo. Cada una de las Infante tenía su propia obsesión. Mi abuela registraba la vida secreta en los bosques. Le interesaban esas especies que crecen en la sombra. Frágiles y diminutas. Supongo que lo mío fue una extraña combinación de las preocupaciones de ambas. El efecto de crecer dentro de una familia con un pequeño estudio fotográfico en el centro de una ciudad en la que la oscuridad y lo tropical coexistían.

Tampoco estaba dentro de mis prioridades visitar el Hotel Acuario, pero ahora entiendo que mi madre y yo no tuvimos otra alternativa. Si alguna disciplina se cultivó en nuestra familia, fue la de vivir hasta los cuarenta años. Eso suena como si lo hubiésemos hecho por cuenta propia, nos aburríamos de respirar y dejamos que la asfixia hiciera su trabajo. Sé que cuando se habla de temas complicados, uno intenta rodear el lugar donde se ocultan los errores para que duela menos. Lo diré, aunque temo que mi boca articule esas palabras. Creo que aceleran el reloj y eso significa que seguiré el mismo destino que mi madre y el resto de las mujeres de mi familia. Estábamos malditas. Condenadas a morir el día de nuestro cumpleaños número cuarenta. Bajo los primeros rayos de luz, una luz que nos fulminaba sin dejar rastros de su labor.

La cara frontal del Acuario es solo hiedra y calor. Un rostro antropomorfo sostiene con sus dientes un círculo de cobre. La tradición exige sacudir tres veces el llamador. Elijo el timbre, la ruta convencional. Siento que alguien espía tras la mirilla. Escucho por el intercomunicador la voz de un hombre que dice: “siga, la estábamos esperando”. El eco de esas palabras tarda en disiparse en mi cabeza. Despierto con el sonido del pestillo que parece el disparo de un revólver calibre 22. Hace algunos años creí conveniente aprender a disparar. Llevar un cañón ajustado a mi cadera. Creía tener la astucia que se necesita para incrustarle una bala entre los ojos a alguien sin que me temblaran las piernas. Es inútil, lo sé, el mal puede eludir hasta sus propias tretas. Del otro lado un jardín, entre la tierra reseca y las flores púrpuras se insinúa el camino hacia la recepción.

El nombre está pintado sobre la pared izquierda. Lo veo mientras subo los siete escalones que me separaban de la puerta de vidrio. Todo en mayúsculas y de color celeste. Algunas partículas de pintura me permiten reconocer los contornos de las letras. Acuario. Me espera el recepcionista de la mañana. “Siéntese que la administradora no tardará en llamarla cuando sea su turno”. En un rincón de la cafetería una mujer muy anciana eleva con dificultad una taza de agua donde unas rodajas de limón se hunden y vuelven a la superficie. El recepcionista me hace un ademán para que descanse sobre una banca de acero. Algunos muebles en el Acuario parecen piezas de taxidermia. Vuelvo a verla, la

anciana está sentada sobre una silla con las patas como garras de un león. La desproporción de las patas hace que la mujer se vea como una niña pequeña que mece sus piernas en el aire para calmarse. Usa zapatos escolares, negros con una correa sobre su empeine. Un hombre con el tatuaje de un mapa circular sobre su nuca le entrega las llaves al recepcionista y se sienta a mi lado. La mujer se ha esfumado. Una familia de cinco se instala en la mesa del centro y lee la carta. Los niños se han puesto a contar el número de focos que tiene la lámpara del techo. Las puertas del ascensor ubicado hacia el fondo se abren y sale una mujer de cabello corto seguida de una gata de lomo gris. Es la administradora. Estrecho su mano y la miro como me enseñó mi madre. “Nat, si quieres ocultar el miedo, mira directo a sus ojos”, eso me decía cuando estaba nerviosa antes de una presentación en la escuela. Lo más probable es que sus consejos me hayan traído hasta aquí con una confianza que no tengo. Minutos antes apreté la mano derecha entre mis muslos para que el frío y la palidez no me delaten. Tengo la mente infestada de pensamientos girando enloquecidos. Faltaban tres meses para mi cumpleaños número cuarenta.

## II

El archivo de las casas muertas dormía en uno de los cajones de su cómoda. No fue fácil volver a entrar y quiero dejar claro que si lo hice fue porque me creí cada una de las palabras de la carta. Era martes, uno de los días flojos en el estudio. Cada vez me resultaba más complicado sostener el negocio por la aparición de las cámaras digitales. La gente ya no necesitaba pagar para registrar momentos familiares o para preservar su rostro encapsulado de los males del tiempo. Aunque los nostálgicos por el *film* seguían acudiendo. En ese grupejo estaban los abuelos desconfiados de la tecnología, los clientes más insoportables. Estaban los que necesitaban sentir que sus recuerdos podían tener una materialidad y que la foto de su perro usando orejas de conejo estaría a salvo de los virus de computadora. Como decía, era uno de esos días flojos, así que a las tres de la tarde bajé la puerta enrollable y subí a un altillo que en estos últimos años era mi departamento improvisado. Iba a beber un vaso de agua cuando escuché como si alguien dejaba caer su peso sobre la puerta y me asomé por reflejo. En ese momento vi reptar bajo la puerta un sobre blanco. Hice todo el silencio que pude. En puntillas me deslicé hasta abajo y abrí la puerta para tratar de descubrir quién era la persona responsable, pero al asomarme a la calle lucía más solitaria de lo usual. Estaba sin zapatos, así que volví al interior. En el edificio de enfrente vivía una chica que tocaba el contrabajo, un señor alargado con un gato siamés y una familia de coreanos. Casi no coincidíamos en el barrio. El centro estaba lleno de edificios así, gigantes de cemento deshabitados. El contraste era enfermizo: las calles se llenaban de vendedores de agua, prostitutas y de personas a las que le faltaba una extremidad, la nueva epidemia de la ciudad después del dengue, salvo que nadie sabía de dónde salía tanta gente a la que le faltaban orejas o manos. Las pérdidas podían ser escandalosas o solo revelar la voluntad de un dios caprichoso que decidió extirparle el dedo meñique de la mano izquierda a un oficinista de mediana edad.

Una carta sin remitente solo puede contener malas noticias. Lo otro que nunca falla es que mientras más blanco es el sobre, mayor es la probabilidad de transportar mensajes perniciosos. El aspecto de ese sobre no lo he podido olvidar. Tenía la apariencia de no haber sido tocado nunca. Los dedos sobre el papel dejan manchas de grasa o

humedad, una leve ondulación, alguna huella del tacto de unas manos apresuradas. Había método y frialdad en quien decidió dejar la carta ese día. El trabajo de alguien con experiencia en, y aquí quiero dejar una pista ciega: dar malas noticias. “En unos meses vas a estar muerta”, no estoy segura si esas fueron las palabras precisas. Pudo decir “Eres la siguiente de las Infante, Natalia” y quizá dijo algo como “¿Cuándo es tu próximo cumpleaños?, repite esa fecha en tu cabeza porque si no tomas en serio estas palabras, ese será tu último día sobre la tierra”. No lo tengo claro ahora, es probable que haya sido una voz más empática: “Siento mucho lo de tu madre. Lo que voy a decirte va a parecerse una tontería, pero...”. Difícil tenerlo claro en este momento y puede que no sea tan importante recordar la combinación de palabras. El caso es este: la carta me pedía volver a casa y entrar a la habitación de mi madre. A la casa en la que mi abuela, y mi madre dejaron de existir. Cuando viví con mi padre, él solía decir que ellas habían muerto en una edad en la que tenían, y cuando pronunciaba esas palabras hacía un énfasis particular, toda una vida por delante, o todo el futuro a sus pies, ya no sé. Mi padre no hablaba mucho del asunto y la suerte de mi madre tampoco era algo que le hacía perder el sueño. ¿Sabía mi padre lo que iba a suceder y por eso se borró del mapa un año antes del cumpleaños cuarenta de mi madre? La de mi familia es una historia de abandonos y muertes sistemáticas. En el sur del continente nuestra historia se repite con otros rostros. Por qué no habría de hacerlo.

La habitación llevaba veinte años clausurada. Era la escena de un crimen sin resolver, aunque eso no quiere decir que hubiese una investigación abierta, lo era para mí. Dijeron que murió por causas naturales sin siquiera tocarla. Yo debí sospechar, pero estaba paralizada por el hallazgo y por lo que había tenido que hacer unos minutos antes. En esos años existía gracias a mi piloto automático, una versión atenuada de mi yo actual, un piloto obediente a las demandas de otros, sin importar si eran perversas.

Luego de la muerte de mi madre no pude hacer lo que se acostumbra. No pude regalar su ropa, ni deshacerme de sus objetos más preciados. No limpié. No pude deshacerme del polvo, las partículas de su piel que bailaban con el viento y que inhalé cuando volví a entrar a su habitación. Es lo que pasa si compartes un espacio estrecho con alguien, terminas por introducir por tus fosas nasales sus células envejecidas. Hay gente que se esmera por conservar las cosas intactas como si eso fuese a hacerlos volver. El tiempo que pasé sola en esa casa no me resultó tan insoportable. Cerré la puerta y se mantuvo así a pesar de los ruidos que escuché. No entré ni cuando empezó el invierno y sabía que esa parte de la casa era proclive a tener goteras. Fueron casi dos décadas y

pudieron ser más. Pude seguir encendiendo inciensos por las tardes para disimular el aire viciado de esa habitación que empezaba de a poco a diseminar su contaminación por el pasillo. La casa cuerpo necesitaba remover de un solo tajo ese espacio infecto. No me arriesgué a abrir esa puerta, aunque mi cámara favorita se quedó atrapada ahí. Una Nikon coolpix que mi madre me dejaba usar en esas excursiones por la ciudad.

Sus amigas se cansaron de insistirme para que me deshaga de sus objetos. No podían entender las preferencias extrañas de mi madre y yo no tenía manera de explicárselas sin contarles lo que hacía con obsesión antes de que yo nazca y que con mi llegada no cesó. Quién sabe cuándo ocurrió la pelea fundacional que instaló esos comportamientos en mis padres. Pudo empezar por un desacuerdo tonto. Mi madre le pidió a mi padre que guarde su ropa sucia en la canasta, él respondió con un gruñido. Con el tiempo se volvieron tan predecibles. Mi padre, un trabajador neurótico e indiferente. Mi madre, una escapista. Esa manía por salir a caminar en las noches para estar en cualquier otro lugar que no fuera la casa, años más tarde se convirtió en el método para construir su obra. Pero no me sorprende que ellas no lo sepan. De eso no se hablaba. Así eran las Infante, maestras para guardar un secreto dentro de otro como si se tratase de muñecas rusas. Con matrimonios de ensueño, de los que su derrumbe se produce a horas en la que los demás duermen o fingen mirar a otro lado. Así imaginaba que sería volver a estar dentro de su habitación escarbando entre sus cosas. Finjo que no me estoy cayendo a pedazos a pesar de que nadie pueda verme. “Keep your shit together, Nat”, la oía murmurando en mi cerebro.

La casa lleva un par de años sin habitantes. Le pago una vez al mes a Francisco, el jardinero que me ha visto crecer y que sigue aceptando este trabajo insignificante por el cariño hacia mi familia. Lo esperaba sentada en las gradas de la puerta principal los domingos. Llegaba en su bicicleta roja. Un pato de hule dentro de su canasta era su pito improvisado. “Niña Natalia, ¿cómo está? Vea como se han puesto las veraneras”, me decía y luego empezaba a desmalezar a mano. Esas eran sus plantas favoritas. No quería que el jardín se pareciera a uno de esos sitios que mi madre y yo visitábamos en mi infancia. Enredaderas sofocando al árbol de cerezas. La decadencia desatándose en su habitación me bastaba. A ella también. Sobre todo, porque me aseguré de que nadie pudiera hacer algo que la perturbe.

Guardé la llave porque en un lugar de mí sabía que este día llegaría. La introduje y forcejeé para lograr que la cerradura cediera. Las cortinas amarillas estaban cerradas, una luz cálida se filtraba y contaminaba la cama, la mesita del velador, se reflejaba frente

al espejo de su cómoda, caía sobre su joyero en forma de zapato, se disipaba en la esquina donde estaba su escritorio. La puerta del baño permanecía entreabierta. La atmósfera era sofocante, a ratos se sentía como estar diez metros bajo la superficie contemplando las ruinas de un pequeño templo. Una película verduzca crecía sobre la cama y hacia el centro se podían ver agujeros que en unos años más perforarían por completo el colchón. No sabía por dónde empezar sin que mis movimientos perturbaran el flujo de esa decadencia. Fui al escritorio y de ahí recuperé un par de álbumes fotográficos, tomé unos papeles con apuntes sueltos. Su diario sería más difícil de encontrar. Donde otra gente almacenaba medias, sábanas o ropa para dormir, mi madre conservaba las fotos de las casas en descomposición. Eran cientos de ellas. Tomé las que habían resistido y que las manchas de humedad no nublaban por completo. Extraje un libro de cubierta oscura. Seguía las instrucciones de un benefactor anónimo: “sin el diario estás jodida, Natalia”. Solo quería salir de ahí lo antes posible. Cerrar esa puerta y dejar de pensar que ahora la casa no solo tiene una habitación enferma, sino que toda ella se ha contaminado con la humedad y oscuridad. Necesitaba el diario, aunque acercarme a la ropa del closet me hiciera respirar ese olor residual que emana la ropa de los muertos. En el terno de mi padre, en ese bolsillo secreto a dos centímetros de donde estarían sus pezones, estaba el diario. Un cuadernillo ajustado con un elástico gris. En el bolsillo delantero una fotografía de Carmen y en lateral el carnet de trabajo de mi padre. El hombre que se dedicó a levantar edificaciones en el centro de la ciudad para familias chinas. Uno de esos edificios era bastante extraño. Tenía un cangrejo inmenso en su fachada. Era un club nocturno donde la salsa brava te reventaba los oídos y lo único disponible en el menú eran cervezas tibias. Mi padre había sido el responsable de la proliferación de chifas en el centro de la ciudad, y sin saberlo, el artífice del barrio chino.

“Debes encontrar el diario y las fotografías del Acuario. Natalia, no te atrevas a salir sin eso”. En ese momento el nombre Acuario no significaba nada para mí. Acuario. La ciudad no tiene tanques enormes llenos de agua con peces que vuelan sobre nuestras cabezas. Recordaba el *goldfish* en el departamento de M., el que me dejaba alimentar con cierta desconfianza. Debí aprender a reconocer esas señales, lo nuestro no funcionaría. La carta no decía más. Parecía saber de mí, me alentaba a ser rápida. No soporto los lugares con poca ventilación, no soporto estar cerca de las cosas que me recuerdan a ella. Quizá por eso llevo veinte años sin conocer la tumba donde los huesos de mi madre están acumulados. Una tumba llena de polvo en una hilera casi infinita de pequeños nichos grises que nadie visita.

### III

No es algo que me proponga, pero siempre termino acumulando información perturbadora de gente a la que apenas conozco. Una palabra lleva a otra y el taxista empieza a narrarme la genealogía de sus perros. Amaba mucho a esa salchicha, pero no más que al mestizo que encontró al dejar a un pasajero por una ciudadela al sur. Ahora hace lo posible para no caer en los baches, el agua de la lluvia camufla su verdadera profundidad y los ejes de los carros parecen esqueletos de sardinas, fáciles de triturar entre los caninos. Faltan algunos minutos para que nos detengamos frente a la puerta del Acuario y el taxista no ha terminado de contarme su historia, unos perros murieron envenenados, otros bajo las llantas de camionetas, pocos lograron alcanzar la ceguera de la vejez.

Se estaciona frente al auto blanco, un *fiat* destartado del noventa y siete. Pago y timbro sin pensarlo, bang, un disparo desde el interior me da acceso. A lo que podríamos llamarle día le quedan pocas horas. La jornada laboral de los oficinistas terminó hace unos cuarenta y cinco minutos. La puerta no tarda en abrirse, no ahora que saben quién soy y me esperan. Cincuenta y cinco pasos largos, setenta y siete cortos hasta el primer escalón que me lleva a la recepción. Cuento para entretenerme. Fabricio sonrío. Abre la puerta como si yo fuese la huésped más distinguida de la casa. Eso de no dormir por la noche tiene su efecto. Se le nota a Fabricio en la cara, como si por cada hora que se la pasa insomne su piel se vuelve más transparente y un día nos permitirá espiar su interior, esa ansiosa red de venitas verdes que son una armadura frágil. Me tomó una semana aprender a reconocer su vena de la ira, la que late sobre su frente cuando un cliente le hace perder la paciencia y él intenta ser un tipo amable.

Niña, esta noche llega la señora Consuelo. No es muy complicada, pero debo hay un detalle: les tiene miedo a los gatos.

Y claro, nosotros tenemos a una gata.

Venus no es del tipo de felino que adora el contacto humano, así que no se preocupe.

¿Cómo dijiste que se llamaba?

Venus, como las estatuillas esas.

No lo voy a olvidar. Voy a buscarla y a dejarla en la cocina para que Consuelo no se encuentre con ella.

Le doy una pista: su escondite favorito es la bodega en la planta baja. Pero yo no iría ahí a menos de que sea necesario. No después de las diez.

No me digas que el Acuario es otro de los hoteles malditos de la ciudad.

Claro, como el Capricornio, o el Aries. Al que se le ocurrió ponerle nombre de signos zodiacales a los hoteles sabía que les estaba creando un destino terrible. Solo que aquí nadie ha saltado por la ventana. Tampoco han ocurrido crímenes. Lo nuestro son uno que otra sombra y ruidos raros, así que no se emocione, eso nos convierte en el hotel maldito de menor categoría. No se olvide, Consuelo les tiene fobia a los gatos.

Cuando Fabricio está de turno la hoja de registro de los huéspedes es ilegible. Su letra se recuesta demasiado sobre la línea y aplana tanto las palabras que parecen otro idioma, uno que ni el mismo sabe que domina. Es miércoles, un día neutro, la gente llega a sus habitaciones y se encierra hasta el siguiente día. Cuando oscurece y todos están recostados en sus camas intentando sintonizar un canal que los entretenga, las luces de los pasillos también duermen. La cocina, las escaleras que conducen hacia la planta baja, la puerta que conecta la salita de espera con un pequeño jardín lateral, el ascensor, la bodega de las cosas olvidadas, permanecen en tinieblas, a menos que un cuerpo con la suficiente masa se desplace y genere una perturbación en el ambiente que obligue al sistema de iluminación a incendiar por unos segundos esa área. Venus, por ejemplo. Sobre mi cabeza, una enorme lámpara de cristales encapsula con su brillo tenue el mesón del *counter*, el dragón con baño en oro, mi silla. Solo mis zapatos que se esconden debajo del estrecho mesón se resguardan de su luminosidad inconstante.

Hay días para ocultarse en la oscuridad y noches para que la luz nos acribille.

En el Acuario me sustraigo de la luminosidad. Me escondo del sol.

Fabricio es otro de esos tipos que no sabe cubrir sus huellas. Le gustan las mujeres con los vientres abultados y celulíticos, envejecidas, de esas que usan maquillaje en exceso sobre los párpados, las cejas delineadas de negro, y con tangas tan pequeñas que la piel se desborde en todas las direcciones. Le gusta verlas satisfacerse con pepinos. *Milf and pepinos and huge*. Pero como no sabe inglés seguro escribe algo como vieja gorda con pepinos. No hay que ser tan descriptivos, el buscador de la página trabaja con la mínima insinuación. Lo descubrí al segundo día de ser la nueva recepcionista nocturna del Acuario y decidí que por nuestro bien guardaría el secreto. Las búsquedas de ese tipo

hay que hacerlas en el modo incógnito. Mi madre no fue la más didáctica de todas, pero al menos algo me enseñó: “borra el historial de búsqueda de tu computadora porque no querrás que la gente se meta en tu cabeza, no querrás que digan en voz alta esas cosas que te has estado preguntando porque cuando no hay testigos no sabemos contenernos”. ¿Cuántas mujeres estarán introduciéndose un vegetal de mesa esta noche? Una computadora que prediga el número probable de mujeres que se entregan al placer con solanáceas. No tenemos esa tecnología, aún.

El timbre repica dos veces. En los sueños nunca puedo encender la luz y sin importar que tan difícil me resulta ver en la oscuridad en las horas de vigilia, al soñar se me permite un poco de claridad, la capacidad de ver los contornos y fulgores de lo que sea que se arrastra por el cuarto. Es media noche. Presiono el botón, los ojos del caballo de porcelana frente a mí adquieren un brillo enloquecido porque a alguien se le ocurrió dirigir una pequeña lámpara sobre su crin. Se ilumina el sendero con unos focos circulares incrustados sobre el cemento, el jardín parece otro cuando anochece. Estoy despierta. Debo apresurarme hasta la entrada, a Consuelo no le gusta que la hagan esperar demasiado. Sin botones ni personal de limpieza en el turno de madrugada, soy la que traduce, repara fugas de los inodoros, soy la que carga el equipaje y ayuda a mujeres voluptuosas caber dentro de sus vestidos de cóctel. Aunque a ratos lo postergo, soy la última de las Infante y estoy aquí para terminar lo que mi madre no pudo, para encontrar a mi abuelo.

## IV

Lo supe a los veinte, aunque solo una parte de nuestra historia. Linda forma de entrar a la adultez, primero la muerte de mi madre y luego ese papel doblado en cuatro y envuelto en una cinta roja que Carmen me entregó. Esperé algún tipo de explicación para ese pedido tan inusual. “Tienes que fotografiar mi cuerpo”, decía. Así empezaba. Vísteme con el traje que está dentro del forro gris, donde tu padre guardaba su terno. Vísteme pronto. Carmen llegó a las seis en punto, para ese entonces mi madre debía tener apenas unos minutos sin respirar. Me dio el papel y me dijo que antes de leerlo me dirija a su cuarto. Nunca más volví a saber de ella. Pasillo al fondo y luego a la izquierda, el camino no era tan extenso, yo vivía en la habitación que tenía vista al árbol de mango en el patio; era época de floración. Nada te prepara para sumergirte en el silencio de una habitación en la que duerme alguien que no volverá a mirarte. Sus ojos eran como los de nuestra gata romana, iris verde claro. Ella y la gata se mimetizaban. Baños de sol e indiferencia con el resto de las personas que se movían cerca. Pasadas las tres de la tarde la cosa era distinta. Apostadas en la ventana, sus ojos de cazadoras seguían a los vecinos que el aburrimiento obligaba a salir a dar paseos cortos antes de que se oculte el sol o a comprar pan atraídos por el olor de los hornos de Fagioni. Estrategias para disimular su abandono: un pan azucarado relleno de higos. La gata y mi madre comían y espiaban, eso les restaba la invisibilidad que creían tener. Luego supe que no era una fisgona cualquiera, sino que seguía a Carmen. El recorrido que su figura menuda hacía desde el portal de su casa hasta la esquina. Carmen con tacones de aguja rosa con pelusas y un vestido negro ajustado a sus caderas, Carmen en zapatos deportivos y una licra que contenía sus deliciosos muslos, eso no lo digo yo, lo repetía mi madre, siempre. Carmen, por quien estaba dispuesta a saltar por la ventana si ella se lo pedía. Eso no me lo dijo, pero esos mismos ojos felinos, esos ojos no necesitaban palabras para amar o para hacerte sentir como el ser más despreciable sobre la tierra.

There is something you should know, así empezó. My dear...

La detuve, si iba a salirme con otro de esos cuentos edulcorados, mejor ahorrarnos la escena.

Mon, le dije. Hice una pausa para hacerle creer que sabía de lo que iba a hablar. You are in love, again.

Puso su sonrisa de ebria y de alivio.

Mon is in love. Again. Insistí.

Sin la visita de Carmen y la nota enfermiza me hubiese tomado al menos hasta las diez descubrir que mi madre estaba muerta. Desayunábamos juntas a eso de las nueve y cuando se hundía en unas de sus crisis, pasaba a verla antes de salir a clases. Solo jugábamos a hablar en inglés cuando estaba de humor. Espacio, agua y quietud. Yo respetaba sus exigencias. “Natalia, no te olvides dejar la sábila al sol”. “Nat, ¿vuelves temprano?” Curioso, alargaba las palabras si el dolor era más fuerte. Salvo esos episodios que la volvían una maraña de pelos y ropa arrugada, su salud podía ser envidiada por cualquier veinteañera promedio.

Había pensado en facilitarme el trabajo. Desnuda sobre su cama, aguardaba por mí. Encontrar el traje no fue complicado. A penas abrí el clóset, el olor a suavizante de fresas escapó en delicadas oleadas, no diría que fuera su favorito. El rigor mortis complicaría todo. “Vísteme pronto”. Verla sin ropa, era como estarme viendo a mí misma. La palidez en su plexo. La oquedad entre mis clavículas. No lucía indefensa. Tampoco podría decir que le entristeciera no volver. La nota no contenía despedidas ni palabras de arrepentimiento. Solo una absurda petición: enciende una vela para recordar el día de mi muerte, todos los años. Lo había escrito así, como si la frecuencia de su deseo fuese algo que se le ocurrió a último momento, sin ese complemento hubiese tenido la libertad de encender las velas que quisiera. Han sido casi veinte las que debí encender. Pero, vamos, esto pudo ser una forma de burlarse de mí. Pudo hablar en serio. Mon, did you kill yourself? La vestí como ella me vestía para ir a la escuela, mientras mis piernas, mis brazos y mi cerebro dormían. “Nat, llama a Placencio, él sabrá qué hacer”.

No estoy segura si me gustaría que alguien me retrate en este estado. Una foto con un encuadre general. La sábana cae ligeramente hacia la derecha, roza el piso. Un plano cenital me daría una vista de sus párpados azulados. Sus uñas con la manicura perfecta. El lunar sobre su esternón. El lunar a un centímetro de su seno izquierdo. Si me acostaba un rato a su lado y enredaba mi pierna en su pierna, quién podría saberlo. Esa no soy yo, no fue ella, no conmigo. Unas venas sobre sus mejillas, una foto que retrate eso. Desobedecerla me volvería una mala hija. Soy otras cosas. Duerme. Como en esas tardes en las que una pelea con Carmen la derribaban. Dormía para no rendirse.

Placencio no hizo preguntas. Oculté el rollo con las fotos de mi madre. “Estaré ahí en quince minutos, Natalia”. El doctor que le había diagnosticado un colon irritable antes de mi nacimiento, que la había curado de la tifoidea a los diecisiete y a sus treinta y cinco, le extrajo un par de lipomas de su espalda. Ese día la observe de cerca, la cicatriz de esa cirugía todavía se notaba, una línea que parecía hundirse en su carne. No volveré a tocar esa cicatriz. Llegó en un Susuki Hormiga rojo. Para ser un hombre de sesenta y cinco años tenía una presencia vital y hasta cierta sensualidad en cómo pronunciaba las palabras con eres o jotas intermedias, diría mi madre, aunque también pude decirlo yo. Tocó una sola vez el timbre, esperó con la cabeza erguida y la calma que se debe tener para ver la sangre salir a borbotones y mientras sus manos se manchan, hacer algo para contenerla. Lo vi tantas veces al volver de la escuela, esperando en la puerta. Esa vez debió ser igual. Placencio no se tomó la molestia de revisar el cuerpo. No lo culpo, entre tantas consultas ya debía conocerlo de memoria. Lo raro fue que trajo el documento listo. Un papel que decía que la causa de su muerte era natural. Me lo dio. Sus manos eran firmes y las cubría un espeso vello canoso. “La funeraria hará el resto”, me dijo. “No te preocupes. Se encargarán de la ceremonia”.

Pronto se cumplirán veinte años de ese día. Why mon? Why couldn't you just tell me the fucking truth? A couple of words. Posdata: cuando cumplas cuarenta años también morirás. Eso pudo bastar. “There's not such thing”. Decirme que sobre nosotras pesaba una maldición sonaba como algo más serio y ese no era su estilo. Era fría, pero le gustaba parecer la más cariñosa de todas las mamás. Fingir. I'm already dead.

## VII

Esa no fue la primera vez que vi un cadáver. Tenía nueve y una madre fantasma. El fantasma de una de las casas a las que íbamos los jueves por la tarde después del almuerzo. En esos años ella mapeaba el sur, cazábamos mansiones abandonadas en el barrio centenario, quería llegar hasta esa zona en la que la ciudad se hacía líquida. Me llevó hasta el fin del mundo. A los nueve creía que vivíamos rodeadas por murallas. Creía que éramos ella y yo, y afuera, solo oscuridad. “Water, till your eyes feels tired of watching”, dijo mientras me soltaba la mano y las dos hacíamos silencio. El agua se nos metía por todos los agujeros del cuerpo, pero no la tocábamos. A los nueve sabía que es posible ahogarse en tierra firme. El resto del tiempo la imagen que tengo de ella en mi cabeza se difumina. “Darling, move your little ass”. “Nat, do you want to get lost?” Era veloz. La veo entre fierros retorcidos, entre maleza. Se escabulle, un ventanal roto la emociona y quiere contemplarse dividida, juega a que un gran ojo la multiplica. Si dios fuera una mosca nos vería así, le digo. Está abstraída. La cámara y sus manos parecen hechas de la misma materia.

La impresión que provoca un cuerpo es como una cicatriz en la memoria. Mi madre no fue la primera mujer muerta que contemplé. Fui con mi tío al velorio de una chica que había visto un par de veces cruzando la calle. Lánguida y sensual, de esas que obligan a los conductores a contener sin éxito una erección, a desacelerar. El vidrio que separaba su rostro sin sangre de las manos de los niños que la observábamos con deleite dejaba ver las cartas depositadas en el interior de su ataúd. Intenté leerlas. Eran peticiones de protección, palabras de arrepentimiento. Sus labios carnosos pintados de rosa. Sus rizos castaños. Las manos entrelazadas sobre el vientre. Vestía un traje de primera comunión, aunque parecía la novia suicida que estaba satisfecha con su venganza. Puede que ese día haya empezado mi fascinación por lo no vivo. Quiero decir por contemplar la piel, los párpados cerrados, el rictus de la boca de gente por la que no sentía lástima alguna. Eso me volvía una observadora más analítica, pero no menos sensible. Las palabras de mi madre desencadenaron un potencial que desconocía. El temor con el que me propuse cumplir su último pedido se fue transformando en un placer suave. Crecía

como un oleaje cálido. Era el apetito de un animal que nunca iba a estar satisfecho. Un animal al que los humores de lo descompuesto lo seducían. Mi dedo sobre el botón hacía que el ojo mecánico parpadeara. El cuerpo de mi madre a través del visor era su forma de decir: “I’m really sorry, Nat. Could you please forgive this waste of skin and bones?”. Fue su forma de decirme que la fotografía era más que pedirles a los clientes del estudio que se sienten rectos y sonrían con mesura. “Ahora gira un poco el rostro a la derecha. Así. Eleva el mentón. No, no muestres los dientes si esta foto es para tu currículum. Eso no les gusta a los reclutadores”. Es más que esas fotos almidonadas de familias demasiado felices. Era más que esos fondos blancos. Más que ese cielo artificial. Era la certeza de que ya no podré detenerme. “Oh, baby baby, turn off the lights”.

La misma voracidad que nos llevaba de un patio sucio a otro la poseía cuando entrábamos al cuarto de revelado. Eran necesarios unos segundos de profunda oscuridad para evitar que el papel fotográfico se estropee. El resto de la jornada consistía en repetir una danza lenta con las manos. Solo encendíamos una luz rojiza y aprendíamos a ver el contorno de las cosas. Mi madre era parte de esa secta de personas embebidas en la fotografía *pinhole*. De las que construían cámaras fotográficas con cartones huérfanos, latas de cerveza o cualquier objeto que pueda anidar al material fotosensible.

El revelado requería paciencia. El papel fotográfico se movía por cuatro bandejas que contenían distintos líquidos. En la primera bandeja plateada se sumergía el papel en un reactivo que hacía posible la aparición de la imagen. Luego por unos cuantos segundos pasaba a la siguiente fase en la que otro líquido detenía el proceso. De ahí venía el fijador que se encargaba de limpiar los restos de sales que todavía eran sensibles a la luz. El último paso consistía en lavar el papel fotográfico. Después había que colgar el papel en un hilo delgado. En esos segundos solo existíamos las dos. Mis ojos, sus ojos en la habitación roja. Toda nuestra atención se dirigía hacia ese rectángulo de papel, la ventana por la que cualquier cosa parecía ser posible. En blanco y negro me veía asomándome a la realidad desde ese rectángulo. Mi madre tenía una pequeña colección de mi cara a lo largo de los años. Esa fue su forma de quererme. Aunque su cariño tenía algunos límites, lo sé porque nunca me permitió ser la testigo de la encarnación de sus casas.

El cuarto de revelado en nuestra casa se usaba para los experimentos estenopeicos. Las fotos del estudio se revelaban en una máquina, una Fujifilm Mini Lab y ahí la magia quedaba reducida a colocar el rollo y aplastar un botón. Al final solo debíamos colgar las fotografías en un cordel y esperar que se secarán para almacenarlas en los sobre amarillos. Vi tantos rostros pasarse por mis manos. ¿Dónde estará esa mujer con parálisis fácil que

quería viajar a Estados Unidos? Su mitad derecha se desparramaba como queriendo huir del encuadre. K. D. eran sus iniciales.

En nuestro estudio fotográfico almacenamos los descartes. Las caras de una generación, decía mi abuelo. Yo no pude escucharlo. No sabría reconocer la ira o la frialdad creciendo en su voz. Puede amar su voz como amé la de mi padre, aunque ahora tampoco sabría reconocerla. Cientos de rostros en las manos de una familia. Mi madre no registró esos años en su diario.

## VIII

El Acuario se encuentra en una zona que parece a punto de ser asfixiada por dos ramales escuálidos del Estero Salado. Un barrio lleno de casas abandonadas, casas con piscinas donde las ranas esparcen su canto eléctrico y el agua de la lluvia se acumula y se pudre. Hace cincuenta años a nadie le hubiese parecido una buena idea levantar cerramientos y transformar sus patios delanteros en pequeñas prisiones tropicales, en estos días es la norma para evitar intrusos.

Hoy hago un tour de reconocimiento. La administradora le asignó a Jonny, en apariencia el más formal de los recepcionistas, que me mostrará las zonas claves del Acuario. Son las cinco de la tarde, una hora antes del inicio oficial de mi jornada. Los hoteles como las avenidas tienen horarios de mayor circulación, cuellos de botella. En el Acuario el desfile empieza a las seis y desacelera minutos antes de que den las ocho. Jonny me comenta que haremos un recorrido por las veintiún habitaciones. Subimos y bajamos a pie los tres pisos del hotel. El ascensor está disponible, pero es como meterse dentro de una cápsula niquelada sin oxígeno y le digo que por mi seguridad prefiero usar las escaleras. Me ayuda a distinguir cuáles son las habitaciones individuales y las dobles. Nada de triples, eso es cosa de hoteles de mala muerte y presiento que acá, esas dos palabras tienen sentido por separado. Mal. Muerte. Jonny sigue hablando. Me ayuda a memorizar los números de las habitaciones preferidas de los clientes habituales. El jefe de los técnicos de la imprenta se llama Medardo y solo puede dormir en la habitación con la cama *queen size* del segundo piso, la 207, la que tiene un balcón, una mesa forjada en hierro y un par de sillas cubierta de una fina capa de smog. Al balcón se llega deslizando una puerta de vidrio que suele descarrilarse si no se aplica la fuerza suficiente. Sus subalternos se pueden acomodar en los camarotes inferiores. No se quejan tanto, es un hecho que han dormido en hoteles sin ventanas y en el Acuario ese no es un problema. Seguramente, se han sumergido en camas llenas de pulgas, se han parado sin sandalias en duchas con pelos atorados en la rejilla, se han mirado de cerca frente a espejos cubiertos por una capa de niebla salpicada por dentífrico para encías delicadas.

Jonny camina por el pasillo del tercer piso, las paredes están cubiertas por pequeñas obras figurativas. Líneas azules que se ensanchan. No toques nada, de eso se encargan las amas de llaves, dice Jonny cuando me ve intentando despegar un pececillo de plata que se ha adherido al marco negro de un cuadro donde una mujer con un solo ojo descansa con las manos sobre su vientre. Abrimos y cerramos puertas. Me enseña un truco para evitar que las puertas rechinen cuando sea mi turno de entrar a inspeccionar. Hay que sostener la manija y elevarla un poco mientras la empujas hacia adelante. Me trago todas estas recomendaciones con una sonrisa. Hay una habitación en el tercer piso que Jonny pasa por alto. Le pregunto qué tipo de comodidades ofrece. Me dice que no me preocupe, la habitación está fuera de servicio.

**IX**

La urgencia no es suficiente para obligarme a sostener esta búsqueda de respuestas. En el altillo sobre el estudio fotográfico camino encorvada para evitar que la cabeza se me llene del polvo blanco de la pintura descascarada. En las paredes de la planta baja, el fango y el agua salada sobre la que está construida esta casa hacen que la pintura se dilate. Pienso en la purulencia de los hongos devorando las uvas en la nevera, en sus colores fluorescentes. Los hongos se alimentan de lo que está a su alcance. Quienes no están acostumbrados creen en el poder de las sustancias para su aniquilamiento. Eso solo es una pérdida de tiempo. Una manera de luchar contra este mal es raspando y pintando otra vez. El efecto dura un par de meses. Las paredes impecables te hacen creer que la perfección es posible en una ciudad como esta. Es inevitable. Hay que aprender a vivir con los estragos del agua salada y la humedad, con la ropa adhiriéndose a nuestro cuerpo. El problema más pequeño es haber levantado nuestras casas sobre un pantano. Alguna justicia debe existir para los cocodrilos que ahora navegan en esteros raquíuticos, llenos de pañales y cadáveres de animales.

El altillo alberga una cama, la mesa de noche y un clóset con un espejo que mantengo cubierto cuando duermo. Mi padre construía casas y también estaba interesado en la distribución de los espacios según el Feng-Shui. La ruina o el éxito de una familia están sujetos a la disposición de nuestros espacios domésticos. No se debe colocar la cama debajo de una columna expuesta porque eso se traducirá en enfermedad. Hay que evitar ubicar la cama en la posición de la muerte, es decir con los pies alineados en línea recta hacia la puerta. La cabecera debe estar apoyada detrás de una pared. En eso creía mi padre. Su ausencia se hace menos pesada cuando me doy cuenta de las cosas que me enseñó. En la mesa noche conservo el diario de mi madre. Es un cuadernillo gris. Dejaron de venderlos hace mucho porque no he vuelto a verlos en las papelerías.

El hecho de meterme en la cabeza de mi madre no me emociona, pero mi benefactor anónimo sugirió recuperar el diario de la habitación y usarlo para no terminar como el resto de las Infante. “Nat, sometimes it’s to kill or to get killed”, decía mi madre y reventaba sin vacilar a una cucaracha con la suela de sus zapatos. El interior de algunos

insectos es muy jugoso y de niña tenía muchas ganas de sentir esas texturas en mi piel. Lo hacía sin pudor, me embarraba la mano con ese líquido blancuzco que liberaba el insecto en su agonía. Mamá estaba obsesionada con las casas viejas, pero era tajante en cuanto al orden y la pulcritud en nuestro hogar. Una contradicción que ni ella terminaba de comprender del todo.

Leo el diario sobre la cama. La espalda chueca, las piernas abiertas y flexionadas para que la sangre no deje de circular. Su letra se expande apresurada sobre el papel. No era del tipo de mujeres que escribían sobre amantes secretas. El matrimonio a la deriva con mi padre tampoco le interesaba en lo más mínimo. Sus ausencias prolongadas que justificaba como reuniones con clientes. Las llamadas telefónicas misteriosas muy temprano en la mañana o cuando mamá dormía y yo trataba de no hacer ruido en mi habitación para que no me vuelvan a llevar con Placencio. Su receta estelar para dormir era embutirme un vaso de leche tibia antes de ir a la cama. La leche era la panacea. Leche con ajos para la gripe, leche fría con bananas para el estreñimiento. Lo que no sabían es que a los 39 no volvería a tolerar ni el olor de los lácteos. Me produce un tipo de alergia sin siquiera beberla. Se me cierra la garganta y empiezo a asfixiarme.

Las páginas iniciales de su diario están llenas de ideas inconexas. Es un montículo de fragmentos. Escritura automática. Dice: “la primera sangre es la más líquida”. Yo he desarrollado una breve taxonomía para clasificarlos. Sin embargo, hay fragmentos que no caben en ninguna categoría posible. Obviando esa dificultad, algunos parecen resumir su impresión luego de haber visitado un lugar o quizás escribe sobre sitios que le gustaría visitar. “Un invernadero con suculentas”. “El sendero rodeado de flores de dientes de león”. Hay descripciones de espacios o acciones, quién sabe si reales o imaginarias. “La alfombra en la entrada de la habitación”. “Saltar desde el techo de un lugar inundado”. Las oraciones más arrebatadas me hicieron crear la categoría “sueño” para no perder demasiado tiempo en esto. “Un hechizo con el que revivo a mi hermano muerto”. “No sé muy bien lo que escuche: así son los complots, pudo decirme”. “Ordeno huevos, cientos de ellos, algunos se rompen”. “Veo a un niño, tiene raíces en lugar de pies”. “Camino por un lugar que está repleto de culebras, una mujer me guía”. “En el mar, una chica se golpea tres veces contra las rocas”. “Me recuesto en la cama de mi abuela”. “Alguien acaricia mi cabello por horas”. “Vasos rotos debajo de la cama”. “Me caso con alguien que nunca he visto”. “Una mujer es transportada por el río”. “Me lavo los pies ensangrentados”. Los fragmentos siguen, aquí solo he recuperado una selección mínima. Podría decirse que en

conjunto son el esqueleto de su diario. Parrafitos, oraciones breves, una escritura hecha con los residuos de un cerebro tratando de no darse por vencido.

Otra de sus características son los vacíos. Deja de escribir por semanas o meses y luego retomar como si nada. Su silencio es un lenguaje cifrado al que ya me he acostumbrado. Sé que ese silencio me puede hablar, si estoy dispuesta a escucharlo. Si me cubro con él y no temo, podría ayudarme a resistir lo que viene, el caos que debo reordenar, darle un sentido.

Del arranque me precipito hacia el final porque creo que en ese reducto deben estar las claves para entender a mi madre. Con los libros me pasa lo mismo, me apresuro hasta la última página y me asomo a ese precipicio donde se agota la historia. “Está bailando, bailando. Dice que nunca morirá” es la última frase de la novela que no he podido terminar de leer y que nunca tendré tiempo para hacerlo. ¿Cuánto de verdad y de mentira están contenidas en su diario? ¿Cómo saber si uno de esos fragmentos es la pista que debo perseguir, aferrarme a ese hilo, aunque me haga sangrar las manos? Un fragmento no sirve de mucho o pude ser el universo contenido en lo breve. Ha dejado de circular la suficiente sangre en mi pierna derecha. Los músculos rígidos me obligan a sentarme en el borde la cama y a sacudir la pierna hasta que recupere su elasticidad. La sangre fluye y creo que alguien me clava agujas con velocidad como si no le quedara tiempo para terminar su tarea. Una sobre otra. El dolor por más insignificante que parezca no me permite leer con calma. El final contiene algo distinto. Se trata de una escritura en la que su voz me resulta más fácil de reconocer.

*Los he visto siguiéndome al volver a casa desde el estudio. No sabría cómo describirlos con claridad. Físicamente no hay algo que los distinga de los demás. No tienen tatuajes o cicatrices. Creí reconocer a dos de ellos, pero pudieron ser más. Saben confundirse entre la gente, pero algo en la expresión de sus rostros me permite saber que no son como el resto. No tienen intenciones de lastimarme. No todavía. Solo quieren que sepa que están cerca y que no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Y puede parecer una tontería, llevó años poniendo flores frescas en mi habitación y sé cuánto duran unos girasoles en un recipiente de cristal. La ventana estaba abierta y los girasoles que puse ayer estaban secos. Parecía que alguien les había succionado la vitalidad hasta convertirlos ese ramillete reseco que se desarmaba con el viento. Han estado aquí. Debieron haberme seguido por la calle Rumichaca. Se han aprovechado de la multitud, de los comercios abarrotado de toldos y espejos y han fingido ser unos transeúntes más. Pero vinieron por mí, como por mi madre. Irme fuera de la ciudad sería desperdiciar el*

*tiempo. ¿Ir a dónde? En mi casa o en cualquier otro lado, ¿cuál sería la diferencia? Han podido ser clientes del estudio. Uno de esos tipos desabridos que necesitaba una foto para su carnet de salud. Alguien que dijo que su madre vivía fuera del país y que no quería ser olvidado. Ese hombre que no sonrió cuando disparé el flash, el que tenía el cuello rígido. ¿Cómo saberlo? Hace dos semanas fui a fotografiar una casa abandonada cerca del estero. Ellos debieron estar ahí esa tarde. Aguardan afuera de la casa mientras escribo esto. No voy a asomarme a la ventana para comprobarlo.*

¿Quiénes son estos hombres de los que habla y por qué la acechan? ¿Me siguen a mí también? Preguntas que nadie va a responder. Mi madre creía que podía hacer algo para impedir su muerte. Sino no hubiese puesto tanto empeño en estas páginas. La vida de mi abuelo es otra de sus preocupaciones, en su diario recopila algunos datos.

Mi abuelo se llamaba Alejandro Sempertagui. Entiendo que mi madre intentaba seguir su rastro por Guayaquil. Uno que la familia perdió luego de la muerte de mi abuela. Alejandro tenía 35 en ese entonces y desde los 20 era el dueño de un pequeño estudio fotográfico en el centro. Mi madre quería saber cuál fue el último lugar en el que vivió. Por qué calles se perdía en las tardes cuando el olor a lechuguines putrefactos mareaba a los transeúntes. Lo decía en su diario, lo estudiaba, estaba decidida a saber mejor que él mismo quién había sido. No hay fotos suyas en los álbumes familiares. En el diario de mi madre encuentro una imagen en blanco y negro. Al parecer el único registro de esos días. Usa sombrero y gafas oscuras. Su rostro se vuelve ilegible. Tiene un bigote espeso. Diría que hay algo de malicia en su mirada. Eso se puede sentir en sus brazos, en esa libertad obscena con la que descasan en el aire e ignoran a mi madre y a Felicidad. A sus pies mi madre es una niña con el entrecejo fruncido. Una niña con dos trenzas ajustadas. Felicidad, mi abuela, no sonrío, intenta borrarse con su expresión neutra de esta imagen. No quiere estar ahí, seguro se imagina caminando en un bosque, se transporta a una tarde lluviosa y al recuerdo del fango entre sus dedos.

## X

Un diario no tiene otro objetivo que mostrar la derrota.

Leer a mi madre es reconocer mi propia angustia. No escribe para mí, ¿por qué habría de hacerlo? La nota que me entregó Carmen el día de su muerte fue una más de sus excentricidades. Pudo advertirme de la maldición. Elijo detenerme aquí, quiero decir, no me sirve de nada guardarle rencor. Mi madre habrá tenido una buena razón. Su diario no contiene una lista de instrucciones para salvarme. Eso sería sospechoso. No me rescató cuando tenía 12 y me caí del bote en el estero por hundir el remo invertido para impulsarme. Las manos me temblaban. En la cabeza me repetía que iba a fallar. Hice que el bote se inclinara y al caer dentro del agua fría y babosa, la corriente empezó a arrastrarme. Mi padre se había encargado de enseñarme a nadar. Ella estaba ahí, gritando desde el muelle para obligarme a subir por mis propios medios. Si el diario de mi madre tiene algún propósito concreto (uno que yo misma le he atribuido), me arriesgaría a decir una obviedad: su diario le sirve para leerse a sí misma. Quiere tomar distancia del asunto de las Infantes, intenta desdoblarse, ver desde otra perspectiva su propia historia. Pierde el tiempo en descripciones que no aportan en nada a mi investigación. No puedo despreciar su contenido, pero tampoco puedo pasarme mis horas libres encerrada en el altillo ignorando los golpes de los clientes en la puerta enrollable.

No había que pensar demasiado. Si alguien podía ayudarme a saber más sobre lo que estaba pensando mi madre hace 20 años eran sus amigas, las faquires. Los jueves era su día para reunirse a jugar cartas. Al menos no se instalaban en la ventana a criticar al vecindario y burlarse de la falta de glamour de la esposa del tendero o de la cabeza desproporcionada del hijo de la sr. Jenny que no sufría de hidrocefalia, pero se veía igual que un niño con exceso de fluidos en el cerebro. Las faquires eran una asociación sin fines de lucro. En sus estatutos se establecía que los jueves ignorarían a sus hijos hambrientos y a sus maridos inconstantes. No se someterían a otro sufrimiento que no fuera comer aceitunas, queso y rebanadas de pan hasta que sus abdomenes se inflamaran y las obligarán a desabrocharse los pantalones.

No estoy seguro si era porque ellas estaban a bordo los jueves o porque había algo que perturbaba a los vecinos, pero la gente murmuraba y se persignaba al pasar frente a nuestra casa. Los años no han cambiado mucho la forma en que la gente se relaciona con la casa de las Infante. Los niños del barrio aún temen caminar solos cuando empieza a oscurecer. Creen que la casa puede succionarlos hacia su interior y triturar sus pequeños huesos. “Ahí vive el diablo”, es lo que les he escuchado decir.

Y por supuesto, ocurrieron algunos hechos inquietantes. Una mañana encontramos un garrapatero muerto en el portal de la casa. Un líquido púrpura dibujaba un pequeño círculo a su alrededor. Otro día, alguien pensó que sería gracioso pintar un pentagrama sobre la acera de un rojo viscoso que tardó un par de lluvias en perder su intensidad. Esas cosas pasaban. Aparecían ranas descomunales en el jardín, y solo sabíamos de su presencia por las noches cuando croaban con tanta fuerza como exigiendo que hagamos algo para calmarlas. No eran gatos callejeros a los que se podía ahuyentar con agua o salir a acariciar y darle un poco de pan. A mí no me molestaba su canto metálico en las sombras, es más, la temporada de ranas era la única en la que podía dormirme sin trucos ni medicamentos nadando en mi torrente sanguíneo. Llegaron a correr el rumor de que las Infante éramos brujas. La gente creía que teníamos fetos de bebés en frascos como decoración en nuestra sala. La cabeza disecada de un macho cabrío con los ojos vaciados incrustada en la pared y debajo la foto de mi abuela. Un altar con velas negras que nunca se apagaban. Muñecas decapitadas. Un rosario negro. Cráneos de pequeños animales. Dentaduras. Las piernas de una mujer en el congelador. La colección de un taxidermista: tarántulas, alacranes, mariposas nocturnas, ciempiés gigantes. Los murmullos de la gente se propagan en ecos como una canción que hacía palpitar los músculos de mi pecho con desgano.

Lo cierto es esto, en la casa había un cuarto donde no se permitía la entrada de ningún rayo de sol. Un cuarto que era un corazón oscuro encerrado en el sótano. Se descendían seis escalones para encontrarse frente a la puerta de caoba. En ese lugar era imposible escuchar el repicar de la campanilla del heladero a las cuatro de la tarde. La puerta interna tenía casi cinco centímetros de espesor. Al interior las rendijas por las que la luz podía filtrarse se tapaban con cinta y fundas de basura. El borde interno se aseguraba para cada sesión. Al cuarto había que entrar sabiendo que no se podría salir en un lapso de tres horas. No se podía orinar, comer, no se podía hablar en su interior. La saliva arruinaría el proceso. Era un espacio hermético. Estaba diseñado para el trabajo solitario. La gente del barrio había llegado a enterarse de la existencia de esta habitación nocturna

y estoy segura de que así empezó su temor irracional hasta nuestra casa. El lugar de los sacrificios, le decían. El cuarto maldito. Pero el cuarto era tan solo el lugar donde mi madre revelaba sus experimentos estenopeicos. Contrario a lo que se especulaba, ahí no se practicaban extenuantes jornadas sadomasoquistas. No se recluía a mujeres ataviadas en negro. Tampoco se invoca a deidades demoniacas. Eso sí, era uno de los lugares sagrados para las mujeres de mi familia. Las Infante eran una especie de sacerdotisas menores, las que oficiaban en las tinieblas y permitían el nacimiento de esos universos contenidos en el papel fotográfico. Tenía cinco cuando entré por primera vez. Veinte cuando mi madre dejó de respirar. Treinta y nueve cuando intenté volver y revelar los papeles fotográficos que mi madre me heredó, porque ese día cuando dejó de respirar, junto a la carta que me entregó Carmen vino un paquete sellado que solo podría volver a abrir en la más profunda oscuridad. Era tarde para evitar que la habitación se convirtiera en una pila de escombros.

La verdad es que no conservábamos objetos siniestros. La nuestra era la casa de una familia de fotógrafos. No faltaba el dinero y tampoco había lujos. Curiosamente, no teníamos cuadros de las fotografías de ninguno de los miembros sobre las paredes. Lo que había era un cuadro en relieve plateado que reproducía la última cena junto la mesa del comedor. Un rosario con cuentas grandes sobre la cama de mi madre y la biblia dentro de uno de los cajones del cuarto de estudio. Al menos no se les había ocurrido la magnífica idea de ponerla en un pedestal en la sala y que alguien sea el responsable de elegir un nuevo pasaje cada semana. En casa practicábamos un catolicismo rancio. Asistíamos a la iglesia solo en caso de bautismos o funerales. M. torció los planes de mis padres o la ausencia de ellos. Me había llevado un par de domingos a la iglesia. Nos sentábamos en las bancas del centro porque el sol me daba directo y él sabía que yo era un animal que disfrutaba el contacto con la luz. Ahí descubrí mis momentos favoritos de la misa: dar la paz y cantar “lo siento como el aire que respiro/ lo siento como la mañana/ se levanta” con una voz angelical. M. me había visto corear canciones nefastas y mi facilidad para camuflarme lo asustaba.

Una de las que más odiaba iba así: “Six feet deep is the incisión/ in my heart that barless prison/ discolors all with tunnel visión/ sunsetter, nymphetamine”, la voz gutural, los gritos hacían que la canción pareciera más intimidante de lo que era: una melodía de amor desgarrado, pero a M. lo vampírico le parecía insoportable. Le irritaba el pop y la música de los setenta. Ahora ya no recuerdo que música le gustaba, ¿le gustaba algo?

Las faquires fueron alejándose tras la muerte de mi madre. Salvo una. Me llamaba el día del aniversario de su partida. Teníamos un intercambio protocolario. Me invitaba a ir a dejarle flores a su tumba. Comprendía mi negativa. Luego solo me contactaba para decirme que no la había olvidado y que yo tampoco debía hacerlo. La llamaré como me pidió hacerlo: informante 1. No mantener su nombre en el anonimato haría que la aniquilen. Informante 1 no se cansó de repetirlo. No quise arriesgarme a contradecir a una sesentona adicta a las galletas con chispas de chocolate. Puso sus condiciones para vernos, una de ellas fue no volver a nuestra casa. “A donde las Infante no pienso ir ni, aunque me paguen”, dijo por el teléfono y sus labios debieron abrirse un poco, descubrir sus dientes y entregarse a ese tic que los hacía temblar, un tic que duraría menos de un segundo.

## XI

La mañana en la que nos encontramos el tic se repitió tantas veces que no pude contar cuántas. Se prolongaba si informante 1 meditaba su respuesta. Me pidió que fuera a su casa. Decía que temía ser víctima de la banda de secuestradores que la prensa local describía en estas palabras: los locos de la motosierra. Eran exageraciones. Los cortes de brazos, piernas o dedos eran más bien prolijos, la obra de un equipo de aficionados a la cirugía. Yo especulaba. Puede que solo fuera otra teoría conspirativa, pero en su caso, las galletas de chocolate iban a hacer que su pie termine de renunciar a ser parte de su cuerpo de forma natural. No tenía mucho que arriesgar. No insistí porque, aunque no vivía en la casa de las Infante, llegar al estudio exigía pasar por un par de cuadras en las que la gente armaba mercadillos sobre la acera. Vendían zapatos viejos, libros amarillentos, camisas desgastadas, joyería falsa. Informante 1 no estaba acostumbrada a la suciedad y las aglomeraciones.

Vivía al norte, subiendo una cuesta llena de ceibos. Su casa era como para enloquecerse un poco. El dorado salpicaba prácticamente todos los objetos y, si me hubiera aventurado a pedirle que abra la boca, es probable que tuviese un par de muelas recubiertas iluminándole la campanilla. El dorado estaba en las patas de las sillas, en los mangos de los cubiertos, en sus dedos, el dorado estaba en el borde de su mantel de la mesa de centro, en los marcos de sus cuadros. Un dorado sofocante que estallaba en los adornos de animales en miniatura que nos miraban desde distintos ángulos en su sala. Caballos, cerdos, gallos en su mayoría. Me ofreció un té de jengibre y dijo: “Vamos, Natalia, empieza a hablar”. Yo llevaba el protocolo de cajón. Iba a preguntarle cómo había salido su cirugía bariátrica, qué había sido de la vida de su hija adicta a los calmantes, estaba dispuesta a hablar del calor excesivo y si la conversación se ponía poco fluida, quería ofrecerme para ayudarlo a decorar la casa en navidad. En esas fechas lo más probable es que yo estuviera igual de muerta que mi madre. Y no tendría que mortificarme desenredando metros de luces intermitentes o buscando a Jesús y al burro para que el nacimiento no quedará incompleto.

El primer gancho debe lanzarse sin aspavientos. La vida de Alejandro Sempertagui parecía haber sido succionada por un agujero negro. No había fotografías de su cara descubierta. Nadie tenía idea de su último paradero. Mi madre lo buscó insistentemente en sus últimos días. Yo quería entenderla.

Mamá debió contarte sobre mi abuelo. Necesito saber.

Empezaré bajándote de esa nube en la que seguramente ahora mismo estás instalada. Tu abuelo no merece que le hagan altares por una sencilla razón: ningún hombre merece ese despilfarro de energía y atención. Ay, las Infante tienen esa manía y no me mires así que no me estoy inventando nada. Te estoy haciendo un favor. Tu abuela, Felicidad lo daba por santo al Sempertagui ese. Y por buena fuente sé que esos proyectos experimentales de fotografía poco tenían de artístico. A tu madre se le fueron un poco las luces tratando de dar con él. Fue hace más de quince años, ¿no?”, me dijo informante 1.

Le pregunté si sabía algo sobre la muerte de mi abuela. Lo hice con el tono más despreocupado que tenía para que viera que esa misma locura que había arrasado con mi madre no estaba dentro de mí. Y claro, la locura crecía, cada día era más difícil contenerla.

Quién iba a creer que dos mujeres de la misma familia morirían el día de sus cumpleaños cuarenta. Parece inventado, pero nada que la medicina de nuestro tiempo no pueda explicar. A Felicidad y a tu madre las mató una falla cardíaca, querida. Una válvula con las paredes debilitadas transmitida de generación en generación, ¿no te lo explicó su doctor de cabecera? Lo llamé y eso fue lo que me dijo. No hay mucho misterio en el asunto. Más bien deberías hacerte ver porque a tu edad los síntomas se empiezan a manifestar. A ver, hagamos una prueba para ver qué tan fuerte está tu corazón. Déjame escucharlo, vamos, no te preocupes.

Antes de terminar la frase el tic arremetió con violencia y le desfiguró la boca. No sabía si sonreía o si estaba enojada. No tenía claro si su reacción era una advertencia velada. Me acerqué y le permití poner su oreja sobre mi pecho. Escuchó mi corazón latir por unos segundos. Volví a preguntarle por Sempertagui, necesitaba saber a dónde había ido a parar en sus últimos años.

Tu corazón parece sano. Late como el de una chica que no ha sufrido por amor, espero no equivocarme. Ahora bien, ya que insistes con el tema del Sempertagui ese te voy a decir lo que sé para que, si guardas alguna esperanza acerca de él, en este mismo instante la deseches. ¿Me escuchaste claro, Natalia? Sempertagui era una rata, sabía escabullirse, seguramente hizo nido en algún lugar inmundo. ¿Te enteraste sobre lo qué hacía ese tipo antes de conocer a tu abuela? Era un fotógrafo de parque y del peor,

trabajaba en ese urinal del Centenario. Felicidad se enamoró como la Infante que era y le dio el dinero para montar el estudio. Ay, me gustan las historias de amor con finales felices, pero no te confundas, esos finales no son para nosotras. ¿Sabes qué hizo él cuando Felicidad murió?, como la rata que era salió corriendo. Seguramente a meterse debajo de la falda de otra mujer. Ese tipo de hombres son de los que no pueden estar ni un día solos. Una rata, insisto, eso era tu abuelo.

Informante 1 estaba sofocada, pronunciar el nombre de mi abuelo la excitaba de tal forma que el tic maligno volvía con furia hacia el final de sus discursos. Bebí el té de jengibre para darnos un descanso. Esperé que ella hiciera lo mismo. El ardor en la garganta estaba de vuelta. Informante 1 todavía no había terminado.

Y no, yo tampoco conocí a tu abuelo. Eso no me desacredita en los más mínimo. De Sempertaguis está llena la ciudad, yo misma he tenido la mala fortuna de meter a mi cama un par. Ojalá hubiese sido al mismo tiempo. Pero qué va, esos tipos no sirven para nada. Y alto ahí, Natalia, antes de que pongas en duda lo que te he contado, quiero dejártelo claro, esto lo sé por la boca de tu madre. Sí, querida, tu difunta madre me lo confió unas semanas antes de abandonarnos.

Quise darle un poco de crédito a informante 1. El vapor de la habitación se había condensado sobre su labio y una fila de gotitas le confeccionaban un bigote líquido. Tenía los cachetes inflamados. El abanico que mecía sobre su cara no lograba apaciguar su calor. La mujer hervía. Me quedaba un disparo más, la última pregunta.

¿No estuviste escuchándome durante esta media hora? Deja las tonterías Natalia, no había nada raro con las Infante, salvo ese detalle cardiaco que tu abuela decidió ignorar, ese detalle que mató a tu madre y que espero no permitas te haga lo mismo a ti. Ahora comamos galletas porque si no me va a empezar a doler la cabeza.

Dijo esto enfurecida, luego se metió un par de galletas en la boca y las hizo polvo con sus molares. El polvillo de las galletas cayó sobre su blusa roja. No lo sacudió. Hace veinte años informante 1 no debió tener ese tic en sus labios. Su cabellera rubia y abundante se había teñido de blanco, el párpado de su ojo izquierdo caía y la hacía lucir agotada. Insistí, debía saber algo más de Sempertagui: ¿A dónde fue cuando Felicidad murió?

Ese infeliz pudo esconderse en cualquier sitio, hija, deja eso ya. A tu madre le dije que parara. Viste como termino. Era irreconocible en esos días. ¿Sempertagui se dignó en ir a su funeral? Obviamente, no. ¿Sempertagui se ha aparecido a felicitarte en uno de

tus cumpleaños? ¿A caso te ha ofrecido ayuda en el estudio fotográfico? Ves, ahí están tus respuestas. No busques lo que ya sabes, Natalia.

Tomé una de las galletas y me la introduje en la boca. Me resulto difícil tragar la masa babosa que se formó. Si estoy incómoda mastico en exceso los alimentos. Si estoy feliz trago casi sin pensar. Segundos después sentí una llamarada débil ascendiendo hasta mi garganta.

Me lo prometes, Natalia. Vamos, no puedes irte de aquí sin prometerme que dejarás de hacerte preguntas estúpidas.

Informante 1 no me iba a dejar salir si no hacía lo que ella quería. Moví la cabeza mecánicamente. Solo quería beber una de esas leches medicadas que atenúan el incendio en mis entrañas. En la repisa de su baño debe tener una media docena de frascos con mi medicamento. Un envase blanco con letras rosadas. Pasados los cincuenta, la gente bebe el líquido blanco en ayunas al despertarse y minutos antes de meterse en la cama. Es una especie de ritual. Yo recurro al líquido blanco en casos extremos, prefiero optar por soluciones caseras. Agua tibia con limón al despertarme y la técnica más infalible: poner mi cabeza sobre una torre de almohadas para evitar sentir el fuego en esas noches que me atraganto con frituras. El resto del tiempo le permito a los incendios acariciarme el esófago. No es tan malo como parece. He soportado fuegos feroces frente a los huéspedes del hotel Acuario. El mismo día de mi entrevista con la administradora solo hacía falta que la llamarada incendiara su oficina. Yo lucía como un estanque dormido. En una calma tal que creo haberla impresionado. A largo plazo, el fuego podría impedirme tragar. Me lo ha explicado Placencio. Los doctores exageran, esa es la primera regla. Informante 1 se despide, afuera el sol provoca sus propios incendios, pero en comparación con el brillo en el interior de esa casa, la ciudad parece un poco menos fulgurante.

## XII

Fue en un sueño donde logré descansar de esos días de incertidumbre. Estaba en la casa de las Infante, en esa habitación sin divisiones con un par de camas, una a lado de otra como si estuviera en un campamento de guerra. El piso era de madera. Sentí las tablas moviéndose bajo mis pies. Divisé una ventana al final. Un jardín se insinuaba a pesar de la oscuridad. Las rejas se torcían entre mis manos. Es algo más que curiosidad lo que me obliga a moverme. He visto ese jardín con una pileta seca antes, puede que en otro sueño.

Mi tiempo se divide entre el cuidado de la casa de las Infante, el trabajo en el Acuario y mi vida en el estudio fotográfico. Intento olvidarme de la carta, dejo de pensar en esa advertencia anónima, en su sentencia de muerte. Bebo cerveza en tiendas que elijo al azar. Están cubiertas de rejas ennegrecidas y posters de mujeres usando ropa diminuta. En las noches en las que no trabajo como recepcionista deambulo por el centro. Converso con extraños. Uno me cuenta sobre el efecto dominó que rige la muerte de las parejas que llevan cincuenta años juntas. Me emborracho y para evitarme contratiempos, tomo una ducha y duermo sentada mirando la pared. M. nunca más me llamará.

El primer mes en el Acuario se agota pronto. Hubiese podido seguir con ese ritmo hasta el 15 de noviembre, el día de mi cumpleaños y según mi benefactor anónimo, el día en que todo llegaría a su fin. Pero veo a mi madre en un sueño, me habla. “Natalia, no olvides lo que tienes que hacer en el Acuario”, dice enojada. Para qué estoy ahí, madre, quisiera preguntarle. No puedo hablar. El sueño se repite varias noches. Mi madre se queja y luego vuelvo a sentenciar: vas a hacer que nos vuelvan a matar a todas. Se repite con pequeñas variaciones. M. y yo descendemos hacia el cementerio. Un par de guardias en la entrada nos ignoran. Conozco el protocolo, debo pegar mi cédula sobre la pared como el resto de las personas. Cuando me acerco, el campo gravitatorio que mantiene a los objetos adheridos a la pared se extingue y los objetos caen. Ni en los sueños me puedo permitir ser indiferente ante el desorden. Todavía no sé para qué hemos ido al cementerio M. y yo. Este accidente me distrae. Me agacho y empiezo a recoger los objetos sobre el piso. Hay algunas fotografías que tomo y observo. Es imposible describir su contenido. A mi derecha está un canal lleno de huesos. Percibo un olor imposible de reconocer.

Puede ser el olor de un cuerpo en descomposición, es algo inmundo, pero eso no me hace desear escapar. No lo sabía, pero estoy esperando a mi madre. Como dije antes, el sueño se repite. Algunas veces mi madre se agacha e intenta ayudarme. Otras tantas, me mira mientras estoy arrodillada sobre el piso. Nunca se arriesga a tocarme. Hay momentos en los que me cuesta saber si algo de esto tiene sentido.

La tortura de devorar los primeros alimentos pudo empezar después de los veintiocho. Desde los treinta y cinco, repito con ligeros cambios un desayuno poco nutritivo. Unto una tostada con mantequilla de maní y preparo un café. El reflujo será inevitable y una vez que inicia es mejor dejarlo ser. Durará una hora, quizás un poco más. Respirar profundo ayuda un poco. Se siente igual a intentar levantar un montículo de piedras aplastándome el pecho. Es tensional, Natalia, diría Placencio. Esta mañana le dedico al menos una hora a la lectura del diario. Lo leo mal, con un método que abandoné varias sesiones después de creer que podría clasificar lo que mi madre dice. Lo más probable es que esté malinterpretando lo que mi madre escribe. No fue muy complicado entender que no hay una sección dedicada al Acuario, sino que sus hallazgos están mezclados con recomendaciones para disminuir las náuseas que le provocan sus migrañas o con recetas para que los pasteles de zanahoria no salgan como piedras del horno. El diario es un cuaderno en transformación. Mi madre anotó la fecha en la que podaron el árbol de guayacán y los días en que el árbol recibió abonos. A continuación, dibuja a mano un plano del hotel. Es un dibujo como el que un niño de cinco haría por aburrimiento en una servilleta. Ese dibujo está acompañado de una frase muy breve: la casa fue construida en 1900. Parece un equívoco eso de saltar de un tema a otro sin ningún tipo de consideración. Mi madre tiene una lista de los deudores del estudio. Una docena de apellidos de gente desconocida. La regla absurda del Acuario también la hemos respetado generación tras generación en Fantasías a color. No importa si el cliente no vuelve dentro de cien años. Si alguno de nosotros sigue con vida, puedo asegurar que dentro de un sobre sus fotografías permanecerán almacenadas, aunque la humedad las halla estropeado.

La siguiente en la lista es Teresa. El teléfono demora en procesar la combinación de cifras que digito. Por cuatro veces consecutivas emite un ruido que rebota contra las paredes desgastadas de la casa y que hacia la habitación de Teresa debe llegar como un sonido que viene desde el pasado. Al quinto *ring* ella contesta y la escucho decir mi nombre: “Natalia, ¿cómo estás?, sabía que me llamarías”. Informante 1 pudo advertirle de mi pesquisa.

Teresa fija las coordenadas para nuestra reunión: nos veremos a las once, el miércoles. “También he soñado con tu madre. No digas nada ahora, pueden estarnos escuchando”, le oigo decir. ¿Quiénes, Teresa, ¿a quiénes te refieres?, repito y una tonada profunda me interrumpe. Cuelga sin despedirse. El ardor en mi garganta se intensifica. El incendio llega hasta el pecho. Quisiera introducirme la mano, volver a ajustar esa válvula estropeada. Ochocientos miligramos de malgrado bastan para devolverme a la calma. El antídoto blanco. Una cubierta espesa para atenuar a ese pequeño incendio en mi interior.

### XIII

Se llamaban las faquires y a mí eso me hacía sentir incómoda. Quizá sin conocimiento del peso que tenía ese alias en la poesía local, esas mujeres se arriesgaron a nombrarse como él, un poeta que mientras se contemplaba en el espejo supo que se abriría de un tajo el cuello.

Ellas no tenían nada del magnetismo oscuro que emanaba la figura del verdadero fakir. Eran un grupo de mujeres bordeando su crisis de los treinta. Se reunían a jugar cartas y atragantarse, nada serio, nada fuera de lo ordinario. Presuntuosas y amargadas, se quejaban de la poca inventiva de sus maridos para que sus úteros se sacudieran un poco. La imagen en *loop* que tengo de esos jueves por la tarde es la de tres mujeres conversando en la sala de nuestra casa.

Teresa me recibe sin mucha emoción. Usa una bata descolorida y afelpada a cuadros, sandalias con medias que le cubren los tobillos. Una vez que cierra la puerta corre hacia el teléfono y lo desconecta. Me quita la cartera y riega todo el contenido en la mesa. Mueve un dispositivo pequeño sobre el labial, el estuche de mis lentes, mi libreta de apuntes, inspecciona el monedero. El dispositivo emite un sonido plano mientras una luz verde parpadea como el ojo de un reptil. Mis objetos personales no lo alteran.

Tenía que asegurarme de que ellos no fueran a escucharnos, dice. En la casa, los rosetones son nidos vacíos. Teresa se ha encargado de sacar cada uno de los focos y los ha pulverizado. El jardín trasero está lleno de vidrios diminutos. Mientras conversamos las raíces deben estar intoxicándose con el mercurio esparcido por esa maniobra precipitada. Casi puedo verla descalza arrojando los focos contra la tierra.

No creas que me estoy volviendo loca, Nat. Cuando dijiste que vendrías tuve que tomar más precauciones.

Y te agradezco, Teresa. Sé que lo haces para cuidarme.

Menos mal lo dices, mi niña. No sabes lo bueno que es escucharte. Pero imagino que si nos volvemos a ver después de tantos años debe ser por un motivo especial.

Es por Alejandro. Intento conocer mejor a mi abuelo. Tal vez así pueda tener alguna esperanza para encontrarlo.

Teresa tiene una colección de vírgenes dentro de una vitrina a sus espaldas, una de ellas está embarazada, las hay de extremidades alargadas y ojos ovalados. Hay una que sostiene a su hijo y viste una túnica rosada; sus pies son graciosos. Tienen los brazos abiertos o en posición de oración. A una de ellas le hace falta una mano.

Alejandro era un hombre encantador, Nat. Un caballero por donde se lo mire. Elegante, inteligente, un tipo de esos con los que te puedes quedar hablando horas de horas sin aburrirte. En el estudio era un profesional de primera. No lo conocí, pero eso fue lo que me contó mi madre. Aunque tuve el privilegio de ver de cerca el trabajo de tu abuelo, él le tomó la foto de carnet para solicitar la visa a los Estados Unidos. Mi madre, que en paz descansa, me dijo que Alejandro era casi un santo, tuvo mucha paciencia con ella, se aseguró de encontrar su mejor ángulo y logró hacerla lucir como una mujer luminosa. En esos años mis padres estaban en medio de un divorcio y eso tenía a mi madre con un semblante de amante agónica.

Me pide que la espere un momento. Se dirige a la cocina, llena la tetera con agua de un botellón y la coloca sobre la hornilla. La enciende al tercer intento. Ha desperdiciado tres fósforos. Cuando me habla esa paranoia con la que me recibió se vuelve menos evidente.

Ya no se puede confiar en nadie, mi niña. Hasta el agua purificada está llena de quién sabe qué. Es lo que dicen en los noticieros, dicen que el agua está contaminada, que por eso los árboles se están muriendo, que nosotros también nos vamos a morir. Pero no viniste para escucharme hablar de eso, ya sé, sino de tu abuelo. Mira, Nat., aquí tengo la fotografía que le tomó a mi madre. Que su buen ojo hable por él.

La tetera pita y expulsa su vapor, las espirales se elevan y se deshacen al chocar con el techo. Teresa me da el portarretratos y me pide que mire la imagen de cerca. Reconozco el fondo blanco hueso. Veo su predilección por los primerísimos planos, una técnica que ha repetido a conciencia con los clientes de nuestro estudio. Mi abuelo vive en esos fragmentos de luz. Vive mientras mis ojos recorren el contorno del rostro de una mujer que murió la navidad pasada.

Un retrato es un fragmento donde el tiempo se detiene.

¿Lo escuchas, Nat? Escuchas esa especie de ruido blanco que viene del patio. No te muevas, están tratando de descifrar lo que estamos hablando.

Teresa cierra los ojos como si estuviese buscando una respuesta en su interior. La veo saltando hacia una piscina. Su cuerpo cae hasta encontrarse con el fondo cubierto por una película verde. Su tronco permanece erguido sobre el sillón y no volverá a moverse.

No da señales de vida ni, aunque me levanto y decido marcharme cerrando muy despacio la puerta.

## XIV

Observo desde el rincón de la habitación, una mujer desnuda está arrodillada sobre las sábanas revueltas. La luz es tenue. Emite un quejido y de entre sus piernas expulsa un huevo de gallina. Es grande. Le digo que no he visto algo tan hermoso. Nadie me escucha, es como si no estuviera con ellos. Se lo entrega a un hombre. Él se encarga de romperlo sobre un recipiente. La yema tiene una forma esférica y es de un amarillo intenso. Despierto con una sustancia amarga sobre la lengua. En la garganta se acumulan litros de saliva espesa. Es mi día libre en el Acuario. La noche se deshizo entre cavilaciones y temores. Mi madre no ha vuelto a hablarme. “Dreams are a way of knowing”, solía decir. ¿Cómo se puede trabajar con esos sedimentos? Quiero decir, despierto con una escena, a penas con una secuencia de segundos y a partir de ella deberé intentar de encontrar las correspondencias con el futuro. En la memoria, los sueños y los recuerdos son parte del mismo entramado. Cerca de la avenida Quito hay una casa atrapada entre dos edificios. Es muy estrecha, pero tiene flores en su ventana. Para que la gente no crea que parece salida de la imaginación de alguien adicto a los lugares imposibles, una mujer saluda a los transeúntes que miren hacia la ventana. Saluda para convencerlos de que ella sí es real.

Antes de que Teresa entrara en ese trance metafísico me dio el nombre de la tercera informante.

Se llamaba Livina. era una mujer huesos alargados. Una característica de nacimiento. La recuerdo porque usaba tacones de aguja y faldas hasta los tobillos. De las tres era la única que no me ignoraba si me veía cruzarme por la sala.

La llamo. Insisto cinco veces. Teresa anotó la dirección abajo del número y antes de entregármelo me pidió ir si no encontraba otra opción. Al siguiente día repito la operación en diferentes horarios. Siempre corto al escuchar su voz insinuarse en la contestadora. Al tercer día tampoco obtengo respuesta. Decido dejar a la contestadora correr. Al otro lado de la línea se escucha un crujido que parece escapar de una cavidad profunda. Empieza a intensificarse y antes de que mis manos tiemblen y dejen caer al

teléfono sobre la alfombra al pie de mi cama, escucho al sonido crepitar en el estudio fotográfico sobre el que duermo.

Livina vive en Urdesa. La mañana coincide con la marea baja. Desde el puente principal del barrio se puede ver el lecho del estero, un pudín espeso que despide sus humores sulfurosos. La putrefacción compone un oleaje que es ascendente y se estrella contra mis fosas nasales. Con las patas hundidas en el lodo un ave aguarda la próxima corriente de aire mal oliente para elevarse.

Urdesa es un barrio con árboles de pinos que desde el cielo deben tener el aspecto de un bosque escuálido, el remanente de un bosque enfermo tras una arremetida nuclear. En primer plano, las casas recrean una fantasía vegetal con poco éxito: patios delanteros con césped domesticado donde un gato de lomo negro con manchas blancas se acicala mientras es acariciado por la luz. Las fachadas Art decó en colores pasteles alimentan esa estética de suburbio estadounidense. En el centro hay millones de palomas cagándose sobre los cables de alumbrado público, la gente seca ropa en las ventanas o los balcones y la basura parece germinar en las alcantarillas. La casa de Livina estaba en la esquina de una intersección con nombres de árboles. Una ventana circular con ornamentos metálicos blancos permite la entrada de la luz de las cinco de la tarde. El Acuario está cerca. Toco el timbre y espero verla girar la perilla. Espero escucharla decir mi nombre. Los recibos de agua y luz acumulados en el borde de la puerta son una mala señal. Nadie acude al llamado.

La falta de alimentos en mi estómago, la preocupación o la ira activan una hoguera interna. El calor se puede intensificar al punto de impedirme respirar con normalidad o hacerme toser como una fumadora crónica. Mi angustia es como un planeta denso que curva el espacio a su alrededor y hace que el tiempo sea más lento en su superficie. Un vecino se acerca, parece compartir algún vínculo sanguíneo con Livina. Un cuerpo del que solo puedo distinguir la acumulación de huesos, su delgadez extrema hace sobresalir sus venas del cuello y creo verlas latir apresuradas. Lleva un parche en su ojo izquierdo. Sin necesidad de interrogarlo me cuenta lo que pasó con Livina. Dice que fue secuestrada cuando iba a recibir sus terapias en la piscina municipal. La hallaron deambulando por las afueras de la ciudad. La hospitalizaron para darle un cóctel de antibióticos que aceleren la cicatrización de su herida. Las enfermeras no hicieron con cuidado su trabajo y la vía contaminada provocó que una bacteria se alojara en sus pulmones. Livina estaba en coma hace un par de meses.

No deberías andar sola por ahí con esos locos sueltos, podrían robarte uno de tus hermosos pies, me lo dijo con cierto tono de autoridad que no lograba esconder lo mucho que le gustaban.

## XV

Mi horario de trabajo en el Acuario es fijo. Soy recepcionista nocturna de martes a sábado, desde que el sol se pone hasta que hace sus esfuerzos para arder sin piedad sobre nuestras cabezas. Los domingos los dedico a organizar mis apuntes y a revelar los rollos pendientes del estudio fotográfico que entrego solo cuando un cliente furioso golpea la puerta. El abogado Velásquez estuvo esperándome cuando volví de mi turno hoy, quería los retratos que le hice a una jovencita de cabello lacio y un coqueto lunar cerca del labio. La sesión fue hace un par de meses. Olvidó hacer el abono, así que lo puse en lista de espera. Cuando vio las puertas enrollables cerradas y leyó el pequeño anuncio a máquina de escribir: “Cerrado hasta próximo aviso” golpeó sin descanso un lunes en el horario en que habitualmente abría “Fantasías a color”, nuestro negocio familiar que tenía un historial ininterrumpido de atención. Pago el total más un incentivo. Había terminado con su novia bebé, así la llamaba y esas fotos eran lo único que le quedaba para hacer menos triste su duelo de cincuentón enamorado. Hoy le entregué un sobre amarillo con una docena de imágenes. Las tomó y me besó las manos como si fuese una autoridad eclesiástica. Se subió al taxi y mientras el carro arrancaba lo vi abrir el sobre con la emoción infantil de quién recibe un regalo.

En una hora espero la llegada de Francisco. La última vez que nos vimos le pedí que me visite en el estudio. No dejaba de preguntarme por qué él no era igual al resto de personas que temían caminar cerca de la casa de las Infantes. De niña lo veía pasar largas horas bajo el sol removiendo la tierra, colocando abonos, hablando con sus plantas predilectas como si fueran las hijas que nunca pudo tener. Quizá la radio encendida en la emisora del grupo evangélico no era un simple distractor. Esas canciones que canta hasta quedarse sin aire en los pulmones. Esas alabanzas en un volumen exagerado que hacen a los parlantes de su pequeño radio casi explotar. ¿Son su amuleto de protección? Francisco todavía se refería a mí como niña y sentía pudor de quitarse la camisa si estaba cerca. Debajo de sus polos descoloridos protegía un lunar lleno de pelitos gruesos en su hombro izquierdo. Cuando terminaba las labores de cuidado y caminaba hacia la parte de atrás de la casa, lo vi un par de veces bañándose en una ducha improvisada. El color negro de los

vellos contrastaba con las canas creciendo de manera errática en su cabeza. Ahora si sentía mis pasos sobre el camino de piedras silbaba para advertirme que no estaba listo todavía. Tenía ganas de llevar una cuchilla y despojarlo de la tiranía de esos pelos sin una función especial, esos pelos que ensuciaban su hombro. A M. le gustaba que lo ayude a deshacerse del pelaje que le recubría la espalda. Al inicio la palabra pelaje le causaba mucha gracia, pero termino por detestarla tanto como a mí.

El chillido de un ave agónica es la señal de su llegada. Una campana en el manubrio de su bicicleta sería mucho más práctica, pero no tengo argumentos para cuestionar el amor que siente por ese animal de hule.

Niña Natalia, parece que no ha dormido hace un mes.

También me da gusto verlo, Francisco. Gracias por venir.

No me agradezca. Cuando me contó que estaba buscando a su abuelo, le prometí que la ayudaría. Además, soy el único que podría reconocerlo después de tantos años.

Guardemos su nave y ya usted me dirá hacia dónde vamos.

La llevaría como copiloto, pero ya ve que parece una sobreviviente de la segunda guerra mundial. Con suerte siguen girando las llantas. Niña, lo pensé durante todo el camino hasta llegar a su casa. Empezaremos por el parque donde trabajaba su abuelo.

¿Usted cree que después de casi 50 años todavía quede algún fotógrafo de esa generación?

No solo fotógrafos, en el parque se reunían trabajadores desempleados de todo tipo. Así nos conocimos y por un tiempo fui su asistente. Yo le ayudaba subiendo a los niños al caballito de madera para que él pudiera fotografiarlos.

Acelero el paso porque, aunque Francisco no es un hombre alto, le gusta caminar con la velocidad de alguien que se le hace tarde. No hablamos en el camino. Son las once de la mañana y el parque está repleto de gente en las bancas. Algunos extienden las hojas del periódico de par en par y solo me dejan ver sus zapatos desgastados. Juegan cartas. Otro grupo está reunido alrededor de los sonidos de una guitarra y cuando paso cerca un verso se les escapa de su círculo: “hoy me muero lentamente por tu amor”. En el parque se ofrecen reparaciones de todo tipo. Mis favoritos son los hombres que descansan con una gran cantidad de tubos grises largos a sus pies. Esa confianza no es gratuita, los hombres saben que su trabajo está asegurado, las cañerías colapsan siempre en esta ciudad. Francisco no pierde el tiempo. En la mitad del parque los fotógrafos tradicionales siguen apostados. Uno de ellos, lo saluda con emoción. Se funden en un abrazo que me recuerda a los luchadores batiéndose por derribar a su contrincante, dos hombres bailando

una danza que si se viera en cámara lenta recordaría a un par de amantes que han perdido la vergüenza. Estoy frente a un hombre de bigote pequeño peinado con rigor por al menos cinco minutos frente al espejo. Sus fotografías se exhiben en un retablo de madera cubierto por una tela roja. Me quedo a un lado, los dejo hablar con esa complicidad que se ve que comparten. En unos minutos Francisco me llama. El hombre me mira con interés.

Francisco dice que buscas a tu abuelo, que le has perdido la pista hace mucho tiempo. No sé si te sirva de mucho, pero ya va a ser un año de cuando lo vi cruzando esta plaza. No fuimos confidentes.

El hombre se lleva la mano la quijada y gira un poco el rostro.

Tienes los mismos ojos cansados de Alejandro, esos ojos con los que enloquecía a las mujeres. Debes ser cuidadosa al mirar a la gente. Ustedes no se dan cuenta de lo que son capaces de hacer. Pero, en fin, ya veo lo que estás haciendo conmigo. Si buscas respuestas es mejor que converses con el guardia.

El guardia caza moscas invisibles con pereza. Se mueve y cada cierto número de pasos, agita las manos frente a su cara para espantarlas. Tal vez solo intenta ahuyentar el calor que hace hervir el piso. Su uniforme tiene el aspecto de haber sido lavado más de cien veces. Nos ve acercarnos y adquiere otro semblante más serio. Deja de ser uno más de los que están extraviados dentro del parque. Francisco, le dice que estamos buscando a Alejandro Sempertagui, le dice que hace años nadie sabe de su paradero.

La niña aquí es la única nieta que le queda al señor y está deseando conocerlo.

¿Sempertagui, desaparecido? Conversamos por teléfono hace un mes.

Entonces, nos puedes decir cómo encontrarlo.

¿Y cómo esta señorita puede probar que de verdad es su nieta y no una de esas cazafortunas? Sempertagui me ha dicho siempre que en su familia no queda nadie, que él es el único sobreviviente.

Con algo de desconfianza me atrevo a mostrarle mi cédula. El apellido de mi abuelo dejará de ser rastreable en la siguiente generación. Y eso si queda algo de mí luego del 15 de noviembre. El guardia me examina, aplica el mismo protocolo que usa para los vagabundos y desempleados que se refugian en el parque. Francisco desliza unos billetes en el bolsillo delantero de su camisa. El guardia los palpa con satisfacción. Las palomas aterrizan apresuradas para comer el pan que una mujer con cataratas en los ojos arroja sobre el piso. Unos niños aprenden a andar en bicicleta. Por un altoparlante un hombre dice que el fin está cerca mientras sostiene una biblia en su mano y la sacude por los aires.

Todos los martes va al CRAN, un asilo al norte de la ciudad. Va a visitar a Ana, ya ustedes sabrán mejor a quién me refiero. Más les vale que Sempertagui no sepa quién les dijo esto.

Hacemos el camino de regreso al estudio con más lentitud. No le pregunto a Francisco por Ana. Me dice que puede acompañarme si lo necesito, insiste, pero al rato sabe mejor que yo que algunas labores deben hacerse en soledad.

Y si nunca ha visto a su abuelo, ¿cómo piensa reconocerlo?

No lo sé, Francisco, creo que no me había detenido a pensar que estoy buscando a alguien a quien nunca le he visto el rostro descubierto. Confío en la sangre, en el instinto.

Sería más fácil si tuviera sus fotos. Pero ¿sabe que hizo con ellas? Encendió una pequeña hoguera en el patio de las Infante. Tuve que apagarla para que no destruyera el jardín. Lo último que vi fue su levita antes de que la puerta del taxi se cerrara. Ese día perdimos a Felicidad y también lo perdimos a él.

Imagino las fotografías ardiendo y cuando todo ha cesado, creo ver al viento llevarse con calma los restos hacia el interior del jardín. El rostro de mi abuelo en retazos se esparce, esa mirada que compartimos se convierte en ceniza y envenena todo a su paso. Eso que estoy tratando de encontrar se ha dividido hasta hacerse imperceptible y con los años, bajo la tierra, ha crecido hacia las profundidades, como una raíz que navega en la oscuridad, pero que en la superficie no se hallan rastros de su vitalidad.

En la calle el viento diseminó las hojas de un cuaderno. Me detengo un momento para intentar adivinar su contenido. Un estudiante de biología aprende a distinguir los tipos de bacterias. Francisco retira su bici y se despide con el graznido de su ave de hule. Dice que nos volveremos a ver el siguiente domingo y que hasta entonces tenga cuidado.

## XVI

Mi turno empieza con un intercambio de recomendaciones y el insomnio que cava un poco más profundas mis ojeras. Entre semana los huéspedes nocturnos son poco usuales. Quiero decir que la mayoría de nuestros clientes que vienen de otras ciudades prefieren registrarse al salir de sus oficinas, alrededor de las cuatro de la tarde. Fabricio me advierte sobre la mujer de la habitación 23, dice que lleva días sin salir, pero me pide no preocuparme. Entró llevando consigo algunas bolsas de supermercado seguramente repletas de provisiones. También pudo agotar los frascos de somníferos de la farmacia del barrio. No lo sabremos hasta dentro de dos días. Al dar las doce, el recepcionista a cargo deberá llamar al teléfono de su habitación y si no responde, irá a tocar su puerta. A la tercera advertencia entrará y descubrirá si solo se trata de una mujer agotada del mundo o alguien que ha decidido dejar de jugar la partida.

Esta noche también está con nosotros uno de los ilusionistas más reputados del país. No tiene shows públicos programados y se rumora que su presencia se debe a un romance secreto. El ilusionista convoca a su amante, lo atrae hasta sus sábanas y con la misma habilidad lo hace desaparecer. Eso también me han enseñado aquí. Hay clientes sobre los que no se debe hacer preguntas. Pasa lo mismo con las estrellas del pospunk. Supongo que se sienten a gusto en estas instalaciones que combinan la elegancia con los detalles lúgubres. Cortinas pesadas y lámparas de techo como arañas con patitas de cristal llenas de delicadas joyas. En mi tercera semana conocí al vocalista de una banda de la *dark wave*. Lo más parecido a un vampiro andino. Labios pintados de rojo, cabeza rapada, un tatuaje enorme que lo cubría desde el cuello hasta el abdomen. Un hombre más alto que el promedio vestido con unos jeans negros agujereados. Solo le faltaban un par de alas, cartílagos transparentes que pudiera sacudir por aburrimiento para que su personaje fuera perfecto. Por eso, ver su cabeza partida en dos como una sandía que se le resbala a alguien con las manos torpes me resultó un espectáculo fascinante. Para él no tuvo mayor importancia. Llegó a las 5 de la mañana, a la hora en que el gallo del vecindario esparce su canto afónico para arruinarle el sueño a los vecinos. Durmió un par de horas y empapó de sangre la almohada. Una vez que la habitación estuvo vacía pegué la nariz para

descubrir el olor de su hemorragia. Le pedí a Beatriz, la ama de llaves en funciones, que sumergiera en agua fría el forro y que el resto lo desechara. Manchar la ropa interior con mi propia sangre me ha obligado a aprender técnicas para limpiar a profundidad.

Esta noche nos quedan unas habitaciones disponibles y cuando es así, debo atender a quienes tocan el timbre en la madrugada. Me pone un poco nerviosa ser quién deba juzgar por el tono de voz el estado mental de nuestros potenciales huéspedes. He rechazado a caballeros de tono melancólico y a mujeres de discurso entrecortado por el alcohol. Tampoco confío en quienes preguntan con duda si tenemos habitaciones disponibles. Los más sospechosos son los que pueden disfrazar en su ritmo pausado la desesperación por encontrar un lugar donde esconderse. Quién sabe y el siguiente hombre que se pare en la puerta puede pertenecer a la banda de secuestradores, esos que una semana se conforman con el lóbulo de una oreja y luego sin que se pueda prever, le extirpan la pierna a un hombre. Me pregunto si mis pies podrían interesarles o uno de los dedos de mi mano con la que no escribo. Me pregunto si algún criterio estético rige esa carnicería lenta que se ha desatado en las calles de Guayaquil.

Son las tres de la mañana. La gata persigue con la mirada una presencia que solo existe para sus ojos acostumbrados a las tinieblas. Abandono la recepción con sigilo. Desciendo hasta la bodega que está en la planta baja. Es el lugar de los objetos olvidados, los huéspedes tienen habilidad para dejar sin remordimientos sus medias y cepillos de diente, la lista es extensa y solo revela la cantidad de cosas inimaginadas que la gente carga consigo. En nuestro inventario constan un par de audífonos deportivos, una silla de rueda, una cadenita sin dije, unos lentes de aumento para lectura, un cuarzo roza, un árbol de navidad en miniatura, una trenza de cabello rojizo, un cofre lleno de cenizas que la administradora, sospecha, le pueden pertenecer al hijo de una mujer que no hablaba español y que durmió un mes completo en la habitación 203. Nada se desecha, esa es su regla sagrada. Nada. Cada cosa está almacenada con el nombre del huésped y su fecha de llegada al Acuario. Percibo una tristeza similar a la que duerme en los descartes fotográficos que almaceno en el estudio. El abandono y la humedad de los objetos que están extraviados, ocupando una porción de la realidad, creando un contrapeso en la nada para evitar posibles colapsos.

Busco la llave de la habitación fuera de servicio de la que me habló Jonny. Debería estar en esta caja metálica donde se almacenan las llaves de cada puerta que hay en el Acuario. Las del tercer piso están acumuladas en un aro metálico y tienen inscritas el número o el lugar al que pueden darte acceso. Hay siete habitaciones por cada nivel.

Veintiún habitaciones y un cuarto del que no se habla en absoluto. En el aro metálico hay 8 llaves. Tomo la que no tiene inscripción y parece la llave de uno de esos diarios en los que uno confiesa sus debilidades en la adolescencia. De las que introduces en un candado que tiene forma de corazón. Demasiado pequeña para abrir una puerta. La escondo entre mis dedos y empiezo a ascender. Mi corazón es un estorbo. Quisiera guardarlo en un frasco para que el vidrio ahogue su ruido. Pero no hay alternativa madre, tengo que vivir con él y rendirme a sus deseos, como tú con Carmen, como Felicidad con mi abuelo, como mi abuelo con Ana. ¿Acaso le queda tiempo a mi corazón para perderse? O solo me engaño con la idea de que, como ustedes, madre, también podré entregarme al deseo, hundirme en él. El pasillo se ve más angosto con la luz tenue, parece un túnel donde una familia de arañas teje su red, la extienden en las esquinas con esa lenta insistencia que las hará algún día cubrir por completo el hotel bajo su manto. Un día quise saber qué le queda a la última de las Infante. Todas nuestras muertes juntas se confabulan para seguir ensanchando la noche en la ciudad. Para que más cuerpos sigan cayendo en ese agujero inundado de huesos y membranas descompuestas. El lugar donde los muertos sienten hambre y nada puede saciarlos. Un día quise saber a dónde vamos cuando se apagan las luces y nuestra carne se corrompe. Un día quise saber a dónde tengo que ir. “You better stop crying, baby girl”, eso me decías, pero no lloro. Aprendo a vivir con una sentencia de muerte balanceándose afiliada sobre mi cuello. Tus palabras no sirven de mucho y está bien, madre, has hecho lo que podías. Tu diario me ha traído aquí. Tu hija ha aprendido a no dejar que la veas rendirse. Y, sin embargo, me rindo. Me rindo porque así podré volver a sonreírle a los huéspedes que saldrán temprano en la mañana anhelando un poco de bondad.

Mientras tanto, frente a esta puerta, decido abandonar todas mis esperanzas.

## XVII

El CRAN es un centro de retiro privado. Los restos de un árbol permanecen en la entrada. Un espécimen silente que esconde la promesa de un futuro florecimiento. En esta época del año es común verlos así. Una plaga desconocida se ha encargado de darles ese aspecto sombrío. Un periódico de circulación local se atrevió a conjeturar que la aparición de la banda de los locos de la motosierra y los árboles moribundos no eran una simple coincidencia. A donde sea que voy leo los signos de esas amenazas.

Me recibe un hombre que usa una camisa con mangas hasta los codos que deja al descubierto su muñón. Así funciona este lugar, me dejan entrar hasta su recepción y ahí hacen las preguntas. “Vengo en búsqueda de la mejor amiga de mi abuela” le digo a la mujer que atiende el lugar, “necesito entregarle un álbum fotográfico que mi abuela guardaba y que estoy segura, a ella le gustaría conservar”. Creo que todo el personal que trabaja aquí tiene algún tipo de anomalía corporal. Mientras hablo con la mujer, un electrocircuito rutinario le interrumpe el pensamiento, su cuerpo se tensa, inclusive sus dedos sobre el teclado parecen garras, pero vuelve en sí y me sonrío. Me pregunta a quién vengo a visitar, le digo que Ana Nussbaum.

El guardián del parque solo me proporcionó el primer nombre de la mujer a la que mi abuelo amaba secretamente. El detalle lo obtuve del álbum negro que estaba en el cuarto de mi madre. Con la que debió ser la letra de mi abuelo, se había escrito el nombre de esa mujer. No había dedicatorias o promesas de amor eterno, pero sí esa caligrafía trazada con tanto cuidado que, si el amor tuviera un lenguaje, su primera y única muestra estaba en este álbum, en esas palabras. Y en las fotografías de una chica que sonrío con la boca abierta y está un poco despeinada, que se gira un poco para mirar al fotógrafo sobre su hombre mientras camina con un vestido largo lleno de pecas. Esos planos enteros se transforman en planos detalles en los que mi abuelo recuperaba la belleza de sus manos de dedos largos o de su cabello oponiéndose a la brisa del río. La complicidad entre quien mira a través de la cámara y quien es mirado no los delata. Deletreo el apellido para que la mujer pueda apuntarlo e iniciar su búsqueda en los archivos. No le toma demasiado.

Solo hay una persona autorizada para visitar a Ana y por el sigilo con el que manejamos la información de nuestros residentes, esa información es confidencial.

Hay una foto de Ana dentro de mi cartera, data de 1950, ella tendría unos 25 años. La saco e intento mostrársela. Es mucho más bella que Felicidad, mi abuela. Mi madre no soportaría escucharme hablar con tanta frivolidad. La recepcionista recibe una llamada telefónica. La foto permanece escondida en mi puño. Un zumbido mecánico viene desde el patio central del CRAN. Una pareja toma el sol con los ojos cerrados y las piernas enredadas. Un grupo de ancianos en ropa deportiva ensayan la postura del árbol con una instructora sexagenaria. No consiguen mantener el equilibrio ni un par de segundos.

Creo que no podré hacer nada por usted, Natalia, me dice la recepcionista y le hace señas al hombre que me abrió la puerta para que, si es necesario, me arrastre con su brazo sano hacia la salida.

Nunca le dije mi nombre. Veo la luz del medio día iluminando el pavimento. Me muevo lo más rápido que puedo hacía ahí. Estoy a pocos metros de la salida. Respiro el olor que emana el cuerpo del hombre del muñón que camina a mi diestra. Huelo como esas habitaciones. Siento al piso desvanecerse bajo mis pies y antes de que mi cabeza se estrelle contra las baldosas blancas, el hombre del muñón me sostiene.

No te preocupes, Natalia. Vamos a cuidar de ti. Me dice una boca que se pega demasiado a mí. Su saliva se esparce sobre mi rostro. El zumbido me acompaña y se intensifica cada vez que alguien repite mi nombre, voces que no puedo distinguir en medio de este mareo.

## XVIII

A medida que la realidad va dejando de ser una mancha acuosa en donde también me he diluido, los olores que percibo me traen imágenes de mi infancia. Los olores del papel fotográfico arruinado. Permanezco en la oscuridad por voluntad propia como las tardes que paso al interior del Acuario ocultándome de la luz del sol. Me toma un tiempo volver a reconocermé. Sentir mis piernas, mover los dedos por los que una corriente tenue se desliza. Recupero la sensibilidad en la espalda, los brazos, en la nuca. El cuerpo vuelve a ser una presencia unitaria. Todavía no creo tener las fuerzas para levantarme. Aguardo. Tendré que hacerlo sin vacilaciones y correr, correr hasta sentir una punzada en el costado que me impida seguir. Ignoro si hay alguien vigilando mi escape dentro de este espacio o al otro lado de la puerta. Tiene que haber una puerta. Puedo respirar, aunque el aire está sucio e inhalarlo es algo que consigo con dificultad. Me pongo de costado. Intento volver a abrir los ojos. Ahora el zumbido eléctrico es casi imperceptible. Veo algo que puedo reconocer. Los zapatos de mi madre. Sus zapatos favoritos cubiertos por una capa verde y una plántula salvaje que crece a nivel de los talones. Me acuesto boca arriba. El techo falso y sus diseños que parecen gotas de un fluido antiguo amenaza con desplomarse. En las uniones de cada lámina hay telarañas que retienen los cuerpos de insectos voladores como nubes oscuras, como esas noches en las que la luna se esconde entre manchas turbias. Estoy en el cuarto de mi madre. Debe ser el medio día por la intensidad de la luz que las cortinas intentan contener. Los aleluyas que salen de la radio de Francisco se escuchan hasta aquí. Sus tijeras que se abren y se cierran, que cortan ramas secas. Entonces, debe ser domingo. Noto que alguien me ha despojado de mi ropa y me ha puesto el vestido favorito de mi madre. Un traje azul con cuello en v y mangas largas. La tela es un poco transparente por debajo de las rodillas. Me impulso con uno de mis brazos. La espalda recta me permite deslizar las piernas hasta que hagan contacto con el piso. Siento la madera agrietada, la suciedad. Veo hormigas moviéndose en todas las direcciones. Me cuesta ponerme de pie, enseñarles a las piernas cómo resistir el peso de mi cuerpo. El movimiento de unos músculos atrofiados por la quietud. No tiene sentido intentar correr ¿Cuántas horas estuve aquí?

La luz lastima mis ojos. Francisco me ve salir de la casa y cree que soy un espectro que se pasea descalzo. Con su mano dibuja pequeñas cruces en su frente, sobre sus labios, en su pecho. Traza una gran cruz que desciende desde su coronilla, atraviesa el pecho y se expande hasta sus hombros. Las mismas señas que mi madre hacía cuando pasaba cerca de una iglesia o cementerio. El protocolo que debíamos seguir cuando entrábamos a la capilla de la escuela los viernes. Francisco camina hacia mí y me sostiene. No habla y yo no sé si pueda explicarle lo que creo que ha sucedido. Me ayuda a sentarme y porque no resiste el silencio entre ambos me dice: “Ñiña Natalia, no debería caminar sin zapatos por el interior de la casa”. Creo que tengo seis años y escucho a Francisco, a su versión joven, hablándome con suavidad

Natalia, el piso está lleno de agujas, si se te introduce una, se moverá por tu sangre hasta llegar a tu corazón y luego solo sentirás un pinchazo agudo.

Yo saltaba sobre sus brazos y él me llevaba hasta el sillón de la sala. La aguja invisible nadaba en mi sangre. El dolor era seco. Una punzada que intentaba ignorar mientras Francisco iba hasta mi habitación a buscar los zapatos.

Ya no soy tan ligera para que Francisco pueda sostenerme en sus brazos. Pero como en esos días se pierde en el interior de la casa y vuelve con unas sandalias que puedo usar hasta volver al estudio fotográfico. Caminamos juntos hasta la esquina. Es casi instantáneo, un taxi se detiene y acepta llevarnos. Son solo quince cuadras. Si no fuera por esta boca sedienta, por este desequilibrio tenue, le diría a Francisco que exagera, que puedo volver sola. En el asiento de atrás, mientras me recuesto de lado y mi cabeza se posa sobre el vidrio de la ventana algunas imágenes me asaltan. Soy la copiloto de un vehículo que parece flotar por una avenida congestionada. Escucho que me dicen: desvístete, perra. Siento el peso de otro cuerpo sobre el colchón. Una mano retira los mechones de cabello de mi frente y me acaricia la cabeza. Lo hace con una lentitud que me resulta familiar. Recuerdo el olor a agua clorada. Hace frío.

**XIX**

Me robaron unas horas. Era sábado por la mañana cuando fui al CRAN. Domingo al medio día cuando desperté en el cuarto de mi madre. En el Acuario mi ausencia de una noche pasó desapercibida. Fabricio recibió la llamada. Un hombre se identificó como el Dr. Placencio y se encargó de explicar que me encontraba indispueta, que necesitaría unos días para volver al trabajo. Trato de no lucir sorprendida. Le digo a Fabricio que es mi doctor de cabecera, el que me cuida desde que tengo seis. Le cuento una historia fácil de creer. Me intoxicqué comiendo un *hot dog* de carreta.

Me sentía tan desecha que no hubieses podido reconocer mi voz si yo misma te llamaba, así que el doctor se ofreció, le digo a Fabricio. A él solo le preocupa lo que está por suceder dentro unos días. El hotel ha sido alquilado en su totalidad por un fin de semana. La administradora le dijo que deberemos prepararnos porque los que vienen son sus huéspedes más exclusivos y tendremos que resolver cualquiera de sus exigencias. Fabricio la imita con gran habilidad. Se lleva una mano en la cintura y con la otra marca un compás vertical acelerado. Mientras dura esa escena, la administradora se convierte en la directora de una orquesta endemoniada. Nos reímos. Fabricio vuelve a adoptar su cara de preocupación y su piel tan blanca, tan transparente me muestra esa extensa red de venas que ya creo conocer bien.

Jonny me contó que vienen cada año y que no pueden tocar ni los interruptores para encender la luz. No toleran nada eléctrico en realidad. Me contó que en esos días el hotel se ilumina únicamente con candelabros.

¿Le preguntaste qué fue lo más raro que le pidieron?

Sí, claro, lo hice. Jonny me dijo que una mujer muy anciana le pidió un poco de sangre.

¿Sangre?

Sí. Resulta que ellos traen a su propio chef y él les prepara unas bebidas especiales. Le llaman sangre, es un menjurje espeso hecho de una mezcla de hígados de pollo con frutos rojos. O eso fue lo que Jonny me explicó. Dijo que el olor era nauseabundo y que

cuando le entregó la bebida, la señora no esperó a que él se fuera para bebérsela de un solo golpe.

Dejé de hacerle preguntas y no quise saber más cuando Jonny sugirió que a la señora hasta la cambió la voz y la joroba pronunciada se le aplanó.

A Fabricio le toma menos de cinco minutos quitarse el uniforme negro que usamos los recepcionistas para vestirse con su camiseta de líneas moradas y azules que hace crecer a su abdomen abultado. Una panza que se desborda hacia adelante, igual al de las mujeres que lo entretienen en la computadora de la recepción. Un porno que se debe reproducir con una lentitud abrumadora, pero así son las madrugadas en el Acuario: un tedio que entra despacio en nuestro torrente sanguíneo, caliente, un tedio que te vuelve menos exigente con el resto. Esta noche el trabajo es sencillo. Sonrisas, saludos y manos que se extienden para entregar y recibir las llaves de las habitaciones. Recordatorios de los horarios para entregar la habitación sin recibir cargos extras. Ayudo a un coronel retirado a subir unas fundas llenas de quién sabe qué a pie hasta la habitación 207. Un hombre de la 104 me solicita una alfombra pequeña para orar en el piso. No viene incluida en el servicio. En el cementerio de objetos del primer piso encuentro algo que sirve para arrodillarse y dirigir su cuerpo hasta la mezquita más cercana. Por eso no sospecho que algo pueda salir mal esta noche. La mujer sobre la acera en búsqueda de una habitación no me parece peligrosa y decido dejarla pasar. Me entrega su cédula. Es viuda y su cabello que le llega a las mejillas tiene un tono morado precioso. Le asigno una habitación en el segundo piso, la 201. Prefiere usar las escaleras y sostener ella misma un bolso abultado que ajusta contra sus costillas. Una vez que cruza el umbral de la puerta puede desnudarse y dormir sobre el piso si le place, puede comer desde el retrete o sacar su antifaz de noche, su libro, las facturas, unas monedas y dejarlas sobre la mesa. Puede sintonizar la televisión en un canal al azar, bajar el volumen, tomar una ducha. Puede dormirse con una toalla envuelta en su cabeza. Eso no me incumbe. Ella paga por mi prudencia. Así fueron las noches en las que me la pasé imaginando lo que contendría la habitación 308. Me veía deslizándome mi mano debajo de uno de los extremos del colchón, hurgando en los papeles dentro de los cajones. En mi cabeza donde había diseñado un plano imaginario de la habitación creía ver un cofre. Seguro me encontraría con un caos total, ropa y papeles revueltos en el piso. Cabellos y las cenizas de la última erupción volcánica que el viento trajo hasta la ciudad. También esperaba que la habitación tenga un orden milimétrico. Los zapatos de charol brillantes perfectamente alineados dentro del clóset. La cama como si nadie hubiese dormido sobre ella. Una fragancia masculina que es intensa en la primera

inhalación y enseguida se vuelve imperceptible y en secreto, se adhiere a tu ropa. Los libros de lomos más voluminosos como la base sobre la que descansan libros más delgados. Esperaba envolverme en una armonía estricta. Una pulcritud triste. No creo que esa habitación pueda ofrecerme una introducción al caos.

En la noche no se pueden tener certezas, así que no pienso darle demasiadas vueltas a esto que quiero contar. Esa madrugada, las luces amarillentas del pasillo lo convirtieron en un pasadizo fúnebre. La llave calzó sin problemas, aunque tuve que forcejear un poco para conseguir que girara y moviera el pestillo. Al interior había una luz antigua. No quería dejarme seducir por lo que mis sentidos me mostraban. En ese momento atribuí esa apariencia al polvo impregnado en el vidrio. Y salvo esa luz terrosa, salvo esa luz opaca, no había nada extraordinario, nada que me hiciera creer que esa habitación era diferente al resto. Miento, había un ruido que me atormentaba desde la noche número uno en el Acuario. El ruido de una corriente de aguas subterráneas. Un sonido apenas audible desde la recepción. No era igual al goteo de una llave averiada. Una gota que se quiebra al contacto con el lavamanos. Por un motivo que no consigo explicar, estar al interior era como tener los zapatos sumergidos en esas aguas. Las medias empapadas, los dedos aletargados por el frío. Me sentía tentada a quitarme los zapatos y que mis pies averiguaran si el sonido era real o algo que yo estaba imaginando. Quería sentir la corriente que escuchaba. Cuando logré escapar un instante de la emoción que me provocaba encontrarme en una habitación que se inundaba, que se inundaba sin una sola seña de humedad, empecé a inspeccionarla. Al principio la torpeza me llevó a los lugares más obvios: revisé cajones solo para descubrir lo que ya se sabe: nadie guardaría algo valioso en un lugar tan frágil. Debajo de la almohada el panorama empieza a cambiar y la suerte parece jugar a mi favor. Encuentro una carta boca abajo, la volteé y descubrí que se trata de una carta sin nombre, el arcano XIII, la carta de la muerte, de los renacimientos. El clóset me ofreció más respuestas: hallé un sobre amarillo. Dejé caer lo que contenía sobre el edredón gris. Vi a una bebé que tenía lazos rosas en su cabeza y zapatitos de tela acostada junto a un oso de peluche. La misma niña unos años más adelante, usaba un vestido blanco y sostenía un hilo que impide que un globo rojo escape por los cielos. No pude distinguir su edad, la niña estaba sobre un caballo flaco en un paisaje desierto. ¿Podría ser que el mar permanecía escondido en esa fotografía? La vi usando un uniforme escolar, falda a cuadros y camisa blanca con mangas hasta los codos, zapatos negros. Estaba en posición fetal sobre un sillón verde, el sillón que mi madre usaba para dormir la siesta de la tarde. La última foto tiene casi veinte años. Me vi sentada en la sala de

nuestra casa. Ese era uno de los retratos que mi mamá me hacía cada año para ver cómo iba cambiando mi rostro y mi estilo, pero los blue jeans y la camisa negra se volvieron una constante cuando cumplí trece. Estaba sobre un sillón verde, el tapizado afelpado se asemejaba a un musgo espeso. Recuerdo que su comodidad me hacía pasar largas horas leyendo recostada encima de él. En ese sobre habían recolectado fragmentos de mi vida. Todas eran fotografías que mi madre me hizo. Me tomó un tiempo reconocerme. Eran fotografías a blanco y negro que mi cabeza se encargaba de asignarle los colores que la emoción y el recuerdo le sugerían.

El clóset estaba semi vacío. Un par de ternos negros y camisas blancas almidonadas colgaba de armadores de madera. El rumor de las aguas se apagó cuando abrí esas puertas y metí mi cabeza para tratar de descifrar cuánto tiempo había pasado sin que alguien haga lo mismo. Un par semanas, un mes. Quizás el tiempo que llevo trabajando el Acuario. Hay pocos objetos en la habitación. Son la muestra de alguien que ha debido mudarse constantemente con los años y ha aprendido a reconocer qué es lo esencial para cuidar los recuerdos. Es la habitación de alguien que ha sabido perder. Reinicié un reloj de arena blanca. El agua seguía moviéndose, no se detenía. Continué explorando el espacio. No perdí la oportunidad de meter la mano debajo del colchón, el lugar donde los pies descansan por la noche estaba vacío. En la cabecera tampoco logré encontrar algo. Arrodillada, con los ojos a nivel de la cama, moví las almohadas y debajo de ellas vi un libro. El libro no tenía anotaciones al margen y la única frase que estaba subrayada con una pluma negra y un pulso errático decía: “Uno no puede protegerse, ni con el silencio ni con el relato”.

A las cinco de la mañana la mujer de la 201 deja las llaves sobre el *counter* de mármol. No se despide. Sé reconocer una mirada instalada en el pasado. Conozco esos ojos, los tuvo mi madre en los días finales. He visto lo que hace la muerte. Le cerramos los párpados a los que han dejado de respirar para evitar que esos abismos nos despojen de la poca luz que llevamos con nosotros. Ojos que son paisajes de espanto. Acciono el interruptor eléctrico que desde la recepción abre la puerta principal. Lo hago en el tiempo justo. Calculo los minutos que necesitan nuestros huéspedes para hacer el camino a través del jardín delantero hasta el muro de hiedra de la entrada. Escucho la puerta principal cerrarse. A las seis llega el ama de llaves y le asigno esa habitación para su limpieza inmediata, al medio día tenemos un nuevo pasajero abordo. No tarda mucho en volver y pedirme que la acompañe. Lo usual es encontrar las sábanas manchadas con alguna sustancia imposible de remover. La mesa quemada por cigarrillos. Las toallas del baño

mutiladas. El espejo del baño roto. Este es el primer hallazgo vivo dentro de una habitación. La ama de llaves me pide mirar debajo de la cama. Un perrito blanco tiembla en una de las esquinas. Entre mis brazos descansa. Me lame las manos. El hambre agita su ternura. En la cocina se harán cargo de él. Le darán leche tibia y pan hasta decidir qué haremos. El coronel desciende y ordena un desayuno con huevos revueltos, pan integral y jugo de naranja. Una pareja de italianos bebe té de manzanilla. El resto de los huéspedes desayuna cerca del mediodía, pero a esa hora ya habré caminado cinco cuadras hasta la avenida principal para tomar el bus que me lleva al centro. El timbre principal chilla. Por el intercomunicador escucho la voz de la mujer que abandonó al perro en la habitación. La dejo entrar. Tendrá sus razones y estoy dispuesta a escucharla. La mujer luce intoxicada. Necesita usar el baño de la habitación. Le digo que siga, que la habitación está abierta. Camino detrás de ella. Es capaz de llegar al segundo piso, pero ha olvidado el número de su habitación, ha olvidado su nombre, la última vez que alguien la acarició, ha olvidado que hace en un hotel envejecido en una ciudad calurosa. Es probable que haya olvidado por qué regreso. La ayudo a llegar a la habitación. En unos minutos desciende y espero que me pregunte por el perro. No lo hace. Esa acumulación de olvidos que es su cabeza ha creado un vacío que amenaza con devorarnos a todos. Le pregunto si puedo llamar a alguien para que venga a recogerla. “Estoy sola en esta ciudad”, responde. Estoy sola repito para mí y mi cabeza parece un enjambre que alguien sacude para enfurecer a las abejas, para obligarlas a deshacerse de su agujijón. Estoy sola en esta ciudad. ¿Lo estoy?

**XX**

El consultorio del doctor Placencio está en el tercer piso de un edificio cadavérico del centro. En la parte exterior hay una tienda de venta de figuras de porcelana, ángeles, zapatos, biberones que la gente regala en los bautizos. Yo no pasé por ese rito y sé por boca de mi madre que mi padre se opuso. ¿Pudo ese ser uno más de los motivos para su separación? La acumulación de desacuerdos se hizo insostenible. ¿Me ocurrió lo mismo con M.? La sala de espera son dos hileras de sillas de madera, una frente a otra. Hay un ventilador de techo que remueve el aire caliente y les impide a las personas conversar entre sí. La asistente me dice que dentro de unos minutos me atenderá. Placencio ha sido mi doctor desde que nací. Su especialidad es la pediatría, pero prometió cuidarme hasta que tenga mi primer hijo. Él y mi madre mantuvieron una relación doctor-paciente bastante estrecha. Digamos que ella fue para él un caso de estudio. La visitaba en casa y conocía la combinación adecuada de medicamentos para sacarla de sus crisis. Le medía la tensión, escuchaba sus latidos, le palpaba el abdomen. No era extraño encontrarlo en la puerta de la casa al regresar de la escuela. Una mujer y su bebé en brazos salen del consultorio. Placencio parece no haber envejecido ni siquiera un poco. Lo vi el día de la muerte de mi madre y tenía la misma vitalidad. Una energía que se manifiesta en los movimientos de sus manos, en su cuello que se inclina con cierta gracia, en su cabellera espesa, en sus nudillos poblados por vellos plateados. No es fácil impedir que un hombre así me seduzca, pero hoy he venido para saber qué pasó el día de mi visita al CRAN.

Me saluda con un beso en la mejilla. Un beso que dura más de la cuenta y me hace creer que Placencio me confiara unas palabras al oído. Dice que me parezco demasiado a mi madre y que, si no hubiese estado a cargo de sus trámites mortuorios, no podría creerme cuando le digo que soy Natalia.

¿Quieres saber dónde está tu madre, Natalia? Sé que vienes por eso. Llevo años esperándote.

Mi madre está muerta, doctor. Lleva veinte años muerta para ser precisa.

No me refiero a eso, querida. Yo mismo me encargué de los trámites de la funeraria por pedido de tu madre, ¿Lo recuerdas? No te vi en el velorio. Y por buena

fuente sé que nunca has ido a visitar su tumba. Creí que en algún momento tendrías curiosidad.

Eso no es algo sobre lo que usted deba preocuparse, doctor. Vengo para que hablemos sobre lo que pasó en el CRAN.

No necesito que Placencio sepa. Mi madre y yo nos comunicamos. Aunque me tomo mis licencias al decir eso. Mi madre aparece y yo la escucho. Grita, se queja, me mira con rencor. Pero es mi madre y en los sueños estoy al servicio de otras voluntades. Soy una especie de antena, no tengo poder de decidir qué frecuencias sintonizar. Solo soy espectadora. En un futuro próximo me gustaría dejar de serlo. Placencio intenta restarles importancia a mis palabras. Dice que debo estar agradecida.

Tuviste suerte, Natalia. Yo visito a una paciente los sábados en el Cran. Llevabas cinco minutos desmayada cuando entré. Estaban a punto de llevarte a la enfermería. Yo me hice cargo.

Desperté al siguiente día en el cuarto de mi madre usando uno de sus vestidos.

Yo conseguí reanimarte. Me dijiste que te saque del Cran y eso hice. Te subí a mi carro y te pregunté a dónde podía llevarte. Insististe en que te dejara a la casa de tu madre. Te ofrecí llevarte a mi consultorio. Pero no querías escucharme y te obedecí porque estabas fuera de peligro. Solo tuviste un bajón de glucosa, seguramente no habías desayunado. Eso también le pasaba a tu mamá. En el Cran te dieron un jugo de manzanas y nos fuimos. ¿Lo recuerdas?

Claro que no sé de lo que está hablando Placencio. Recuerdo la sensación de la caída. El vértigo. Un agujero en el estómago. Veo algunas imágenes en un vehículo sobre la avenida. Escucho una voz que repite mi nombre. Recuerdo el zumbido mecánico intensificándose hasta que una luz blanca crece dentro de mí y luego el vacío. Le digo que me cuesta traer a la memoria lo que pasó ese día.

Ya te lo he contado todo. Llegamos a la casa. Te bajaste del carro. Abriste la puerta que da al jardín delantero. Te quedaste un rato parada bajo el árbol de cerezas y te despediste con mucha emoción. Fue todo lo que vi. Ah, antes de que lo olvide, en el camino me pediste que llamara a tu trabajo, al Hotel Acuario. Me dictaste el número y te prometí que les marcaría apenas llegara a mi casa y así lo hice. No sabía que el estudio fotográfico ya no estaba en funcionamiento.

Estoy segura de que Placencio me miente. Ha inventado lo de mis problemas con la glucosa. Mi supuesta lucidez y mis exigencias también son parte de su plan para hacerme creer que yo sabía lo que hacía. Que he sido yo quien se ha introducido en esa

habitación en descomposición. Que he me desnudado sola y me he puesto uno de los vestidos de mi madre para acostarme en su colchón fétido. Quiere hacerme creer que he podido dormir un día entero sin la ayuda de un fármaco. Por las noches no resisto más de dos horas de sueño continuo. De pequeña aprendí a caminar en la oscuridad por la casa sin hacer ruido. Mis padres se angustiaron al principio. Les tomó poco tiempo ignorar que no era una chica como las demás.

Tu familia tiene un mausoleo en el cementerio general. Ahí descansan tu abuela y tu madre. Si entras por la puerta siete y le preguntas al guardia por las Infante, él te podrá conducir. Yo me encargo que se mantenga limpio y con flores frescas cada semana. Fue uno de los pedidos de tu madre, ya sabes cómo era, nadie podía decirle que no.

Placencio me pregunta si nos volveremos a ver. Quiere que le cuente con detalle los síntomas que tengo. Soy una de las Infante, sentir que nuestros cuerpos van a dejar de funcionar de improvisto es parte de llevar la sangre de estas mujeres. Las migrañas de mi madre, los accidentes cerebrovasculares de mi abuela, tal vez el ardor permanente en mi garganta y la falta de sueño son males leves que debo agradecer. Le hablo de los alimentos que me producen reflujo. Los dulces, el tomate, la leche, el chocolate, los cítricos, las frituras, el ajo. Pronto lo único que tolerará mi estómago será el agua.

Sabes que puedes contar conmigo, Natalia. Ese sonido que escuchas del agua corriendo no es normal. Deberías tener cuidado. Podría ser la señal de alguna deficiencia mineral. No quisiera preocuparte, pero tuve una paciente que escuchaba al mar en la sala de su casa. Le hicimos unas imágenes y una masa había estado creciendo en el interior de su cráneo, en una región cercana a su oído. Lo hizo por años. Cuando la detectamos ya no había forma de intervenirla. La masa se había enredado en sus nervios y una operación le impediría volver a hablar. Ella no quiso saber más al respecto. La masa seguiría creciendo hasta provocar que su cerebro se llene de líquido y le provoque la muerte. No sabíamos cuánto tiempo le quedaba. Vivió dos meses luego del diagnóstico.

¿Escuchar el agua, doctor? Nunca le dije que me ocurre algo de esa naturaleza. Debe estar confundiéndome con una de sus pacientes.

Al principio se siente como cuando el agua se te introduce en el oído al nadar. Tienes que saltar ladeando la cabeza para sacarla. Si eso no funciona, aplicas la técnica del cono de papel, lo enciendes y el calor hace que el agua se evapore. Hay que actuar rápido o podrías quemarte la cara. Ves Natalia, no tienes que preocuparte demasiado, si escuchas el agua, haces eso y si no funciona, vienes para que use una de las mangueras succionadoras. En menos de un minuto estarás libre de molestias.

No soporto la condescendencia en las palabras de Placencio. Le agradezco por haberme atendido. Afuera los bebés que esperan sus vacunas lloran y el ventilador hace de su llanto una melodía sofocante. ¿Mi madre lo sabía? ¿Qué es lo que recibe a cambio Placencio? ¿Qué necesita un hombre como él para sentirse vivo? Placencio me pide que no me vaya todavía, tiene algo que entregarme. Busca dentro de uno de los cajones de su escritorio una de esas paletas fuera de circulación. Una paleta de dulce de leche. La misma que me daba al salir de sus consultas o cuando estaba demasiado asustada por la salud de mi mamá y él me decía que no me asuste. Sé reconocer a la gente que no teme. Hay algo en sus ojos, un brillo reducido, el fulgor de una estrella antigua. Placencio se ve igual de joven que en esos años, pero han transcurrido dos décadas.

## XXI

“It’s clasified, babe. Mon needs to have its own secrets. Remember, don’t let anybody get inside your head”, leo en su diario. Una frase dirigida a mí. Pero mi madre sabe que está en mi cabeza, día y noche, sus palabras, su paranoia. La obsesión por encontrar a Alejandro Sempertagui que nunca logró conducirla a una respuesta.

En su diario, mi madre no menciona al sonido del río subterráneo. Un río estrecho con un lecho lleno de piedras con incrustaciones blancas. Piedras pequeñas que al chocar entre sí sueltan chispas. Las aguas corren, me he quitado los zapatos y he metido mis pies para sentir el frío. Vi luciérnagas con un brillo inconstante. Vi unos helechos cerca de la orilla sacudirse por el viento y el agua. Fue el único viaje que recuerdo con mis padres. Ese fue su intento por hacer de la nuestra una familia feliz. Un mal remedo. Ese río atrapado en mi memoria parece ser el mismo que escucho fluyendo al interior del Acuario.

Ese día, presencié algo que mis ojos aún se resisten a creer. Esas imágenes se repiten en secuencias breves y punzantes. Al cruzar el umbral, devastada por aquello que no creí que pudiera estar encerrado en la 308, una masa represada de agua se derramó hacia el pasillo. Incluso las piernas sentían cierta resistencia para avanzar. El agua se liberó y la corriente empezó a escucharse con fuerza corriendo por el hotel. Litros y litros de líquido caían por las escaleras y de a poco llenaban con su transparencia viscosa la recepción, la cafetería, lo inundaba todo. Pero a pesar del ruido intenso nadie se despertó. El sonido de las aguas no solo me hacía sentir la angustia de estar sobre una embarcación arrastrada por el cauce de un río que nos hace temer sus remolinos. Desde que las aguas escaparon las escucho fluir por la calle mientras me dirijo al Acuario, como si hubiese desatado a un río que nadie conoce y la ciudad no podrá hacer nada para evitar su ascenso. Temo que pronto alcancen el estudio, que se eleven hasta el altillo donde guardo el diario de mi madre y sus fotografías. En semanas, es probable que yo no sea la única que pueda escucharlas.

A tres cuerdas de distancia del hotel las reconozco ahogando el paisaje sonoro habitual, el tráfico incesante se hunde sin que alguien lo note. Frente al muro de hiedra, el timbre me deja saber a quién relevaré esta tarde. “Natalia, bienvenida al hotel más

distinguido de la ciudad”. Reímos. El Acuario ostenta un lujo desgastado, un confort infecto. Jonny es un recepcionista demasiado calificado para usar ese uniforme con un logo bordado sobre la espalda que provoca una erupción de cientos de granitos rojos sobre la piel sudorosa. Antes de conseguir este trabajo fue un analista de datos en una multinacional. Habla francés, *la langue de l' amour et un petit peu* de inglés, en esos términos él mismo presenta sus habilidades lingüísticas. Se tragaba el sonido de las vocales para atenuarlo y cierra los labios como para besar a una estampilla de algún santo que le traiga suerte. Jonny implementó unas mejoras sencillas para que la computadora no solo provea el porno y los culebrones brasileños. Así, el hotel migró hacia un sistema menos arcaico que facilitaba conocer quiénes dormían en nuestros camarotes y quienes estaban por arribar. La administradora amaba la nueva era del Acuario bajo la dirección de Jonny. “Estamos en el futuro, madame”, le decía y eso hizo que la administradora no nos hostigue por un tiempo. Yo encontraba más práctica su propuesta, claro que sí, pero el no poder analizar la letra de los demás recepcionistas me impedía saber lo que deparaba la noche.

En el cambio de turno Jonny me explica los chismes de la jornada: uno de las asistentes de limpieza decidió adoptar a la perrita. Me cuenta que un huésped olvidó un fajo de billetes extranjeros bajo la almohada y que, gracias al protocolo impuesto por la administradora para cuidar de los residuos de los habitantes del Acuario, pudo recuperarlo y le dejó una propina. Esos billetes no alcanzan ni para comprar una cerveza, pero eso no nos angustia tanto. Jonny y yo compartimos una verdadera preocupación. Habrá un día en el que la bodega de los objetos olvidados no podrá adoptar un nuevo par de zapatos, un abrigo, unos *best sellers* de autoayuda. Aprovecho su buen humor para preguntarle por la habitación del tercer piso. Jonny quiere saber por qué me interesa tanto. Le digo que la encontré abierta la otra noche. Y ni eso ni nada de lo que le cuento es verdad. No creo que eso que vi pueda repetirlo frente a otra persona. Entonces sigo: hacía una ronda por los pisos del hotel y me sorprendió ver una puerta semiabierta. Creí que las pertenencias de uno de nuestros huéspedes podrían estar en riesgo por el descuido del personal de limpieza. Así que toqué antes de entrar, encendí las luces y me di cuenta de que, aunque nuestro archivo de registros no mencionaba que la habitación estaba ocupada, los libros sobre la mesa de noche, las sábanas revueltas y el corazón de una manzana en el piso me hicieron pensar que alguien había estado unas horas antes ahí. Antes de que Johny hable, porque no es del tipo de hombre que esquiva los conflictos y hace muecas y te evade sin

decir palabra como M., mis nervios me obligan a seguir con la mentira hasta tranquilizarme.

¿Sabes cuántas semillas de manzana se necesitan para intoxicar a alguien? Espera, debí empezar por aquí: las semillas de manzana contienen una sustancia que se convierte en cianuro una vez que te las comes. Ocurre lo mismo con las cerezas. Ay, ya no sé por qué te estoy contando esto. Espera, ya lo recuerdo, es que cuando entré en la habitación, hallé el corazón de una manzana sobre la alfombra. Tranquilo, no lo recogí. No quería que el huésped se diera cuenta de que alguien estuvo husmeando entre sus cosas. Vi que estaba leyendo una novela, aunque también pudo ser un *vademécum*, no me acerqué lo suficiente para averiguarlo.

Te lo voy a contar, Natalia, pero termina lo que estabas diciéndome ¿Cuántas semillas se necesitan?

Es inútil, son demasiadas: 4,300 semillas y cada manzana tiene alrededor de 5 o 6.

Eso quiere decir que necesitarías unas, déjame ver, 716 manzanas, más menos decimales, unas 717 para poder envenenar a alguien.

¿Sabes que siempre pasé matemáticas con la nota mínima? Arrastrándome, diría mi madre. El punto es que no voy a contradecirte.

Me parece bien. Sobre lo otro, te lo voy a contar, pero tengo una condición. No te va a costar demasiado y así tal vez desempolvás esa cámara que llevas de arriba abajo contigo. Quiero una fotografía en el jardín. Tengo una relación epistolar y Karina, así se llama mi pretendiente, me ha pedido una foto de cuerpo entero. Estamos en ese momento, no te rías, en el que se definirá si nos conocemos en persona o cortamos en seco todo ¿Tenemos un trato?

Tendrás tu fotografía y va a ser tan buena que esa mujer suplicará conocerte.

Maldita seas Natalia si alguien se entera y no me refiero solo a lo de la habitación. Este será nuestro secreto. Tú y yo seremos los únicos en saberlo. Esa habitación no es de un huésped convencional, por eso te dije que estaba fuera de funcionamiento. Si lo piensas bien no te estaba mintiendo. Se rumora que le pertenece al antiguo dueño de esta mansión. El señor en cuestión le vendió la propiedad en un precio muy conveniente a la administradora con una pequeña condición: mientras ese hombre respire sobre la faz de esta tierra, podrá usar la habitación 308. Antes de que me preguntes, nunca he entrado en ese cuarto y tampoco me interesa hacerlo. Para mí el hotel llega hasta la habitación número 307 y punto.

¿Conoces su nombre?

No. Nadie aquí lo sabe. Debe tener una llave especial que le da acceso a una puerta alterna del Hotel. Seguro usa las escaleras de emergencia. Pero no descarto que haya estado una tarde tomando un té en la cafetería o inclusive que me haya pedido que le solicite un taxi. La administradora me ha prohibido cualquier tipo de interacción con él, lo cual es un tanto irónico. A fin de cuentas, mientras no sepa su nombre estaré a salvo.

No creo que me puedan volver a maldecir. Le hago una promesa a Jonny: dejaré de caminar de madrugada por los pasillos del Acuario. No pienso cumplirla. Ya no me queda tiempo. Faltan tres semanas para que la maldición cumpla su designio y la más joven de las Infante esté muerta. No creo que sea una muerte dulce, la supuesta muerte que mi abuela y mi madre tuvieron sobre sus lechos de sábanas blancas. La piel de mi madre estaba intacta. No había un hilillo de sangre cerca de sus labios. No tenía moretones. Su pecho estático fue la señal definitiva de que no volveríamos a perdernos juntas en los patios de casas abandonadas. No volvería a verla ahogar su risa contra el cuello de Carmen, la mujer que hizo lo que mi padre no pudo, la mujer que la amó.

“Natalia, si vas a hacer algo, no tengas compasión”, eso me decía mi madre. A los diez, no tenían sentido sus palabras. La compasión no estaba dentro de mi repertorio afectivo. No la necesitaba. Mi vida no había sido la de esas niñas adineradas cuyos padres fingen un matrimonio idílico. Mis padres se odiaban y yo estaba en paz con eso, o eso creía y la paz era artificial, pero me alcanzaba para ser una chica estable. No quiero dejar de mencionar la muerte abrupta de mi abuela Felicidad y sus consecuencias. Sin abuela, mi infancia estuvo privada de un par de patines debajo del árbol en navidad. Tampoco tuve quien me quitará la tierra de las rodillas ensangrentadas y me curara usando un polvo blanco y mertiolate, eso también me quitaron y nunca sentí que debía compadecerme de mí misma. En mi infancia no hubo juguetes ni mimos ni algodones de azúcar. Mi infancia fue lo que fue y si mi madre pudiera escucharme ahora diría: “I’m proud of my little girl”. Claro que no diría eso, porque no diría nada al respecto. En mi familia nadie te premiaba por hacer lo que te correspondía. Era lo que se tenía que hacer y nadie iba a celebrarlo.

En mi familia no aprendí lo que significa la compasión. Con los años, creí que la compasión la aprendí con M. Por el amor que intentó darme y yo no supe recibir. Por esas veces que le dije que era mejor dejar de vernos. Le dije que era lo que se tenía que hacer y si me hubiese escuchado, todo sería menos complicado ahora. Quería ahorrarme su rechazo. Él me respondía con un monosílabo, se tomaba unos minutos más y luego soltaba

una respuesta manipuladora: “si es lo que quieres, Nataly, lo respeto”. No era lo que yo quería y solo me faltaba gritarle que me había enamorado de él. Los hombres como M. conocían los trucos para hacerte sentir miserable, para que corras de vuelta a sus brazos y que seas tú la que pida perdón. Pero él sabía mantener la distancia aun cuando compartíamos la misma cama. La compasión por sus ojos tristes alcanzaba para darme algo de alivio. No se puede amar tanto a alguien y elegir la distancia. Pero en ese entonces no sabía qué era el amor y ahora no estoy en condiciones para averiguarlo. Quería protegerme del daño. Esa emoción se movía hacia los bordes de mi cuerpo y su resaca era dolorosa, la sentía arrastrarse por mis brazos y hacerme desear que mis dedos desaparecieran. Por 700 días creí que estaba a salvo, pero en realidad estuve esmerándome en construirle altares al daño. M. lo sabía y eso no nunca le preocupó demasiado. La compasión no la aprendí con las Infante y eso que sentía por M. era un desprecio disfrazado de compasión.

Desde que el sonido de las aguas se intensificó, la gata no ha vuelto a dormir a nivel del piso. Se acuesta en mi regazo o prefiere las sillas acolchonadas o las mesas de mármol de la cafetería. Esta noche la encuentro vigilando sobre la refrigeradora de la cocina. Una de sus patas blancas cuelga en el vacío. No ronronea. A las ocho de la noche la mayoría de nuestros huéspedes están reclusos en sus habitaciones. Esta es la hora para ir por la cena. Más vale olfatear los experimentos de la cocinera para no sufrir estragos. Su crema de alverjas es un boleto directo al dolor de estómago. Su sopa de tomate o el caldo de huesos de un mamífero desconocido son indigestos. He aprendido a desechar sus sopas. Inclusive he enterrado algunas carnes de aspecto podrido en el jardín. La cocinera no tolera que desperdiciemos los alimentos. Sabe olfatear las mentiras. Es una versión igual de peligrosa que la administradora. Hay que obedecer o puede que el siguiente en comerse un pedazo de pastel envenenado seas tú. No ha matado a ningún recepcionista, no todavía. Sus venenos son más delicados. Provocan sudoraciones, falta de aire, opresión en el pecho. Fabricio ha sido una de sus víctimas, digamos que él me inició en las artes para evadir el sufrimiento o el castigo. Esta noche el menú es sencillo. Me como el arroz con huevo frito sin mucho cálculo. No me provocará ardores y podré disfrutar el insomnio a mis anchas.

La noche en la que entré a la habitación 308 me pareció que era como cualquier otra. Sobre el piso, el corazón de una manzana se oxidaba y manchaba la alfombra. No tenía semillas.

Mi búsqueda se prolongó a sitios inusuales. Revisé el tanque de agua del inodoro con cuidado para no arruinar el tapete tejido a mano. Encontré un sapito de plástico y una boya negra, los mecanismos regulares que impiden los desbordes. Removí la alfombra para comprobar que hasta ahí habían llegado los pelos de la gata. Palpé el piso y las paredes para descartar un compartimento escondido. Me metí bajo la cama. El armazón sobre el que descansaba el colchón era de madera. Cansada de no saber qué más hacer, decidí recostarme en la cama. Cerré un momento los ojos. El olor me recordaba a nuestro jardín, sentía unas notas dulces. Era el olor de las buganvillas y el árbol de cereza en un día soleado. Dormí. No estoy segura de cuánto tiempo transcurrió.

Vi un reloj dorado al que intenté darle cuerda. Intenté verlo en funcionamiento, pero las cosas salieron mal y sus pequeñas piezas cayeron sobre la mesa. Vi un par de palomas con un gran agujero en el pecho sentadas sobre el bordillo de la calle. Nadie las alimentaba. A pesar del daño no perdieron su capacidad de volar. No las vi elevándose, pero en los sueños hay cosas que se saben y no necesitan ser observadas para creer en ellas. Vi a una mujer nadando en un río oscuro, es el río de la ciudad con su corriente a contraflujo donde tanta gente ha dejado de existir. Mi mirada se concentraba en un par de remolinos girando sin detenerse y arrastrando a los lechugines a su centro hasta llevarlos al fondo lodoso. Desperté. Observé mi reflejo comprimido en la televisión frente a la cama. En ese espejo improvisado desfilarían las imágenes de eso que nos han advertido por siglos que no deberíamos contemplar, no si no queremos que nuestro reflejo se deshaga la próxima vez que intentemos vernos con esos mismos ojos.

Escucho el sonido de una puerta que se abre y se cierra. Las hojas de los árboles bajo el dominio del viento recrean una marea que crece hasta la violencia y que en segundos decae. Las corrientes que vienen del estero juegan con el hotel. En la recepción permanezco de pie por horas hasta que amanece. Cuando la mañana es tibia, las plantas del jardín liberan un vaho que humedece el vidrio de la puerta. El agua sigue cayendo por las escaleras y el pasillo. La habitación y su flujo descendente no van a detenerse. Por el día, el sonido es menos fuerte y el efecto que provoca sobre los cuerpos se vuelve casi imperceptible.

**XXII**

Los clientes del estudio fotográfico siguen llegando. Le entrego las fotos de carnet a una estudiante universitaria. Se ve mayor en las imágenes. Quería fingir ser una mujer que se puede cuidar sola. Nada que la luz no haya podido resolver. La saturación y las sombras la vuelven la versión de una treintañera, divorciada y adicta a los cigarrillos mentolados. Mis clientes favoritos son los abuelos y sus nietos. Ese placer por captarlos con la cámara encubría mi deseo de ser la niña adorada, la de los caprichos satisfechos. Pero debo ser sincera, no podía anhelar una emoción que en mi familia ni siquiera fue un espejismo. Huérfana del amor de mis abuelos muertos o extraviados, aprendí que los afectos excesivos te pueden volver blando. Y si dejas que te vean las costuras, terminarán destripándote. Cleo, mi madre, se encargó de enseñarme a disparar. A reconocer los mejores encuadres, a dibujar con la luz. Esa era nuestra verdad. Nunca me llevó tan lejos. Con su muerte la ciudad quedó de cierta manera indescifrable. No creía en el azar, creía en su instinto para identificar la siguiente casa donde nos perderíamos.

Atiendo a un militar. Sin su uniforme se ve pequeño, una caricatura del hombre que viste el traje de camuflaje. En la foto frunce el ceño, un tajo profundo lo endurece. Su virilidad depende de ese gesto. En esos casos los hombres delatan su condición de portadores de un micropene. Son especulaciones. Especulo desde que era una niña y los bultos entre las piernas me despertaban una curiosidad inexplicable. Unas medias mal envueltas podían dar falsas esperanzas. Pero una niña no tenía las facultades sensoriales para saberlo. Las del militar son fotografías estándar. Un plano medio del tipo ceremonial. Brazos cruzados a nivel del plexo. Quiere verse capaz de ganar una pelea cuerpo a cuerpo. No me atreveré a juzgarlo, no demasiado. Recibe el sobre y se despide como si yo fuese su generala, con un saludo a la altura de sus entradas. El aprecio desmedido de los clientes me hace extrañar este trabajo. En el hotel, la gente exige favores capaces de comprometer tu estabilidad mental. La cocinera demente, la administradora fascistoide, el agua que nadie, es capaz de escuchar. El hotel es una máquina de problemas. Y mis sueños, mis sueños me llevan de vuelta a la infancia, la reescriben. Ya no queda tiempo para soñar. En dos semanas cumpliré cuarenta años.

## XXIII

“Ya llegó, ya llegó  
 el Espíritu Santo ya llegó  
 Ya llegó, ya llegó  
 el Espíritu Santo ya llegó”

Abro la reja principal y me dirijo hacia el patio trasero de la casa de las Infante. Escucho una canción en la radio. El volumen alto satura los parlantes. La melodía muta. Francisco debe estar buscando su emisora favorita o luchando contra el dial dañado de su radio. La llevé a reparar, pero ya no fabrican ese modelo. Francisco prefiere conservarla así que remplazarla por una nueva. “Niña Natalia, esta radio me la regaló mi mujer antes del accidente, encenderla es como tenerla a ella conmigo”, eso me dijo y no lo volví a repetir. Puede que un sentimiento similar me haya impedido deshacerme del archivo de las casas muertas de mi madre que recuperé. La radio salta de una frecuencia a otra, seguramente Francisco intenta hallar la voz del padre Chavarría, los domingos prepara un sermón de una hora en vivo. Lleva seis programas consecutivos hablando de los pecados capitales, hoy debería hablar sobre la ira. Es un padre bastante elocuente al momento de describir los círculos del infierno y los castigos que recibirán los fieles si no consiguen vencer las tentaciones del maligno. Francisco debe estar podando las veraneras, retirando a mano los insectos blancos adheridos al follaje joven. Lo hace con lentitud, no soporta verlos despedazarse al tacto y revelar sin pudor de qué sustancias están hechos: tejidos y membranas sanguinolentas. Hay zonas en la ciudad donde los árboles parecen cubiertos de nieve. El calor que debemos soportar nos arranca de inmediato de esa fantasía.

*La ciudad de Guayaquil se encuentra en emergencia, los secuestros por parte de la banda de mutiladores se han incrementado. Las autoridades recomiend....¿Sientes sueño después de almorzar, tienes la boca amarga y te cuesta concentrarte en...? Dice la biblia en Salmos capítulo 55, versículo 4: angustiado está mi corazón dentro de mí, y sobre mí han caído los terrores de...El termómetro indica que hoy será uno de los días más calurosos de los últimos diez...Lo siento en mis manos, lo siento en mis pies...La*

*epidemia de gente sin dedos, sin piernas, sin orejas se extiende y el alcalde pide que confíen, no abandonará a la ciudad, el alcalde ha prometido incrementar el número de agentes del orden para patrullar las calles. Ahora depende de los ciudadanos respetar los toques de queda a partir de las siete de la noche. Según los últimos informes, a la banda de mutiladores le atrae la población...*

La radio entra en un estado de coma, emite un ruido blanco. Es domingo. En el barrio se escucha el canto de un ave negra y su aleteo difuso. No encuentro a Francisco. La radio con una antena torcida está conectada a un cable verde que llega hasta la cocina de los vecinos. Me siento tentada a desconectarla, pero Francisco lo tomaría como un capricho mío y no quiero herirlo. No a alguien que me ha acompañado con devoción desde que era una niña. He venido para escarbar en su memoria e intentar seguir otra pista para dar con mi abuelo. Vuelvo al plan inicial: saber en qué cuchitril se esconde Alejandro Sempertagui. Ese ha sido el deseo de mi madre. Lo que nos ha conducido al Acuario. Ahí me llevaron su diario y las fotos de la fachada del hotel. La hiedra no tenía el vigor y la espesura de estos días. Ahora es un muro devorado por la vegetación ascendente. Debajo de la tierra deben descansar una maraña de raíces leñosas que crecen hacia una tiniebla que no seremos capaces de conocer.

Francisco podría estar dedicado a los cuidados del árbol de mango, esas podas que hace para evitar que la planta desperdicie sus nutrientes en frutos escuálidos. Me muevo al lado oeste de la casa. Veo su bicicleta arrimada contra la pared, el pollo de huele y su ropa limpia doblada están en la canasta. Las tijeras oxidadas, su escalera y el tubo largo con un recipiente de plástico que usa para la cosecha están en el piso. Noto unas manchas escarlatas sobre la tierra, me recuerdan al color de la savia, pero ninguno de nuestros árboles al ser heridos libera un líquido de ese color. Escucho su silbido característico y me dirijo hacía el lugar de su origen. Ya he pasado por ahí, pero entretenida por el sonido de la radio, ignoré el bulto formado por las hojas secas. Estoy dispuesta a agacharme y despejar con la mano lo que esas hojas y su detritus protegen. No hace falta que intervenga, el viento barre el piso con cierta violencia. Francisco yace con las manos sobre el pecho. Tiene los dedos entrelazados. Puedo ver la cicatriz en su nudillo del dedo anular. Me recuerda a mi madre recostada en su cama. Su polo descolorido ha absorbido la hemorragia. Me da la impresión de que descansa. Pero no puedo estar segura porque se han llevado su cabeza. El corte ha sido perfecto. Una obra de arte. No debería atreverme a registrar este momento, lo hice una vez con un extraño que fue atropellado. No logro

resistirme. Fotografío el sitio del corte, sus uñas llenas de tierra, hago un plano general. Del hombre atropellado conservo una imagen de su pierna dislocada.

Sabes cuando alguien te mira. Nadie te da pequeños golpes consecutivos sobre el omóplato, pero volteas presa de un estímulo igual de tangible. En la acera de enfrente, una triada de hombres me observan. Parecen el mismo hombre multiplicado. Inclusive mueven la cabeza al mismo tiempo. Hay algo artificial en su forma de hacerlo. Algo que me inquieta y aunque la reja de la casa está cerrada, retrocedo con pasos cortos. Podría trepar por la pared y esconderme en la casa de la viuda que vive con su *french puddle*. No puedo despegar la mirada. El mensaje está ahí, en esos hombres que me miran y se mueven como en una coreografía macabra. Sé de lo que esas manos podrían ser capaces.

La alarma del barrio se activa y el sonido es como una burbuja que nos encierra a los hombres, a Francisco y a mí en su vertiginosidad. Los hombres se alejan sin despegar la mirada. A mis pies, cubiertos por las hojas secas, el cuerpo de Francisco aguarda por un poco de compasión. A él le hubiese gustado pasar su último día en el jardín que cuidó desde que yo era niña. La muerte que anhelamos está definida por nuestro temperamento. A las personas con un temperamento melancólico los seduce imaginarse desapareciendo por un fallo inesperado del corazón. Una muerte limpia si la familia no intenta reanimarlo con *electroshocks*. Abres los ojos y los espasmos regresan, te conducen a la oscuridad. Vuelven a electrocutarte, sientes el cuerpo y luego solo caes, te precipitas a esa nada. Francisco era de esos, de los que deseaban una muerte rápida.

El día se extinguirá mientras cavo un agujero para su cuerpo, un agujero que me gustaría pueda protegernos a ambos. Nadie camina por las calles del barrio los domingos. Hojas secas en un día en el que basta con estar inmóvil para sudar con desesperación. Bajo tierra, la furia de las aguas que fluyen desde la habitación 308 del hotel Acuario, su estrépito, ese canto maligno, ya no podrá alcanzarnos. No vamos a volver a caer en engaños, madre. El agua se filtrará también ahí. Su humedad acelerará la debilidad en nuestra carne. La tumba improvisada albergará una masa de huesos, piel y sangre negra que hervirá en los días más calurosos. Francisco y yo podríamos caber en el mismo espacio. Sus vellos arremolinados bajo la tierra, mi piel lechosa junto a su piel oscura y áspera, las arrugas en su cuello, mi cabello largo sujetándonos a ambos. Madre, ¿te hubiera gustado que permanezcamos así? Temo volver a decepcionarte. Aunque me hayas enseñado a vivir alejada del sol, me resisto a ocupar ese lugar que lo demás creen que me está predestinado.

## XXIV

¿Rezas antes de dormir, Natalia?

A mamá no le interesaba inculcarme ese tipo de cosas, tú más que nadie debe saberlo.

Ten calma, querida. Tenía curiosidad, nada más. Creí que pudo enseñarte esa oración del ángel de la guarda mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, una bobería más del catolicismo que era muy popular entre las madres de nuestra generación. Como las confesiones y las técnicas para que las ostias durarán más al interior de la boca. Trucos para alcanzar la santidad. Claro, pero tu madre solo sentía devoción por su cámara. Llámame loca, pero no recuerdo haberla visto dándote mimos. Ya debes saberlo, tampoco te amamantó, dijo que eras alérgica y creciste gracias a los frascos de leche en polvo. Y por si te quedaba la duda, no naciste por la vagina de tu madre, a ella le rebanaron la panza y te sacaron por un agujero. Que te resististe a salir, me contó tu madre.

Si sigues hablando tanto nos vamos a perder el horario de visitas.

Livina creerá que está muerta cuando me vuelva a ver. Estoy tan acabada que ni yo misma me creo que sigo viva. Natalia, ¿dijiste que la mutilaron?

Es lo que me contó uno de sus vecinos, me tomó tiempo encontrar en qué hospital la tenían internada.

Es que si estamos vivas es porque el santísimo no nos quiere a su diestra todavía y porque tu madre, que en paz descansa, nos cuida.

Llegamos a la habitación de Livina. Está leyendo una revista de vanidades. En la portada una mujer se frota el rostro con un algodón y en la parte inferior está escrita la frase: “las mujeres más bellas nos dieron sus secretos”. No nos escucha llegar. Le han instalado un aparato para que la revista se ubique a la altura de su rostro y una especie de palanca delgada que empuja con su nariz para pasar las páginas. El botón para llamar a la enfermera se acciona asentando su codo derecho sobre la cama. Un aparato con ruedas brillantes le mide el ritmo cardiaco. En la pantalla se registra una cifra: 78 pulsaciones por minuto. Ha cuidado cada detalle: tiene hecha la pedicura y sus uñas están recubiertas

por una capa rosa que les da un aire jovial a sus dedos torcidos. En los hospitales se acostumbra a vestir a los pacientes con unas batas que tienen un agujero en la espalda. Esto arruinaría los esfuerzos de Livina por no parecer una mujer de cien años. Su camisión de seda rojo la convierte en la sofisticación encarnada. Nada invita siquiera a sospechar que hace unos meses le cortaron las dos manos y que hace un par de semanas dejó de ser una paciente en coma. Si no hubiésemos tenido que dejar nuestras cédulas en la recepción, creería que es fin de semana y Livina disfruta del silencio en su casa.

Livi, me tardé en cumplirte la promesa, pero aquí me tienes.

¿Teresa, eres tú? Las drogas me confunden. Acércate más que no pienso hacerte cosquillas. Anda, quítame este aparato. Necesito comprobarlo con mis ojos.

Teresa la obedece. Livina le pide que la abrace y cuando la tiene cerca le dice algo al oído. Intenta disimular dándole un beso en la mejilla. Me ve parada al pie de su cama, tal vez quiere asegurarse de que no soy producto de los opioides que le suministran para sus dolores fantasmas.

Cállate, Livina. La niña que ves frente a tu cama es Natalia, la hija de Cleo. Natalia, puedes creer que Livina pensaba que tu madre la vino a visitar.

Era una posibilidad. Creí que ya me venían a buscar. Eso decía mi madre cuando la muerte la estaba rondado, decía que se le apareció una de sus tías y que le dijo que ya tenían que irse. En mi defensa, Natalia es casi una réplica exacta de Cleo. Hasta tiene las mismas ojeras y tú, Beatriz, te ves como si acabarás de levantarte de la tumba, ponte algo de color en esas mejillas.

Vinimos a sacarte de aquí. Te necesitamos.

¿No habíamos jurado que eso se terminó? ¿No dijo Cleo que ya era suficiente?

¿De qué está hablando Livina, Beatriz?

Natalia nos necesita. No hubiésemos venido a molestarte si no fuera urgente.

Beatriz quiere que repitamos esa carnicería. ¿No le has explicado eso a Natalia, no? Como si no hubiese tenido suficiente con los tipos que me cortaron las dos manos. Ay, no voy a quejarme. Estuve rezando porque el dolor de mis manos artríticas desapareciera y pum, como un milagro enviado por los mismísimos dioses, me despierto un día sin ellas. Hasta me emocioné y los doctores creyeron que estaba teniendo un episodio de evasión y quisieron darme unas pepas para hacer que vuelva en mí. Nada más alejado de la verdad. Las malditas manos me dolían sin descanso, no me podía lavar ni con agua a temperatura ambiente. En las noches o en las mañanas mis dedos gordos se entumecían y las manos se ponían lívidas. Era un infierno. No crean que esta cantaleta es

para hacerme la víctima. A los pocos días, el dolor de las manos volvió con más fuerza que nunca. Luego vino el coma y pude descansar unos días. Si quieren que las acompañe seguiré necesitando que me inyecten morfina para no sentir a estas malditas manos.

Querida, vas a tener que ir donde un masajista para miembros fantasmas. Él cuidará de tus manos. Una de mis vecinas va para que le masajeen su pie amputado. Te puedo llevar después de ayudar a Natalia. Por tu medicina, no te preocupes. Tengo buena puntería para inyectar. Nos veremos dentro de dos días. Debo avisarle a informante 1.

¿Informante 1, quién es esa?

Natalia, dice que ella prefiere mantener su nombre en reserva. Resulta que está grabando un testimonio por si las cosas no salen bien. Querida, despreocúpate, de informante 1 me encargo yo.

¿Dónde nos reuniremos?

Nos reuniremos en el lugar donde escuchas el movimiento de las aguas.

No puedo creer que esto se esté repitiendo otra vez. ¿Ya le explicaste a Natalia lo que estás pensando hacer?

¿Las aguas?

Sí, las aguas. No podemos entrar en detalles ahora. Y bien, ¿dónde las escuchas?

Las escucho en una de las habitaciones del hotel Acuario.

No perdamos más tiempo. Llama a la enfermera y pide tu salida. No creo que a ti te puedan negar algo. Si hasta a una manicurista la han dejado entrar. Esta noche la puedes pasar en mi casa, pero tendrás que someterte a una pequeña revisión. Ves este aparato, bueno, lo uso para saber si no hay micrófonos espías. Mañana temprano nos hospedaremos en el Acuario. Apúntame aquí la dirección.

Esta noche registraré su reserva y las estaré esperando.

Tú y ese aparato son inofensivos, en comparación a informante 1. Las acompañaré, pero les juro que no sé si pueda soportar verla atragantándose con galletas de chocolate. Debe estar desbordándose de la gordura, llena de acné como una adolescente premenstrual. Esa niña nunca supo cómo detenerse.

Descuida, Natalia. Yo me encargaré de llevarlas conmigo y de que no se maten entre sí.

## XXV

Registro la reserva de las faquires en el Acuario. Descansarán en las habitaciones del tercer piso para que sea más sencillo desplazarnos a la 308 cuando el resto de los huéspedes estén dormidos. Habito las grietas del tiempo que me queda. Hace un año cuando cumplí 39, me dispuse a escribir una lista con lo que me hacía feliz. No suelo ser buena para hablar de mí. En la lista escribí que me conmovían los atardeceres violetas, que amaba el arroz refrito y que, con la práctica, fotografiar a extraños se había convertido en un hábito que disfrutaba sin culpa. Debí decir por ahí que me gustaba ir los domingos a la casa de las Infante y ver a Francisco cuidando del jardín. Las certezas que tenía sobre mi futuro se aferraban a su figura. Confiaba en sus manos grandes con las que removía la tierra y la nutría con abonos. El chillido de su pollo de huele con el que anunciaba su llegada o se despedía de mí me daba tranquilidad. Desde las entrañas del jardín, Francisco sigue cuidado de las buganvillas y del árbol de cerezo, con sus falanges atoradas entre las raíces será el testigo de los próximos florecimientos. Verá esos ciclos desde el lugar donde se fraguan. Pienso en Francisco, en los motivos que hacen que alguien despoje a un cuerpo de su cabeza. Pienso en mi madre y en Alejandro. Siento que tengo atorada la sensación de estar llegando tarde a mi propia historia y me pregunto si hay alguien que pueda llegar a tiempo.

No es algo que me proponga, pero siempre termino acumulando información perturbadora de gente a la que apenas conozco. Mi turno de hoy incluye el cuidado de una niña rubia que lleva el cabello recogido en una colita. Sus padres han salido a festejar su aniversario en un restaurante italiano y no se llevaron a la niña porque es alérgica al olor de los lácteos. Las luces del jardín están encendidas e iluminan el sendero. Sobre una mesa de plástico la niña va acumulando piedras de diferentes tamaños. Me dice que podremos entrar cuando la mesa esté llena. Quiere venderlas. Trato de persuadirla. Está empezando a llover, le digo, no creo que vengan compradores. Caen unas cuantas gotas, apenas una garúa tenue. Me corrige, así no es la lluvia. Los niños creen tener las respuestas y no temen gritarlas. Así son los niños, diría M., unos tiranos a los que les divertiría enloquecerte. Trae piedras cada vez más grandes. Y cuando le vuelvo a decir

que la lluvia no es buena para las ventas al aire libre, que la gente no va a venir, la niña se enoja y empieza a gritarme.

No saben que los voy a matar a todos.

La voz le cambia a la niña al decir esas palabras sacadas de un guion demasiado previsible. El villano no podría anunciarse con tan poco estilo, por donde se mire, suena a una amenaza falsa. Pero al rato me contradigo, a una niña que puede mover piedras del tamaño de mi cabeza hay que dejarla que juegue y se ensucie y hay que creerle si dice que es malvada. Al menos cumple su promesa, la mesa se llena y me pide que la lleve hasta su habitación. Quiere que le cuente una historia. No me dejará salir si no la obedezco. Le digo que hay algo mejor que las historias, la poesía. Los ojos de la niña se iluminan con emoción.

¿Es como un acertijo que tengo que adivinar?

Le digo que se le parece. Aunque las respuestas no interesan mucho. Son las preguntas lo importante, preguntas que no tienen utilidad.

Recito unos versos de memoria sobre un hombre que debe proteger el hielo y que describe la fugacidad y la impermanencia. La niña parece disfrutarlo. Le deseo buenas noches, reprimo mis ganas de darle un beso en la frente y cierro la puerta. Para huir de los niños hay hacerlo con rapidez.

Sigo la rutina de recepcionista nocturna cuando el hotel todos duermen. Le sirvo un poco de leche fría a la gata en la cocina, ceno o me encargo de deshacerme de la comida que la cocinera dejó para mí. Esta noche necesito una trituradora industrial para ablandar los frijoles duros y el pedazo de carne con el que podría dedicarme a romper algunos cráneos solo por diversión. No comeré, la sustancia blanca me sirve para evitar que los ácidos me cocinen la garganta por la falta de alimentos. Lo que sigue es borrar el historial de búsquedas pornográficas de Fabricio. Con las semanas se ha puesto más experimental en el contenido que consume. Lo digo porque ya dejó su obsesión por las mujeres gordas. Estos días los ha dedicado a ver cada uno de los videos que la web le presenta cuando escribe “orgías” o “mujeres embarazadas”. Si lo pienso bien, no se ha alejado demasiado de sus mujeres voluminosas. Ingreso por accidente a uno de esos enlaces. La protagonista tiene una barriga de al menos seis meses y el ombligo brotado. La escena es un clásico del género: la mujer es penetrada con violencia por un hombre musculoso vestido de doctor. El encuentro ocurre en un set que simula ser un consultorio. El video es aburrido, pero el título se lleva el premio a la estupidez: “Mujer embarazada necesita una buena dosis de follar”. Fabricio deberá encontrar una que otra casera

entre tanto video sobreactuado. En el porno, eso debería estar prohibido, pero es su esencia misma.

Los padres de la niña no vuelven de la cena, y a la mañana siguiente, tampoco regresan al hotel. Llamamos a los números registrados en la bitácora. Nadie contesta. Contactamos a la policía y cuando me interrogan no soy capaz de decirles nada sobre los rostros de esas personas, nada que sirva para reconocerlos. Tras una investigación que les toma un par de horas descubren que los nombres de los padres de la niña no existen y que la niña debe llamarse de otra manera porque en el registro no consta nadie con sus datos. Vivirá en una casa de menores bajo el cuidado del Estado. Desde el asiento de atrás de la patrulla se despide mostrándome la piedra que me suplicó la dejara llevarse. Su ropa conserva la suciedad por los juegos de la noche en el jardín.

Fabricio hace el relevo, llega cuando la patrulla arranca. Casi que corre junto al vehículo porque quiere saber a quién se llevan detenido. El abdomen le ha crecido como el del ejército de mujeres jadeantes que lo acompañan a pasar la noche despierto. Fabricio tiene esperanzas de que alguno de nosotros haya denunciado a la cocinera o que ella se haya entregado voluntariamente.

Si se pudiera encarcelar a alguien por no saber cocinar frijoles, la cocinera debería recibir cadena perpetua. No puedes arruinar los frijoles y la carne al mismo tiempo.

Y eso que no ha probado su arroz crudo con piedras. Es su platillo para ocasiones especiales. Se lo preparará cuando cumpla un año trabajando con nosotros. Niña, ¿a quién se llevaba esa patrulla?

Una pareja se registró, pagó sin problemas, fingieron salir a cenar y me dejaron a su hija a cargo por unas horas. No volvieron. Y por supuesto, me dieron nombres falsos. Lo más triste es que la niña tampoco sabe cómo se llama; el nombre con el que se reconoce no consta en el sistema, según la policía. Aunque yo de ella conservaría ese nombre falso. Angeline recoge la belleza y la maldad en proporciones justas.

Primero un perro, ahora una niña, no me quiero imaginar lo que sigue. A los hoteles con nombres de signos zodiacales les ocurren sucesos extraños, ya se lo había contado. Parece que empezó la temporada del Acuario. Mejor nos preparamos.

Si Fabricio escuchara el sonido del agua, su pudiera sentir el poder que su cauce alcanza mientras conversábamos en la recepción, me temo que enloquecería por encontrar su origen y hacer que se detengan. Tiene más suerte de la que cree. Así es la felicidad. Una perra mutante, una perra de ocho patas, escurridiza y con el pelaje fluorescente. Así

de escandalosa es, pero no somos capaces de saber cuándo bailamos con ella y cuando ha decidido ajustar sus mandíbulas en nuestros huesos.

Las faquires vendrán un día antes de la llegada de los huéspedes especiales. Para Fabricio son unas ancianas más que se hospedarán en el tercer piso. No son su tipo, les hace falta carne y unos cincuenta kilogramos de grasa para que le puedan producir alguna emoción entre las piernas. Ni la gordura de informante 1 cumple los estándares de mi compañero. Me las imagino obesas a todas. Veo las venas de sus cuellos inflamadas. La administradora me salva de estos pensamientos, nos pide ir a su oficina para darnos algunas instrucciones. El sueño hace que mi cabeza duplique su peso. Es una borrachera que se me pasará recostándome sobre mi torre de almohadas blancas.

“Su responsabilidad será encender las velas que nuestros huéspedes soliciten. Nada de electricidad, ¿lo entienden? No haremos preguntas. Quiero que Jonny y Natalia trabajen esa noche en la que ellos dormirán en el Acuario. Jonny ya lo sabe, durante la visita de nuestros huéspedes no contamos con el personal de limpieza ni con la cocinera. Ellos traen a su propio equipo, gente de su confianza para alimentarlos”.

Ellos. La administradora no se molesta en decirnos más y nadie se atreve a preguntarle a quiénes se refiere. Las manos de Jonny cruzadas detrás de la espalda delatan su incomodidad. La administradora se le acerca, le pone los dedos huesudos sobre su barbilla y le dice: “Sé que ninguno de ustedes decepcionará a nuestros huéspedes”.

## XXVI

Beatriz se ha encargado de sacar y despedazar los focos de la habitación que ocupa con el resto de las faquires en el hotel Acuario. El vidrio molido ha creado una base afilada en el fondo de la bañera. Lo hizo con una prudencia inusual, colocó los focos al interior de una funda de almohada y sacudió su contenido contra la alfombra. No pude decirle que esos hombres que intentaban espiar sus conversaciones no habían llegado hasta aquí. Había empezado a creer que eso era posible y que las precauciones que Beatriz tomaba no eran el resultado de otro de sus episodios paranoicos. Solo me inquietaba el contenido de la bañera y la idea de que alguna de nosotras debería recostarse en su interior. Me preguntaba qué sería lo primero en empezar a sangrar. Los pies, seguramente la sangre empezaría a salir de la punta de los dedos.

Estábamos las cuatro encerradas esperando que la tarde se descompusiera. La lentitud con la que eso ocurría frente a nosotras era angustiante, pero sabíamos cómo disimular esas ganas de trepar por las paredes, de arrancarnos el cabello, de lanzar gritos ensordecedores. Las cuatro en perfecta armonía. Informante 1 comiendo una galleta tras otra. Livina recostada con sus manos invisibles extendidas hacia atrás, Beatriz un poco encorvada con su espalda sosteniendo la pared que separaba la habitación del resto del hotel. La oscuridad era como una sustancia que empezaba a llenar el espacio, pese a que no podíamos hacer nada para detenerla, a las mujeres parecía no inquietarles estar envueltas en sombras abyectas, no se detenían a imaginar si algo aguardaba por ellas en algún rincón de la habitación.

Así fueron las primeras horas antes de que Livina dijera que había llegado el tiempo de prepararse. Cada rito exige alguna penitencia, la entrega de eso que no se posee y que solo por ese motivo puede ser dado.

Toma algunos segundos acostumbrar los ojos a las tinieblas. No todos tienen esa habilidad para ver a través de los velos con los que la noche cubre los espacios, ver con el tacto y a través de esos ruidos que la atmósfera libera por capricho, quiero decir que al menos en las casonas antiguas los pisos hablan, las paredes conversan con el viento. Por la cama pasa un río que ninguna de las faquires puede escuchar, quizá solo uno de sus

afluentes, un brazo debilucho que se desvía para recordarme que el agua sigue aquí y también fluye por las calles de la ciudad con una velocidad que ya no soy capaz de intuir.

El asco se transforma en deseo. Livina me enseña lo que debo hacer para vaciar mi estómago porque: “eso que vamos a hacer exige la pureza absoluta”, “vamos pequeña, suéltalo todo, saca esa suciedad de ti”. Una a una tendremos nuestro turno junto a ella en el baño para lograr alcanzar ese estado de perfección imposible. Una sonrisa ajustada insiste en dibujarse en sus labios delgados mientras aguarda. Los restos del almuerzo son lo primero que sale. He olvidado masticar lo suficiente y eso me recuerda que he estado comiendo por inercia, sin sentir. Luego suelto una sustancia ácida que me provoca cosquillas en la garganta. Livina pone su rodilla sobre mi espalda con suavidad para decirme que todavía no hemos terminado. “Déjalo, Nat., no puedes retener eso en tu interior más tiempo”, me dice. Sigo con la cabeza clavada en el escusado y espero. Livina se complace al ver los litros y litros de un líquido de la textura del alquitrán resbalar por mi lengua, ensuciar mis dientes, llenar el escusado. “Detente o te vas a quedar sin nada y por si no lo sabías, la pureza también está hecha de algunos venenos”. Tuve que tragarme los últimos litros de suciedad que estaban saliendo de mí. El sabor no era tan desagradable como creí, me recordó a las maratones en las que comía chicles ácidos cuando era niña, una mezcla de sandía con limones, un poco de cerezas. “Dile que venga a informante 1”, me pidió Livina.

Informante 1 estuvo encerrada en el baño con Livina por casi una hora. Sus labios manchados de un color fucsia traen consigo el olor de las agencias bancarias: un frío aséptico que podías respirar para sentir un vacío que no sabes cómo nombrar. Se sienta al borde de la cama, aterida y con los ojos cerrados, pero no duerme. O eso es lo que creo ver desde la otra cama donde espero que Beatriz regrese.

Una vez que las tres hemos dejado aquello que nos impedía continuar con el siguiente paso, Livina nos pide paciencia y silencio.

Las cuatro en la habitación hibernamos.

## XXVII

*Me abrirán una herida.*

Así empieza la oración que pronuncia Livina en la habitación 308. Es de madrugada, el reloj marca las cuatro en punto. Estoy sentada al borde de la cama y a pesar del torrente que fluye bajo mis pies, escucho al resto de las faquires aproximándose. Sus pasos se hunden en las aguas, que guiadas por la voz de Livina, han emprendido su regreso al lugar de origen.

*La herida no es del tamaño del mundo, pero se irradia hacia sus bordes.*

Las palabras de Livina atraen a litros y litros de ese río secreto. Mientras el nivel se eleva, contagiada por el parpadeo de las luces, cierro los ojos. Al abrirlos puedo verlo, el río es una masa verdosa que acumula el olor de los lechuguines descompuestos, un río que arrastra los cuerpos de animales hinchados por la humedad y que en su incesante movimiento trae a las faquires devuelta hacia mí.

La herida solo prospera sobre lechos de sábanas que se enroscan en el vientre.

El retorno del agua no cesa y los muñones de Livina sangran hasta empapar el vendaje. Las hermanas no tardan en llegar. Informante 1 se acerca con un paño rojo y lo pone frente a mis manos. Contiene un par de hojas de afeitar doradas. Teresa me dice algo. Las aguas me envuelven y la voz de Teresa se licua hasta volverse un sonido cifrado. Mi cara de desconcierto la obliga a enseñarme lo que tengo que hacer. Coloca una hoja en mi mano y la conduce hacia su estómago. La turbulencia se apacigua y en el ojo de ese huracán líquido, en los segundos que nuestras voces se pueden encontrar, Teresa me dice que piense en la pregunta que quiero hacer porque para eso estamos todas aquí juntas, para hacer posible este contacto.

Hago los cortes con una destreza que no sabía que tenía. La sangre se desliza por su estómago, alcanza su vientre bajo, cae sobre sus piernas hasta crear una perturbación circular sobre el agua. Sigo su movimiento descendente. Las gotas de sangre son engullidas por una espesura verdosa. Debo enfocarme en la pregunta, pero los ojos ansiosos de Informante 1 me distraen.

*La herida es un regalo para los que aguardan en la oscuridad, repite Livina.*

El líquido no ha dejado de acumularse. Sobre mi pantorrilla siento una baba fría ascendiendo. Es la insistencia de las aguas que nadie más en la habitación puede percibir.

Me apresuro a hundir la hoja de afeitar entre los pliegues de Informante 1. Antes de que su sangre empiece a gotear, el nivel de las aguas alcanza la misma altura que las cortadas. La voz me habla y esta noche alguien encuentra el valor para saltar desde el séptimo piso de un edificio del centro.

Un accidente inesperado esparce los sesos de una mujer de cabellera rojiza en la intersección de las cinco esquinas.

Una contadora engulla una píldora tras otra en un baño con el foco averiado.

Un hombre de nudillos vellosos le extrae los ojos a un niño con una cuchara para servir helados.

El vidrio de una ventana se desprende y cae sobre la cabeza de una anciana que ha olvidado su nombre.

Una casa arde y el fuego se alimenta de la piel de una pequeña que duerme abrazando un peluche de dinosaurio.

La bala corta el viento y se instala en la cavidad abdominal del agente Ordoñez.

Un cuerpo se entrega a las aguas del río.

Desde su cama una mujer centenaria mira la luz del amanecer por última vez, su corazón se detiene, muere sin que nadie pueda sostenerle la mano, sin que nadie le diga que no debe temer.

La voz es un grito enfurecido, la invocación de las moscas, el llanto de un cachorro hambriento que está dispuesto a alimentarse de la carne de su propia madre.

Lo que la voz me dice se confunde con las imágenes de una ciudad que se hunde en su propia noche.

## XXVIII

Vi a las Infante.

A mi madre en sus últimos minutos sobre su cama.

A mi abuela exhalando y desvaneciéndose en su habitación.

Sus rostros palideciendo me recordaron a mi reflejo que contemplo con algo de turbación y que en estos días le rehuyó por prudencia. Las vi y también las escuché reír como si las faquires sangrando y el agua putrefacta fueran una capa postiza de la realidad que se podía quitar con las manos sin demasiado esfuerzo. Un recubrimiento opaco que podía limpiar hasta que la transparencia del cristal me mostrara la cara fantasmagórica de mis ancestras, de ese linaje que se agotó pronto.

Poor thing, my poor little girl, look at you, what have they done?

Oh, baby, baby

I've been waiting for years

Years that felt like a lifetime inside this cold water

I need to know, babe

Please, you are the one who has the answers

Have you looked into the night?

Have you walked into the night with your eyes wide open?

How many times were you scared?

Is anything you still love?

What about the flowers? Did you take the time to watch them bloom?

Tell me truth

Do you want to kill your momy?

Kill her, baby, come on, kill her

Do you want to die?

Do you want it to be fast?

Nat, you know that I lied about us

Era su voz, eran sus palabras, pero eso que decía, esas preguntas eran igual de caóticas que las imágenes que se me habían atravesado antes de entrar en ese pequeño remanso

donde ella y yo flotábamos sin poder tocarnos con nuestros cabellos ondulando en la habitación que era toda agua y donde nuestros ojos se iluminaban al mirarse.

Girl, did you forget about me?

Mon, I need your help, fue lo único que pude decir cuando me permitió hablar. No eran como nuestros juegos infantiles. No quedaba nada de mi madre en esa voz, nada de su dulzura distante, nada que pudiera sostenerme en medio del agua, de la sangre, en medio de esa habitación anegada.

## XXIX

Las faquires parecían señoras arruinadas por los años a la mañana siguiente, quiero decir que nada en su aspecto hablaba sobre la enloquecida noche que habíamos tenido. Las ojeras amoratadas, las arrugas alrededor de los labios, las papadas, las manchas solares sobre los cachetes y esos lunares insoportables que eran una señal fidedigna de que el tiempo se les estaba agotando no producían sospecha. Aunque debo decir que verlas sentadas sobre el mueble con patas de león les proporcionaba un aire de realeza, las hacía parecer mujeres que habían acumulado un conocimiento profundo a costa del sufrimiento, mujeres a las que no se podía sorprender con facilidad. Quiero decir, las que quedaban de ellas. Porque *eso* a lo que se habían decidido a invocar se apoderó de Livina y su apetito fue tan grande que no quedaron rastros ni de su vendaje.

Nadie podía sospechar que por la noche esas mujeres y yo jugamos con hojas de afeitar para que una deidad que no conocíamos contemplara nuestra desnudez y me respondiera una pregunta. Yo sabía que la respuesta no era lo importante. Las respuestas nunca son unívocas, no pueden zanjar una situación de vida o muerte sin que queden algunas estelas de destrucción tras su paso. Una respuesta es una provocación para que ocurra algo más. Una respuesta no puede dejarnos satisfechos, detrás de ella, las preguntas se retuercen como larvas minando el interior de una fruta. Una respuesta son cientos de preguntas que callamos porque para vivir hay que aceptar que no podemos saberlo todo.

Se fueron en el mismo taxi. Al despedirse me besaron en cada mejilla y dijeron que el Acuario les había dado una de las mejores noches de su vida. Fabricio, que estaba listo para relevarme las escuchó y les dijo que así siempre era aquí. Dijo que este era uno de los pocos hoteles de la ciudad donde todavía se podía dormir sin tanto ruido. Y cuando terminó de hablar recordé que el agua había vuelto a su ritmo inicial. El sonido de una llave de agua averiada que gotea en algún rincón de esta antigua casona era lo suficiente tenue para creer que las aguas habían desaparecido. Algo se había restituido con la ofrenda, algo que me hacía temer que se desataría una inundación aún mayor.

La pregunta había sido sencilla. La respuesta me había devuelto la esperanza de volver a recuperar el tiempo, de poder despertarme el día de mi cumpleaños cuarenta y

que cuando mi cabeza apuntara al techo, las costras de la pintura siguieran descascarándose y que cuando estuviera tratando de hacer algo con el sabor amargo en mi boca, un cliente imprudente golpeará la puerta enrollable como si estuviesen a punto de fusilarlo si no le abro. Yo abriría para descubrir que se trata de un hombre con el vientre inflamado, un hombre que necesitaba la fotografía que le hice hace meses para celebrar su incorporación como agente en la unidad de investigaciones criminales. Conservo la imagen de ese hombre de uniforme porque sé que voy a volverlo a ver.

En nuestra bitácora, registro la salida de las tres mujeres. Livina, fue la primera en irse, le digo a Fabricio, salió temprano porque no soportaba el dolor de sus manos y necesitaba con urgencia su dosis de morfina.

Unos metros más arriba, la 308 debía seguir conservando su atmósfera impoluta. El aire limpio y la luz que podía hacerte padecer si no estabas acostumbrado a esos colores tristes. En el interior del clóset, grabadas sobre la cinta del VHS estaban una secuencia de imágenes que me perseguían si cerraba mucho tiempo los ojos y que había descubierto el día que entré por primera vez a la habitación. Esa verdad que me había negado a enfrentar. Lo que esa cinta resguardaba era la prueba de que, aunque evitábamos hablar de ello, el mal estaba avanzando en la ciudad. Las Infantes éramos un cúmulo de células contaminadas, víctimas colaterales de ese borboteo de aguas inmundas que solo yo era capaz de escuchar.

Sempertagui, mi abuelo, era el testigo y el arconte.

Porque hacer el mal no basta, alguien tiene que conservar las huellas de esa decadencia. Sostener la mirada ante la desolación.

## XXX

Todavía hay algo de luz cuando me incorporo al turno. Es sábado y los huéspedes deben llegar en unos minutos. Para evitar torpezas que podrían alterar el descanso de esa cohorte de extraños aficionados a la luz tenue, una luz que es capaz de debilitarse con el viento y las respiraciones agitadas, Jonny me dice que suspendió la electricidad en el Acuario. Así, esa necesidad natural por protegernos de las tinieblas presionando interruptores quedaría contenida y nuestros huéspedes podrían moverse sin que sus sombras los delaten.

“La administradora te mintió, no todos encienden candelabros, solo un hombre está autorizado a que el fuego lo acompañe”, me dice Jonny.

La llegada es tan inusual como la imaginaba. Nadie timbra. Escucho los pasos de una pequeña multitud que atraviesa el jardín. Jonny me toma de la mano y me dice: “no mires, no hables, haz como si no estuvieses aquí”. Lo obedezco. Los pasos se extienden por la recepción, se mueven en todas las direcciones, bajan escaleras, ingresan a las habitaciones y sin que nos demos cuenta, nos invade una calma en la que no confío demasiado. Mi cuerpo condensa todo su temor en mis manos y sudo tanto que Jonny debe estar sintiendo que sus dedos se sumergen en mí. Sus recomendaciones no se han agotado. “En su presencia, no hables. No temas, Natalia, porque eso hará que todo sea más complicado, ¿me entiendes?”, dice y siento que quiere seguir hablando, pero decide callar.

Por un momento creo que exagera. Cuando oscurece no se puede confiar en nuestros sentidos. Cualquier ruido que no puedes explicar te hace temblar e imaginas a una criatura de siete cabezas cuyas lenguas bífidas están a unos milímetros de tu rostro dispuestas a recorrerlo.

*La toma es fija, pero se puede ver que la cámara no está sobre un trípode. En escena veo una camilla con lo que parece ser un cuerpo. No sé si está con vida.*

El sonido de un arma afilada dividiendo el viento se escucha en el primer piso, el canto de las lagartijas que desafían a la gravedad, un objeto cae y se destroza contra la alfombra del pasillo, alguien grita o ríe cada tanto, se escucha una especie de estómago

que necesita ser saciado, acumula el hambre de muchas generaciones, o eso es lo que creo porque no puedo dejar de visualizar cada cosa que escucho y volverla mi pesadilla.

*Es un plano continuo. Pasan algunos minutos sin que nada ocurra hasta que aparece. Está vestido con un mandil de esos que tienen un cierre tosco en lugar de botones. La distancia impide ver con claridad lo que está haciendo.*

Puede ser que la oscuridad amplifique las voces que habitan la casona. Desde la recepción, Jonny y yo nos mantenemos de pie, esperando que llegue el hombre del candelabro para solicitarnos algún favor. “El hombre que lleva el candelabro por el Acuario es el único con el que podemos hablar”, dice Jonny. No hemos visto la luminosidad de ningún fuego, estamos aislados del resto del mundo, sumidos en una tiniebla perpetua y en ese estado el tiempo se prolonga.

Quisiera girar la cabeza al cielo para descubrir el brillo de las estrellas, para mirar un hacia un tiempo en el que la luz fue.

*No deajo de ver sus manos. Se mueven con agilidad de un lado a otro. Creo distinguir una sierra. Sube y desciende sobre el cuerpo que permanece inmóvil en la camilla. El camarógrafo tiembla un poco, pero es casi imperceptible.*

Nos pide que lo llamemos K., Jonny y yo encendemos las velas del candelabro al mismo tiempo. Cualquier lugar donde la luz pueda infiltrarse ha sido cubierto. El Acuario es más oscuro que el cuarto de revelado de las Infante. Creo reconocer los niveles de profundidad de la ausencia de luz y este es uno que no había experimentado. El candelabro solo ilumina la boca de K., los labios de un hombre con algunas canas en su bigote.

*Arroja esa parte que le ha extirpado al cuerpo dentro de un balde. El camarógrafo no se acerca para dejarnos ver qué hay en el interior. Se quita los guantes. Deja un rastro de sangre sobre el piso.*

Nos pide seguirlo. Jonny y yo caminamos detrás del rastro de esas llamas. En medio de esa noche que se ha tomado el Acuario, no logro reconocer si estamos subiendo o bajando, si hay alguien observándonos, a dónde nos dirigimos.

*Lo persigue por un pasillo por el que solo cabe una persona. Hacia el final, una de las paredes tiene una ventana al ras del piso y lo que se ve al otro lado parece ser el fondo de una piscina. Lleva el balde consigo.*

K. nos pide empujar un carrito que está lleno de vasos con una sustancia que despide un olor metálico, me recuerda al jarabe que tomé durante una semana entera cuando padecí de hepatitis y los ojos se me pusieron amarillos como un felino. Jonny es

quien debe tocar las puertas, mientras K. sostiene el candelabro a la altura de nuestras clavículas. Yo debo ser quien vierta el contenido de los vasos en cada una de las bocas de nuestros huéspedes. Lo hago con cuidado y siento que mientras ellos tragan ese brebaje soy la niña de seis que está lamiendo un metal oxidado contra su voluntad.

*La cámara me muestra a un par de manos hundiéndose. Una estela de sangre se desvanece con lentitud en el agua. Veo los zapatos y parte de su pantalón de tela café.*

Veo sus dientes roídos por la suciedad, un colmillo dorado, las encías blanquecinas, veo que la vejez avanza sin compasión sobre esos cuerpos. Algunos son mucho más altos que yo y debo ponerme de puntillas para alcanzar sus bocas. No desperdicio ni un mililitro. El viaje por los pasillos del Acuario debe tomarnos varias horas. Cuando terminamos K. nos dice que Jonny y yo seremos los testigos de la despedida de uno de sus miembros. Utiliza esa palabra para hablar de ellos.

*Vuelve a esa habitación. Le aplica un par de inyecciones en el cuello al cuerpo sobre la camilla. Desaparece y regresa con una silla de ruedas. El camarógrafo camina unos pasos hacia adelante. La mujer está lívida. Los vendajes empiezan a humedecerse.*

No hacemos preguntas. Nos están esperando en la sala de reuniones, un espacio que el hotel solo reserva para eventos exclusivos y al que nunca he entrado. Esta vez tampoco podré saber cómo es su interior porque la luz que despide el candelabro solo nos permite ver un área pequeña a nuestro alrededor.

*Antes de que el video se corte, el hombre con el mandil se voltea hacia la cámara.*

Reconozco el zumbido eléctrico que escuche ese día en el CRAN. K. nos lleva al pie de una bañera y nos dice que no podremos despegar los ojos hasta que la ceremonia termine. La bañera parece estar en la mitad de ese salón. La luz nos acompaña cerca del piso. Jonny y yo estamos sentados con las piernas cruzadas. Vemos que unas manos depositan a un hombre en la bañera. Uno a uno, los miembros empiezan a llenar la bañera con un líquido de textura espesa. Es probable que afuera esté amaneciendo cuando el líquido cubre casi por completo el rostro del hombre. El burbujeo es espontáneo. No está luchando para evitar que la sustancia colapse sus pulmones. Las manos no se aproximan más y K. me dice que yo debo ser quien le ponga fin a esto. “Lo harás con delicadeza”, me susurra, “presiona con las yemas de tus dedos su rostro hasta que sientas que se ha ido”. El hombre no lucha y eso dificulta mi labor porque no sé cuánto es suficiente. Sé que ha dejado de respirar porque K. vuelve a hablarme y dice que me detenga. Escucho que los hombres pronuncian una palabra: *Infinity*. La palabra se repite casi unas cuarenta veces, cada vez más lejos del lugar donde estamos hasta que cesa.

*Me mira con esos ojos que conozco bien, los que no temen. La satisfacción les da un brillo peculiar. Placencio hace una seña para que el camarógrafo deje de grabar. La mujer a la que le han cortado las manos se agita un poco, pero no despierta.*

## XXXI

Cuando cierro los ojos, veo retazos de una película en cámara lenta y algunos descensos ocurren en simultáneo: la sierra, las manos, el cuerpo de un hombre que es tragado por un líquido negro. El hotel permanecerá un día en mantenimiento, pero ninguno de los que pertenecemos al equipo podrá ingresar. Fue lo último que nos dijo K. antes de apagar las velas del candelabro y perderse en el vientre oscuro de esa noche artificial. Cuando salimos al jardín Jonny y yo sentimos que hemos pasado una semana atrapados en la casona. Queremos creer que K. no existe y que, por lo tanto, nada de lo que nos pidió fue real.

Caminamos juntos hasta la salida con el temor de que alguna fuerza nos impida cruzar al otro lado del muro cubierto de hiedra. Logramos salir y ese pequeño triunfo nos vuelve demasiado optimistas. La alegría dura poco. “It’s the way the devil works”, decía mi madre cuando algo inesperado ocurría para arruinarle el día. En la calle, vemos a la gente aglomerada en una esquina y no podemos evitar caminar en esa dirección, como si la noche no hubiese sido suficiente. Algunos se cubren la boca para que no los escuchen gritar, una mujer se desmaya sobre el asfalto, una anciana asevera que veremos cosas peores, que esas son las señales del fin.

Un hombre llega y marca un perímetro de seguridad alrededor del niño que está sentado en un carrito de plástico. El niño no parece saber lo que está pasando. El agente se llama Ordoñez y al ver que soy la única que parece no estar a punto de vomitar o de desvanecerse, me pide que lo vigile y que no permita que nadie se aproxime a él. Ordoñez intenta alejar a los curiosos sin mucho éxito y Jonny que sigue entre la multitud decide ayudarlo. Ordoñez me dice que este es otro de los casos de la banda que secuestra a personas. “Ahora hay una víctima cada semana y este es el primer niño que atacan”, se lamenta.

Me siento al lado del niño con las cuencas de sus ojos vacías. La sirena de la ambulancia anuncia su proximidad. El olor del cloro está impregnado en su ropa.

## Obras citadas

- Cercas, Javier. 2016. *El punto ciego*. Barcelona: Penguin Random House.
- González, Héctor. “La ficción es un ejercicio autobiográfico atravesado por máscaras: Mónica Ojeda”. *Aristegui Noticias*. 28 de abril de 2024.
- González, Jennifer. 1995. “Autotographies”. En *Prosthetic Territories: politics and hipertechnology*. Oxford: West View Press.
- Halfon, Eduardo. 2019. *El boxeador polaco*. Barcelona: El Asteroide.
- Saraceni, Gina. 2008. *Escribir hacia atrás: herencia, lengua, memoria*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.